LA VISIÓN

ELENA DE LA CRUZ

LA VISIÓN

SERIE INTRÉPIDOS - 3

ELENA DE LA CRUZ

Noviembre 2022
Derechos de autor ©Elena de la Cruz, 2022
Sello: Independently published
Fotos portada: Pixabay

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios.

Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del titular del *copyrigth*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler público.

«Tus visiones se aclararán solo cuando puedas mirar dentro de tu propio corazón. Quién mira afuera, sueña; quién mira adentro, despierta.»

C.G.Jung

Contenido

SINOPSIS
PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Tras pasar unos años en Boston, Mary Olsen decide volver a trabajar y vivir en Nueva York y regresa acompañada de Harry, su bebé de quince meses. Allí hace amistad con un matrimonio al que le sobreviene una terrible tragedia: les roban a su pequeño Toby. Ni la policía ni el FBI logran los resultados que esperan, por lo que deciden solicitar la ayuda de Luke Dalgaard, un dibujante y diseñador de animación digital que tiene un don especial y del que Mary desconfía desde el primer instante.

Las visiones y percepciones de Luke los llevaran a seguir el rastro del secuestro. Las consecuencias para Mary serán un viaje inesperado y una representación digna de una actriz de talento. Poner en riesgo su corazón, será un efecto colateral que no podrá evitar.

PRÓLOGO

Volvía a estar inmerso en una pesadilla. Desde hacía unos días, ese sueño se había convertido en recurrente. Veía el rostro de una mujer anónima; no sabía quién era, pero la sensación era de conocimiento, como si regresara de una vida anterior. Todo era muy confuso. Se encontraba en el castillo de su familia, eso sí era reconocible. Hacía tiempo que no viajaba allí y por ello no entendía esa reiteración de unas escenas insólitas que le provocaban angustia.

Las inmensas estancias del castillo parecían hacerse aún mayores y él se sentía perdido y solo, en un entorno en el que siempre se había encontrado a gusto. Parecía un presagio de problemas, la premonición de que se avecinaban contratiempos.

Caminaba por los jardines que rodeaban el castillo. El cielo estaba encapotado y un fuerte viento soplaba desde el inmenso lago, haciéndole cerrar los ojos para evitar las ramas y hojas de los árboles. Truenos lejanos amenazaban con una enérgica tormenta y él caminaba hacia los portones dobles de acceso al interior sin conseguir llegar, como si la distancia se alargara con sus pasos. El aullido del viento y su fuerza le frenaban el avance. Levantaba la mirada y ella estaba tras los cristales de una ventana. Lo observaba, fruncía el ceño y desaparecía. Llegaría hasta ella, lo conseguiría.

¿Quién era esa mujer? ¿Qué significaba? Con un esfuerzo hercúleo, consiguió adentrarse en la fortaleza, justo cuando descargaba la tormenta y el agua formaba una cortina estruendosa y tupida. Se dirigió hacia la habitación donde la había visto. Los largos pasillos estaban alumbrados con una tenue incandescencia que dibujaba sombras alargadas a su paso. Cuando abrió la puerta de la estancia le faltaba el aire, se ahogaba en la confusión provocada por lo que veía: una de las paredes estaba llena de imágenes; dibujos, acuarelas y óleos. Y todos mostraban la misma cara: la de esa mujer que se aparecía en sus sueños para convertirlos en pesadillas. Una mujer de pelo oscuro, guapa, de ojos verdosos y expresión desconfiada. Fuerte y decidida. Una visión de una mujer que significaba problemas.

Cuando despertaba, su mente divagaba entre los recuerdos difusos de sus sueños, rememorando su cara, cada detalle, cada curva y cada sombra. No quería obsesionarse, pero parecía difícil no hacerlo cuando ella se obstinaba en perseguirlo a través de sus fantasías oníricas.

1

Mary estaba decidida: iba a volver a Nueva York. Los últimos cinco años en Boston le trajeron demasiados cambios y ahora acumulaba muchos recuerdos amargos.

Ya era de noche y Harry no había tenido un buen día. A sus trece meses pasó de caminar a correr a toda velocidad y hacía unas horas que habían regresado de una visita a las urgencias del hospital. No era nada grave, solo un buen chichón por un golpe en la frente con la esquina de un mueble, pero el pequeño lloró hasta dormirse en brazos de su madre. Ahora Mary lo miraba en su cuna, con su pelo ondulado y castaño igual al de su padre, sus mejillas enrojecidas y su respiración relajada, por fin, tras tantos lloros.

Recordar a Mike siempre la angustiaba. Rememorar su historia con él, la alteraba y le creaba un vacío en el estómago. Si pudiera volver al momento en el que se trasladó a Boston, tras su historia con Walter, sabía que todo sería distinto porque no tomaría las mismas decisiones. Aunque en ese caso no tendría a Harry y ya no era capaz de imaginarse la vida sin su bebé. Tampoco tenía demasiado sentido imaginar otras posibilidades. Era pasado y allí iba a quedarse.

Se estiró en la cama, cogió la manita de Harry a través de los barrotes de la cuna y miró por la ventana. Vivía en un primer piso de un céntrico edificio y su habitación daba a una plaza llena de árboles. Las farolas aún estaban encendidas e iluminaban tenuemente la estancia. Residía en una gran ciudad, pero ver las ramas llenas de hojas verdes a través de los cristales siempre resultaba muy agradable.

Poco a poco el sueño la venció y volvió cinco años atrás…

*****

La ruptura con Walter Payne, su compañero de trabajo en el FBI de Nueva York y su pareja secreta durante dos años, fue un duro golpe.

Visto lo ocurrido, Mary fue consciente de que no se tomaron su relación de la misma manera. Para Walter era un lío cómodo; la apreciaba porque era una buena amiga y se dejó llevar por lo que creía que era una aventura sin ataduras, de mutuo acuerdo.

Para Mary supuso enamorarse y sufrir una gran decepción al darse cuenta de que lo suyo era unilateral. Un error mayúsculo. Cuando quiso dar un paso hacia adelante, comprometerse y hacer pública su relación, Walter le salió con que no podían trabajar juntos y ser pareja. Eso, y que iba a infiltrarse en un grupo peligroso, por lo que cualquier nexo con alguien del FBI era un riesgo innecesario. Lo cierto

es que la ruptura provocó que Mary acabara huyendo de Nueva York para trasladarse a Boston y no tener que ver a Walter día sí y día también. En su ciudad natal se sentiría arropada, allí vivían sus padres y tenía bastante familia y amigos. El cambio a unas nuevas oficinas de la agencia tampoco fue traumático y continuó colaborando en muchas búsquedas de datos con su ordenador, aparte de cooperar en algunos trabajos de campo.

Los primeros meses fueron algo caóticos, los cambios siempre traían consigo inestabilidad. Buscó una antigua agenda que guardaba en casa de sus padres y contactó con algunas viejas amigas a las que hacía años que no veía. Algunas se habían mudado lejos, pero otras seguían en Boston. Empezó a centrarse en crear un nuevo presente, en orientar sus objetivos en otra dirección y en salir adelante. Guardó su corazón maltrecho en un hermético envoltorio de cemento armado y no miró atrás.

Pasaron casi dos años y en una salida con sus amigas, donde casi todas aparecieron con sus parejas, se les unió Mark Tanner. Alguien lo había avisado de que Mary vivía de nuevo en Boston. Cuando la mirada de Mark se encontró con la suya, un sinfín de recuerdos le cayó encima como una avalancha. Su amor del instituto estaba muy cambiado. Alto y moreno ya lo era entonces, pero ahora era un hombre, no un chico larguirucho y patoso. Seguía luciendo esa sonrisa socarrona y gamberra. Se sonrieron y se abrazaron con ganas, balanceando sus cuerpos a la vez que se decían sin palabras que se alegraban de reencontrarse.

Un encuentro llevó a otro, éste a una cita y otra y otra… y Walter pasó a ser un bonito recuerdo para Mary y se diluyó entre los cientos de piezas de su pasado.

En un principio Mark lo ocupó todo: Su espacio, su piso, su tiempo y su vida entera. Mary pensó que era justo lo que necesitaba. Aquella relación fue rápida y explosiva, como un estallido de fuegos artificiales o el tapón de una botella al descorcharse. Fue como materializar un antiguo recuerdo del que solo conservas lo mejor. También se convirtió en un salvavidas en medio del mar al que agarrarse para salir a flote, aunque en esos momentos no fue consciente de ello. Los principios fueron felices, o al menos Mary los recordaba así: antiguos recuerdos compartidos, salidas nocturnas, la idealización del pasado, la novedad del reencuentro…

Después llegaron las discusiones, los desacuerdos y los conflictos. Ambos empezaron a darse cuenta de que, en realidad, no se conocían demasiado. Habían cambiado y se dejaron seducir por los recuerdos difusos de un primer amor y la necesidad de tener algo más en su presente que a ellos mismos; por evitar una soledad que ninguno de

los dos quería. La soledad es un concepto resbaladizo, una moneda de dos caras. No se ponían de acuerdo en nada. Sus gustos eran distintos, sus necesidades también y eso provocaba en ambos la emergencia de espacios vacíos. Para Mary, Mark había crecido físicamente, pero seguía siendo un crío inmaduro que siempre tenía que salirse con la suya. Para Mark, Mary se había convertido en una mujer intransigente, ya no existía la que él podía moldear con sus palabras. Pero dejaron pasar el tiempo sin atreverse a dilatar las distancias, en un tira y afloja que lo que menos necesitaba era aposentarse y convertirse en cadenas.

Y justo cuando Mary se estaba planteando si se había equivocado al volcarse en aquella relación, se enteró de que se había quedado embarazada. No lo buscaron, pero en alguna ocasión, probablemente en la reconciliación tras una de sus peleas, se olvidaron de tomar precauciones. Las tres pruebas que se hizo una desesperada Mary no mentían: iba a tener un hijo. Sabía que la noticia no sería bien recibida y la ocultó durante casi tres meses, hasta que se hizo imposible camuflarla durante más tiempo. La excusa de que estaba engordando pronto no se sostendría. La explosión llegó el fin de semana en que se lo comunicó a Mark.

—¡¿Embarazada?! —el alarido de Mark le cruzó el pecho, casi como si hubiera sido un golpe con el puño cerrado— ¿Cómo es posible?

—¡Qué yo sepa para hacer un hijo hacen falta dos personas, Mark! —contestó Mary señalándolos a los dos—. ¡No se te ocurra culparme de esto!

—¡Joder, Mary! ¡Era lo que nos faltaba! ¡Ojalá no nos hubiéramos vuelto a encontrar nunca!

Mary no se podía imaginar esa respuesta. Se quedó muda ante su actitud de desprecio y tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Esa es tu mejor respuesta? —Mary tenía ganas de salir huyendo, esperaba un poco de apoyo en aquel momento. Sabía que no iba a darle una alegría, pero al menos podría dejar de chillar.

—Mira… —Mark se llevó las manos a la cabeza y se revolvió el pelo— voy a pasar el fin de semana en la montaña. El lunes hablamos, ahora estoy sobrepasado con esto. Deja que lo asimile.

—¿A la montaña? ¿Me vas a dejar sola cuando te acabo de decir que estoy embarazada? Tú estás sobrepasado; cómo esté yo cuenta muy poco ¿no es eso? —Mary no tenía ganas de estar a su lado, pero le parecía una opción muy cobarde salir huyendo.

—Te lo dije hace una semana, pero nunca me escuchas —Mark la miró enfurruñado—. He quedado con el grupo de escalada, me voy mañana a primera hora y vuelvo el domingo por la noche. ¡No hay

para tanto!

—Bien… iré a pasar el fin de semana en casa de mis padres, ya nos veremos —fue la respuesta de una Mary muy cabreada.

Pero eso no sucedió. Nunca volvieron a verse. Mark sufrió un fatal accidente. Aquel fin de semana hizo mal tiempo y cuando estaba a punto de coronar la cima de la montaña, el viento arreció y provocó el desprendimiento de unas cuantas rocas de gran tamaño. Mark seguía anclado a la pared de piedra por las cuerdas, arneses y mosquetones, pero una de las rocas fue directa a su cabeza. No llevaba el casco, un error de principiante, pero con las prisas se lo dejó en casa. Él y uno de sus compañeros, murieron aquel aciago fin de semana. Tuvieron lugar tareas de rescate muy complicadas con helicópteros y drones, que se convirtieron en un desafío.

A pesar de las discusiones, a pesar del malestar de aquellas últimas palabras, a Mary le dolió mucho la muerte de Mark. Por ella y por el hijo que iba a tener y que nacería sin padre.

Durante los meses siguientes se apoyó mucho en su familia, hasta que se dio cuenta de que necesitaba su independencia y su autonomía de nuevo. Tener a su bebé resultó ser un regalo inesperado y maravilloso. Sin olvidar los malos momentos, que los hubo, se adaptó fácilmente al hecho de ser madre y a pesar de que necesitaba ayuda, no quería seguir dependiendo tanto de sus padres, que acababan de jubilarse. Los pensamientos que la trasladaban en sueños de vuelta a Nueva York se volvieron recurrentes. Hasta que se decidió a hacerlos realidad.

*****

Una vez tomada la decisión, Mary contactó con Ron Tirrell, responsable de las oficinas del FBI de Nueva York y su antiguo jefe. Necesitaba conocer sus opciones.

—Hola, Ron, soy Mary —lo saludó.

—¡Mary Olsen! ¿Cómo estás? —la alegría de escuchar su voz se percibía en su tono y Mary se animó—. ¿Y tu pequeño?

—Bien, Ron… estoy bien y Harry también. Ya ha cumplido un año. —Mary hizo una pausa, pensando en cómo introducir el tema y lo hizo como siempre, sin preámbulos—. Me gustaría volver a trabajar contigo en Nueva York ¿Crees que hay posibilidades?

—¡Vaya! Tú siempre tan directa. —Ron se rió e hizo una pausa—. Déjame pensar… Creo que podría incluirte en el área de ciberataques y crímenes de alta tecnología, aunque es posible que tengas que dar apoyo a alguna otra área en un momento dado y hacer más trabajo de campo ¿Cómo lo ves? ¿Estás al día con eso?

—Ya sabes que la tecnología es lo mío, aunque también me gusta la acción, no sería ningún problema —Mary recordó sus días en aquel trabajo.

—¿Has avisado a tus superiores en Boston de que quieres irte? —curioseó Ron, que no quería tener problemas con los mandos de otras ciudades.

—Sí, ya lo he comentado y se han puesto muy tristes, no quieren que me vaya. Dicen que van a perder a uno de sus mejores activos y que los he hundido en la miseria —Mary lo dijo riendo y Ron la secundó—. No, ahora en serio, mi jefe lo entiende. He hablado con él y sabe que necesito un cambio de aires. Es un tío muy majo.

—De acuerdo, me encantará tenerte aquí de nuevo, voy justo de personal. Ponte con los trámites y avísame cuando tengas el papeleo en orden. La entrevista con el psicólogo la podemos hacer aquí mismo.

—Perfecto. —Mary respiró hondo—. Ron… esto… ¿Walter sigue trabajando ahí? Hace mucho que no hablamos, creo que desde aquel caso en el que Cindy Kevins se metió con las bandas callejeras y aquel mafioso… ¿Cómo se llamaba?... ¡Vasili!... quiso matarla.

—Sí, sigue por aquí, aunque con trabajos más tranquilos, ya no ha vuelto a infiltrarse. Ahora está en el departamento de protección de derechos civiles y le va bien. Nos vemos mucho. Sabes que se casó con Cindy ¿no?

—Sí, lo sé y espero que sean muy felices. —Mary sonrió en silencio —. Gracias, Ron. Pronto nos veremos.

—Mantenme informado.

Mary hizo los trámites en la agencia y, cuando tuvo fecha para hacer el traslado, se puso a buscar un apartamento como una loca. Cada día navegaba buscando pisos a su alcance o contactaba con inmobiliarias, pero era muy difícil hallar algo decente y que no supusiera desembolsar más de la mitad de su sueldo. Se ganaba bien la vida, pero Nueva York era una ciudad muy cara. Las oficinas de la agencia estaban ubicadas en Manhattan y la zona no era barata.

Sabía quién podría ayudarla a encontrar piso y también que le debía una llamada. Cuando murió Mark, Walter se puso en contacto con ella varias veces y le ofreció su apoyo y su amistad. Mary no estaba entonces para nadie y no fue especialmente amable. No quiso posponerlo más.

—¿Mary? —escuchó el vozarrón de Walter—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien —respondió—. Seguro que ya sabes que vuelvo a Nueva York.

—Sí, Ron me ha puesto al día —Walter hizo una pausa, sopesando sus siguientes palabras—. Mary, me gustaría retomar nuestra amistad, creo que ha pasado mucho tiempo de lo nuestro y podemos darlo por olvidado. ¿No crees?

—¡Por supuesto! Es parte del pasado y ante todo fuimos muy buenos amigos ¿no? —repuso Mary—. Me alegrará volver a verte. A ti y a Cindy.

—Me quitas un peso de encima. ¿Cuándo haces el traslado?

—En teoría dentro de un mes. Eso si encuentro un apartamento para mí y para Harry en ese tiempo, lo que parece misión imposible. Dime que puedes echarme una mano y conoces a alguien que me encuentre un piso de alquiler —Mary parecía desesperada y Walter sonrió. Cuando quería le ponía drama a todo—. A este paso acabaré bajo un puente.

—Cindy y yo vivimos en *Chinatown*, que a fecha de hoy ha crecido tanto que casi se ha comido a *Little Italy* y al *Lower East Side*. Daré voces a los vecinos y amigos. Creo que Cindy tiene una amiga en una inmobiliaria.

—Os lo agradezco mucho, esa zona está muy cerca de las oficinas y así no me pasaré media vida en el metro. Gracias, Walter.

Funcionó y en un par de semanas Mary tuvo su apartamento amueblado a punto para trasladarse. Era una planta baja que tenía el beneficio añadido de contar con un pequeño jardín en la parte trasera. Sería ideal para su hijo cuando creciera un poco.

Pactó la mudanza en Boston para enviar sus enseres, ropa y las cosas de Harry en un camión y ella y su bebé viajaron en avión para empezar una nueva vida.

Así se lo planteó Mary: un nuevo comienzo, un camino distinto, un giro necesario, un punto y aparte. No imaginaba entonces hasta que punto podía cambiar su vida.

2

Tenía una semana de vacaciones para adaptarse, poner su piso a punto, llenar los armarios, hacer la compra y buscar una canguro. Llevaría a Harry a una guardería cercana por las mañanas y contrataría a una chica que se ocupara de su bebé hasta que ella volviera del trabajo. Escoger a una persona que cumpliera sus expectativas era lo que más le preocupaba, seguro que nadie le parecía lo suficientemente buena para su hijo, que acababa de cumplir quince meses.

Contactó con una web de canguros y niñeras. Le enviaron a unas cuantas chicas a las que entrevistó, a la vez que observaba como interactuaban con Harry. Ninguna le acababa de convencer y no hacía más que encontrarles los defectos.

Hasta que se presentó Nora Bolton, una chica de veintitrés años, que sabía lo que hacía. Había trabajado en una guardería durante dos años, pero la dueña se jubiló, vendió la casa que funcionaba como guardería y las empleadas se quedaron sin trabajo. Estaban a final de año y no encontraba ningún puesto a jornada completa, por lo que optó por buscar trabajo de canguro en una familia.

Mary y Nora enseguida conectaron, pero lo mejor fue la respuesta de Harry. Nora se lo ganó con unas cuantas gracias y arrumacos y el pequeño no quería dejarla ir al terminar la entrevista. Parecía un amor a primera vista.

—Bueno, Nora —le dijo Mary—. Harry te ha escogido, ya lo ves. Si quieres el puesto, es tuyo. Deberías ir a buscar a Harry a la guardería a las doce y quedarte con él hasta que yo vuelva del trabajo.

—Me parece perfecto, señora Olsen —respondió Nora cogiendo a Harry en brazos.

—Llámame Mary, por favor. Ya te he comentado que mi trabajo a veces puede alargarse un poco, mi horario es flexible, pero siempre acabo haciendo horas de más. Ya que vas a quedarte, te diré que soy agente especial del FBI, de ahí que a veces pueda retrasarme. Aunque intentaré no hacerlo, lo prometo.

—No hay problema, Mary. ¿Empiezo mañana? —los ojos azules de Nora sonrieron junto a sus labios.

—Perfecto. Hasta mañana.

*****

Los primeros días en la agencia fueron de adaptación. Mary no había dejado de trabajar, excepto en los meses de baja maternal, pero los nuevos proyectos suponían tener que ponerse al día en infinidad

de cosas. Nuevas bases de datos, nuevos objetivos, nuevos casos por resolver, volver a compartir espacio con su antiguo compañero Owen, del que guardaba muy buen recuerdo, y aclimatarse otra vez a Nueva York. Eso fue lo más fácil, como si nunca se hubiera marchado.

Su piso le resultaba agradable. No era muy grande, pero suficiente para ella y Harry. Tenía un salón cuadrado y luminoso, con un sofá de tres plazas de color burdeos y muebles de madera de pino. Una blanca cocina office con lo indispensable, una pequeña terraza en la que poner unas cuantas plantas, dos habitaciones y un baño completo. Le gustaba como había quedado la habitación de Harry. Una vez colocados sus peluches y juguetes, las paredes adornadas con un par de dibujos adhesivos coloridos y unas cortinas infantiles, Mary estaba satisfecha con el resultado. Empezaba a sentirse en casa y eso ya era un logro para ella, tras haberse encontrado tan desubicada en los últimos tiempos. Por fin tenía la sensación de haber cogido las riendas de su vida.

Llevaba una semana trabajando cuando coincidió con los vecinos, con los que compartía la primera planta. Al salir por la mañana para ir a trabajar y llevar a Harry a la guardería, se topó con ellos. Eran una pareja con un niño pequeño, que aparentaba unos dos años y que en ese momento se quejaba de que quería ir al parque, mientras sus padres intentaban hacerle entender que tenían que trabajar.

—¡Toby! No llores más, cariño —le decía la madre al niño de pelo rizado y rubio—. Iremos al parque esta tarde, pero ahora mamá y papá tienen que ir a trabajar… ¡Ah! ¡Hola!

—¡Hola! —contestó Mary al saludo de la madre—. Soy Mary Olsen, me he trasladado hace una semana al piso de al lado, con mi hijo Harry.

—¡Oh! ¡Qué precioso bebé! —sonrió la chica mirando a Harry y alzando en brazos a su hijo—. Mira, Toby, Harry no llora y es más pequeño que tú. Este es mi marido Oliver y yo soy Abigail. Y como has podido comprobar este es Toby, que hoy parece haberse levantado con el pie izquierdo.

—Encantada de conoceros —estrechó la mano tanto a Abigail como a Oliver—. Supongo que nos iremos viendo por aquí.

—Seguro que sí —afirmó Abigail y señaló a su izquierda— casi cada tarde voy un rato a la plaza que tenemos aquí mismo; tiene una parte adaptada a los más pequeños y lo pasan bien. Oliver llega más tarde de trabajar, pero si quieres que nos veamos allí, yo estoy cada día a partir de las cuatro.

—Mi horario es un poco variable, pero me pasaré algún día —Mary miró su reloj y sonrió a sus vecinos—. Voy a llegar tarde, nos vemos. Encantada de conoceros.

Aquella inicial coincidencia se convirtió en una estrecha relación y sus vecinos en amigos, en muy poco tiempo. Se llevaban bien; ellos le preguntaron por el padre de Harry y Mary les explicó su historia con Mark. Abigail trabajaba en unas oficinas de una empresa aseguradora haciendo trabajos administrativos y Oliver Jacobs tenía un taller de motos y estaba especializado en las Harley Davidson, que no tenían secretos para él. Toby tenía algo más de dos años y medio y parecía un querubín, con esos bucles dorados que llamaban la atención.

Los dos niños se llevaban bien a pesar de la diferencia de edad, que al ser tan pequeños era notoria. Pero a Toby le nació una vena protectora con Harry y lo acompañaba de la mano por el parque, lo ayudaba a subir los escalones, o lo defendía de cualquier otro que se acercara al pequeño.

Mary quedó algunos días con sus nuevos vecinos para cenar juntos en sus casas; Nora hizo de canguro para los dos niños una noche en que decidieron salir un rato sin ellos, e incluso invitaron a Mary a una reunión familiar en casa de los padres de Abigail. Para Mary fue como encontrar a una segunda familia y eso la ayudó a adaptarse a los cambios.

*****

Estaban a principios de febrero. El frío y los tempranos crepúsculos conseguían que Mary saliera algo más pronto del trabajo, pensando en acudir al parque con Harry y encontrarse allí con Abigail y Toby, como hacía muchos días. Estaba cerrando su ordenador y deseándole a Owen un buen fin de semana, cuando el sonido de su móvil la hizo frenarse y sacarlo de su bolso. Desde que Nora se ocupaba de su hijo, nunca desatendía una llamada ni llevaba su móvil en silencio, por si surgía una urgencia o un imprevisto. Le extrañó ver el nombre de Abigail; nunca la llamaba, aunque se intercambiaron los números de teléfono. Siempre se ponían en contacto cuando estaban en sus casas, puerta con puerta.

—¡Hola! —saludó Mary y al instante se quedó muda al escuchar su llanto desconsolado.

—¡Mary! —consiguió pronunciar entre sollozos—. ¡Toby!

—¡Abigail! ¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo a Toby? —Mary empezó a asustarse, su amiga casi no podía hablar. Algo grave había ocurrido.

—¡No está!... —más lloros desesperados—. ¡Mary, ayúdame!

—Abigail ¡Escúchame! Tienes que calmarte y explicarme lo que ha ocurrido, paso a paso. Por favor. —Mary intentó que la mujer reaccionara y se centrara en relatar lo que fuera que había pasado, pero escuchó la voz de Oliver y los sollozos de Abigail de fondo.

—Mary, soy Oliver —su voz también sonaba afectada—. Toby ha desaparecido. Hoy he llegado pronto y he acompañado a Abigail al parque. Nos hemos despistado un momento y hemos perdido de vista a Toby. Lo hemos buscado por todas partes, pero no está… no está en ningún lado…

—¿Habéis llamado a la policía? —inquirió Mary.

—Claro, es lo primero que hemos hecho —replicó Oliver—. Han venido a casa. Nos han dicho que nos mantendrán informados y han intervenido nuestros teléfonos por si alguien nos llama, pero un secuestro no tiene ningún sentido, Mary. No somos precisamente ricos.

—De acuerdo, habéis hecho lo correcto. Las primeras veinticuatro horas son muy importantes. Voy a pasar el aviso también a la agencia, aunque es posible que la policía ya nos haya pedido ayuda, tenemos un área especializada en secuestros de menores. Oliver, piensa que también es posible que se haya alejado y se haya perdido, es muy pequeño y alguien dará con él. —No era una opción que Mary contemplara, pero tenía que animar a sus amigos de alguna manera—. Averiguo enseguida si tenemos aviso y voy para casa, hablaremos en cuanto llegue. Dile a Abigail que vamos a encontrar a Toby. Vamos a encontrarlo, Oliver.

—Gracias, Mary. Gracias…

*****

Mary llamó a la puerta del despacho de Ron Tirrell con los nudillos.

—¡Adelante! —vio entrar a Mary Olsen y detectó enseguida su semblante serio—. ¿Qué pasa?

—Vengo a preguntar si ha llegado aviso de la desaparición de un niño de dos años: Toby Jacobs. Es el hijo de mis amigos y ha desaparecido.

—Espera —Ron cogió el teléfono con celeridad y llamó al responsable del área—. Daniel ¿Ha llegado aviso de la policía de la desaparición de un niño de dos años? se llama Toby Jacobs.

Ron se quedó escuchando y asintiendo con la cabeza. Respondió con monosílabos mientras Mary se mordía una uña y la destrozaba. Colgó y miró a Mary.

—Ya están en ello —Ron apoyó los brazos cruzados en su escritorio y miró a Mary a los ojos—. Están en ello, Mary. El Jefe Barlow en persona los ha avisado y tanto la policía como nuestro departamento de secuestros de menores están trabajando en su búsqueda. Se han activado todas las alertas con celeridad. Se están revisando las cámaras de seguridad de la zona, interrogando a posibles testigos… ya sabes. Haciendo lo que hay que hacer. Si los padres del niño son tus

amigos, lo mejor que puedes hacer es apoyarles y asegurarles que vamos a hacer todo lo humanamente posible para encontrarlo.

El Jefe Kam Barlow era el comisario en jefe de policía en la Gran Manzana, con unos treinta y cinco mil agentes a su cargo. Por lo visto, los casos que afectaban a niños pequeños llegaban a las altas esferas con rapidez. Era un tema sensible. En cuanto se hacían públicos generaban mucha expectación y alarma. Por desgracia, el robo de bebés no era algo desconocido, ni la primera vez que ocurría.

—Quiero colaborar en la investigación —Ron ya se esperaba aquella demanda, que tenía poco de súplica y mucho de advertencia. Y conocía a Mary lo suficiente como para negarse en redondo. Tenía la mecha muy corta.

—Hablaré con Daniel y, si les parece oportuno, puedes colaborar en la parte tecnológica, no te vas a ir a la calle a buscar al niño, ya te aviso.

—Bien… —fue la escueta respuesta de Mary, mientras en su interior el «ya veremos» se paseó por su mente y se quedó sin pronunciar.

Mary solía acatar las órdenes… hasta que le parecían injustas; esa era su línea roja.

*****

Cuando Mary llegó a casa, lo primero que hizo fue entrar en su piso, arrebatarle a Nora de los brazos a su pequeño Harry y llenarle los mofletes de un montón de besos, mientras el niño le estiraba los cabellos y se reía. Desde la llamada de Abigail no dejaba de preguntarse lo que su amiga debía sentir. Solo imaginar que Harry desapareciera, le parecía un infierno insoportable.

—Ya te has enterado de lo de los vecinos ¿verdad? —le preguntó Nora—. Me he asustado mucho. He vuelto del parque y no me he atrevido a volver a salir de casa.

—Te entiendo —contestó Mary y le pasó una mano por el brazo en una caricia—. ¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, lo que quieras.

—¿Puedes quedarte un rato más? Tengo que ir a ver cómo están Abigail y Oliver y no creo que se respire un buen ambiente para llevar conmigo a Harry.

—No te preocupes, yo puedo darle la cena y ponerlo a dormir —Nora tenía los ojos enrojecidos de haber llorado—. Me quedo el tiempo que haga falta. Ve a verlos, deben estar hechos polvo.

—Gracias, eres un cielo.

Mary se paró ante la puerta de sus vecinos. Apoyó la frente en la

madera y cogió aire inspirando con fuerza. Sabía que sería duro. Apretó el botón del timbre y enseguida se escucharon los pasos de Oliver.

—Hola… —antes de poder decir una palabra más, Abigail llegó corriendo hasta ella y se abrazó llorando a su cuello.

Mary rodeó su cintura y paseó la mano por su espalda que se convulsionaba con los sollozos. Algo se encogió en su pecho y no pudo contener sus propias lágrimas, esas que había mantenido a raya hasta aquel momento. Al levantar la vista vio a Oliver sentado en el sofá con las manos tapando su cara y a un policía que aparecía desde una de las habitaciones.

—Aquí no podemos hacer nada más —dijo el policía a Oliver—. Ya sabe que si recibe alguna llamada, estaremos escuchando e intentaremos localizarla.

—¿En qué punto está la investigación? ¿No hay testigos o imágenes sospechosas de las cámaras de la calle? —preguntó Mary sin soltar a Abigail.

—¿Y usted es…? —el policía la miró con el ceño fruncido y cambió su expresión cuando Mary le enseñó su placa.

—Soy la vecina de la puerta de al lado y la agente especial Mary Olsen.

—¡Oh! Perdone… de momento no hay novedades —los sollozos de Abigail se intensificaron y el policía no dio más explicaciones y se acercó a la puerta—. Les mantendremos informados de cualquier cambio. Si necesitan ayuda psicológica llamen al teléfono que les he dado, les atenderán de manera gratuita y quizá les vaya bien.

En cuanto el policía se marchó, Mary acompañó a su amiga hasta el sofá y se sentaron una al lado de otra.

—Ya sé que lo habéis explicado varias veces, pero ¿Podéis describirme lo sucedido, paso a paso? Cualquier detalle puede ser relevante —Mary miró a izquierda y derecha y se dio cuenta de que algo pasaba entre la pareja—. ¿Qué hora era?

—Debían ser las cuatro, hoy he salido antes del taller —contestó Oliver—. Abby ya estaba en el parque con Toby. Me he sentado con ellos en uno de los bancos que hay bajo la zona de árboles, a la sombra.

—He dejado a Toby en el suelo para que jugara con los amiguitos con los que se encuentra cada día y Oliver y yo nos hemos puesto a hablar, mientras ellos estaban sentados en la arena, jugando… —Abigail relataba sus recuerdos como una autómata, con la vista atravesando sus zapatillas y las manos temblorosas, mientras sorbía por la nariz—. Hablábamos sobre su familia, quieren que vayamos la próxima primavera a una especie de cabaña que tienen en Maine, en

la montaña y hemos acabado discutiendo. A mí no me apetece ir, es muy aburrido.

—Supongo que nos hemos despistado —dijo Oliver y miró a Abigail con el ceño fruncido, como si tuviera la culpa de todo—. Cuando nos hemos dado cuenta, Toby ya no estaba en la arena. Si no hubieras tenido tantas ganas de discutir, quizá estuviera aquí ahora.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? —gritó Abigail—. ¿Cómo eres capaz de culparme? ¡Los dos estábamos allí!

—¡Pero tú eres la que estás ahí cada día! —Oliver se llevó las manos a la cabeza y se tiró del cabello—. ¿Por qué tenías que ponerte a discutir?

—¡Un momento! —Mary se levantó y alzó las manos—. Pelearos no os va a devolver a Toby, haced el favor de comportaros como personas adultas. En un momento tan duro como este, os necesitáis el uno al otro. Os conozco y os he visto juntos muchas veces. Sois una de esas raras parejas qua ha encontrado a su persona ideal. Los dos queréis a vuestro hijo más que a nada y os amáis el uno al otro. Bastante doloroso es lo que estáis sufriendo, como para que encima os metáis el dedo en la llaga, justo donde más duele. Voy a hacer todo lo que pueda por vosotros, voy a presionar a quien haga falta para que esto se solucione, pero necesito vuestra colaboración. Os quiero unidos en esto. ¿Me habéis entendido? ¡Nadie tiene la culpa!

Ambos la miraron avergonzados, al darse cuenta de que tenía razón. Oliver miró a Abigail con lágrimas en los ojos y ambos se abrazaron para llorar juntos. Mary se sentía impotente ante tanto sufrimiento y angustia. Sus familias, padres y hermanos de ambos, vivían en otros estados y estaban a la espera de noticias, aunque no tardarían en volar hacia allí. El drama familiar estaba asegurado y Mary no era capaz de ponerse en su lugar.

Veía a Abigail mirando la cuna vacía de su hijo, observando la oquedad de sus brazos sin Toby descansando en ellos, el nido desierto, sus juguetes y sus cuentos. El tiempo se ralentizaba, más tarde se detenía y al final se congelaba envuelto en un dolor lacerante.

Porque perder a un hijo, sin saber que ha ocurrido, genera miedo, ataques de pánico y culpabilidad. Oliver y Abigail, no sabían cómo gestionar aquel alud de emociones, pero Mary estaba segura de que lo harían mejor si estaban unidos.

A pesar de la impresión de que el tiempo se había congelado, habían pasado dos meses desde la desaparición de Toby. Nunca se recibió la llamada de un secuestrador. La confirmación evidente de que no era un rapto sino un robo. Se hizo pública su fotografía desde el primer día y la mostraron tanto los canales de televisión, como las redes, a través de las comunicaciones de la policía y el FBI. Vídeos en youtube, largos hilos en twitter, fotografías en instagram… Toby se convirtió en el niño que todos conocían pero que nadie había visto. Se siguió cualquier pista mínimamente aceptable, se interrogó a cientos de personas y lo único que no llegaron a hacer fue poner esa foto en los cartones de leche, como en los años ochenta del siglo pasado. Todo Nueva York conocía la cara de Toby Jacobs. Los estados vecinos conocían la cara de Toby Jacobs. Pero nadie lo había visto con vida.

Sí, existieron llamadas, como ocurre siempre que se hace pública una desaparición. Pero ninguna los llevó más que a niños que tenían un ligero parecido con él. Abigail y Oliver, a pesar de sus pocos ánimos, acudieron a entrevistas para pedir ayuda a la población. Era una llamada de auxilio.

A Mary aquella parte le parecía un circo, pero no abrió la boca al respecto. Sus amigos eran los padres, quienes tomaban las decisiones y ella lo entendía. Se agarraban a un clavo ardiendo y si tenían que salir llorando ante las cámaras, porque existía mucha gente morbosa que lo esperaba, lo hacían. No querían perder ni una sola posibilidad para encontrar a Toby.

Mary también lo echaba de menos. Era un niño risueño, guapo y simpático, de ojos azules y un pelo que llamaba la atención, igual al de su madre. Sus rizos rubios, un poco largos, salían de su cabeza en todas direcciones y sus hoyuelos se marcaban en sus mejillas mofletudas. Reía con facilidad, mostrando esos pequeños dientes de ratón, y hablaba mucho con su lengua de trapo. Mary sentía aquel caso como un fracaso personal. Había colaborado en lo que pudo, pero es que los ladrones no dejaron un rastro que seguir.

Era como si Toby se hubiera convertido en una pompa de jabón y un golpe de aire la hubiera hecho desaparecer. No había quedado nada.

Abigail se encerró en su dolor y su aspecto se deterioraba día a día. Había adelgazado y la ropa le quedaba holgada, le costaba tragar hasta el agua y sus visitas al psicólogo no le servían de mucho. Se moría en vida. Repetía sin cesar que su hijo estaba vivo, que si estuviera muerto ella lo sabría. Quizá tuviera razón. Su mantra era no

perder la esperanza, porque si le faltaba se hundiría sin remedio. Oliver estaba más muerto que vivo, pero la apoyaba en todo.

Sus familias viajaron y se turnaron para estar con ellos, pero, poco a poco, volvieron a sus vidas. No podían dejar sus trabajos ni a sus propios hijos y, aunque seguían en contacto y los llamaban cada día, no era posible seguir a su lado. La que se convirtió en un puntal para la pareja, fue Mary. Era consciente de que trataban a Harry como si fuera su propio hijo y lo entendía. No podía hacer más que compartirlo con ellos. Por suerte, su hijo era muy sociable y, aunque tenía muy claro quién era su madre, se dejaba querer por esos padres postizos que lo mimaban demasiado.

Mary estaba en la oficina. Había revisado mil veces la información que tenían acumulada del caso de Toby, por si se les había pasado algo. Tampoco tenían un cuerpo para certificar una defunción y eso era lo más desesperante de las desapariciones. El no saber.

Su teléfono sonó y descolgó sin mirar la pequeña pantalla, como solía hacer en el trabajo. Era Abigail.

—¡Mary! Por favor, cuando llegues a casa tengo que hablar contigo. ¡Es urgente! —fue su saludo.

—Hola Abby, puedo hablar ahora, si quieres —Mary notó su tono exaltado—. ¿Qué pasa? ¿Tienes novedades?

—Sí, pero te lo explico en casa, necesito que me apoyes en esto… —su amiga hablaba con una especie de ilusión que no detectaba desde hacía mucho tiempo.

—De acuerdo, salgo ahora y voy para allá —Mary no entendía que podía haber ocurrido en el caso de Toby que ella no supiera. Y por el tono de Abigail, seguro que estaba relacionado.

Llegó enseguida a su casa, avisó a Nora de que estaría en la de sus vecinos y que no tardaría. Besuqueó a Harry y se lo devolvió a su canguro antes de llamar a la puerta de al lado. Abigail abrió enseguida. Lo primero que Mary notó era que estaba alterada y… ¿contenta? Eso le pareció, pero no quería hacerse ilusiones. O tenía buenas noticias o estaba desvariando y necesitaba acudir a un centro de salud con urgencia.

Al entrar al salón, vio a Oliver sentado en el sofá negando con la cabeza y con cara de frustración. Fuera lo que fuera, aquellos dos no estaban de acuerdo. Eso ya era un problema.

—Bueno… ¿Cuál es la noticia? —preguntó Mary, mientras ella y su amiga se sentaban junto a Oliver.

—Verás… —Abigail miró de reojo a Oliver, que frunció el ceño—. Una de mis compañeras de trabajo me ha llamado hoy. Ya sabes que, aunque estoy de baja, me llaman mucho para preguntar como estoy y eso…

Oliver resopló sonoramente y Mary lo miró de reojo. Abigail lo reprendió.

—Si no estás cómodo con esta conversación, puedes dejarnos a solas a Mary y a mí —exclamó, mirándolo enfadada, y volvió a fijar su atención en su amiga—. Bueno, el caso es que Claire me ha comentado que vio en televisión, hace unos días, en un programa de esos que emiten por las mañanas, una entrevista a un hombre que ha colaborado bastantes veces con la policía, para encontrar a personas.

—¿Un hombre que encuentra a personas? —Mary no entendía nada y frunció el ceño—. ¿Un detective privado o algo así?

—¡No, no, no! Ahora no recuerdo su nombre… Luke no sé qué. Tiene un apellido de un país europeo, ahora no me acuerdo. Lo tengo apuntado.

—Pero ¿Cuál es su profesión? —Mary andaba perdida con las explicaciones de Abby, todo le parecía un poco inconexo.

—No lo sé exactamente, creo que dibuja, pero eso no es lo importante —parecía que a Abigail le costaba expresarse—. Lo maravilloso es que tiene visiones, o algo parecido ¿sabes? Percepciones de cosas. Claire me ha dicho que, si se concentra, puede localizar a gente y que ha ayudado a resolver casos complicados; aunque la policía no cuenta mucho estas cosas porque a la gente le parecen patrañas, ya sabes.

—¡Porque lo son! —estalló Oliver sin poder reprimirse más—. ¿No te das cuenta, Abby? ¡Nos hará unas cuantas preguntas, pondrá los ojos en blanco y nos cobrará una pasta para no conseguir absolutamente nada!

Mary aún no había abierto la boca, pero con lo que acababa de escuchar estaba más de acuerdo con Oliver que con Abigail. Otra cosa sería hacérselo entender.

—¡Nada es lo que tenemos ahora! —gritó Abigail con las lágrimas bailando en sus ojos—. Si existe la más mínima posibilidad de que, con la ayuda de ese hombre, podamos encontrar a Toby, le daría mi vida entera a cambio. Cualquier cosa ¿entiendes?

—Claro que lo entiendo, Abby —contestó Oliver— ¿Crees que yo no echo de menos a nuestro hijo? ¿Que no paso las noches en vela, muerto de miedo? ¿Que no sueño con encontrarlo y volver a tener la vida de antes? ¡Soy su padre, joder! Pero mucha gente se aprovecha del dolor ajeno, te cuentan lo que quieres oír porque saben que te va la vida en ello, que les darás lo que quieran a cambio de unas migajas de esperanza.

—Abby —intervino Mary— siento decirlo, pero Oliver tiene razón. Es posible que te estés aferrando a una promesa vana y que ese Luke como se llame, te vaya a tomar el pelo.

—¿Vas a ponerte de su lado? —a Abigail ya le caían las lágrimas

por las mejillas como un torrente—. Esperaba que lo entendieras. Tú también tienes un hijo, Mary. ¿Qué no harías para encontrarlo si te lo hubieran robado? ¡Dime!

Mary bajó la cabeza y se miró las manos. Abby tenía razón en eso. Desde que Toby desapareció, se puso en su lugar infinidad de veces. El dolor debía ser indescriptible, la ausencia, la rabia… lo entendía y no estaba siendo justa con ella. Si quería ver a ese tío, ella la apoyaría. Lo haría con cualquier locura que se le ocurriera. Pero la acompañaría a cada paso y vigilaría a ese hombre de cerca, con lupa si hacía falta. Lo primero era informarse bien sobre él. Oliver debía pensar lo mismo, ya que se acercó para abrazar su mujer y ahora lloraban los dos.

—De acuerdo, Abby —le dijo Mary—. Estoy contigo, pero vayamos paso a paso. Voy a preguntar por él en el trabajo y a la policía; quiero saber hasta qué número de pie calza ese hombre y cuál fue su última visita al dentista. No dejaré que os dé falsas esperanzas ni que os engañe. Esas son mis condiciones. ¿Te parece bien?

—Sí —accedió Abigail—. Pero intenta ser rápida, no hay tiempo que perder.

*****

Mary entró sin llamar en el despacho de Ron y lo encontró reunido con Walter Payne. Se habían visto por las oficinas, tomaron algún café, y estaban retomando su amistad.

—¿Recuerdas que hay que llamar a las puertas antes de entrar? —bramó Ron, al que no le gustaban las interrupciones.

—¡Oh! —exclamó Mary, que ni se había dado cuenta—. ¡Lo siento! Es que iba distraída y tengo prisa. Vuelvo luego.

—No pasa nada, Mary —le dijo Walter— yo ya me iba.

—Mejor quédate un segundo, por favor. A lo mejor tú también lo conoces —le pidió Mary, que necesitaba cuantas más opiniones mejor.

—¿A quién? —preguntaron al unísono los dos hombres.

—Esperad… —rebuscó en sus bolsillos hasta que encontró un papel arrugado—. Es imposible recordar este apellido sin leerlo. Se trata de Luke Dalgaard, ni idea de cómo se pronuncia, creo que es de origen danés. ¿Os suena?

—¿El parapsicólogo? —preguntó Ron.

—¿Esa es su profesión? —inquirió Mary.

—Creo que no —intervino Walter—. Me parece recordar que es bastante experto en el tema por el hecho de tener percepciones extrasensoriales o algo así, aunque su profesión es otra. Creo que ha

colaborado varias veces con la policía, pero es caro de ver.

—¿Caro? —las alertas de Mary se activaron— ¿Te refieres a lo que cobra por sus servicios?

—Es una forma de hablar, me refiero a que no se prodiga en los medios ni en las redes, que es bastante amante de su privacidad —Walter la miró con el ceño fruncido y adivinó para qué quería saberlo —. ¿Esto es por el caso de Toby Jacobs?

—Sí… —Mary se echó el cabello negro y enredado hacia atrás y se restregó los ojos—. La madre, Abigail, ha oído hablar de él y quiere contratarlo. Está desesperada, pero a mí me da miedo que no sea más que una tomadura de pelo y le roben su dinero. Es lo único que les falta a esta gente, que les engañen abusando de su situación.

—Espera, hay información de este hombre, pero está archivada como secreta —Ron miraba la pantalla de su ordenador—. Hablo con Barlow y te digo algo.

—No tardes mucho, mi amiga está a punto de salir corriendo para llamar a la puerta de ese capullo —los dos hombres la miraron con desaprobación—. ¡¿Qué?! Es lo que me parece. ¡No me diréis que creéis en las visiones! Ese tío seguro que se mete algo, alucina en colores y después te vende una moto.

*****

Ron la llamó cuando estaba camino a su casa, había tardado muy poco en tener los datos que necesitaba.

—Sé que esto va a parecerte extraño, Mary; te conozco y eres escéptica con estas cosas, ya lo sé. Pero el caso es que, cada vez que Luke Dalgaard ha colaborado con la policía o el FBI, ha tenido un 90% de éxitos. Eso es mucho, incluso para una incrédula como tú. El tío ve cosas, las intuye o lo que sea, no tengo los detalles de cómo lo hace. Pero el caso es que las pistas que ha dado han ayudado en bastantes ocasiones a conseguir el éxito en una operación que parecía abocada al fracaso.

—¡No me jodas! ¿En serio? —Mary iba en el metro y abrió mucho los ojos al escuchar a Ron—. ¿Y por qué está archivado como secreto?

—Bueno… eso es más bien un tema de no querer desprestigiar a los cuerpos de seguridad del estado —Ron rió—. Imagina que se corre la voz de que un «visionario» ayuda a resolver los casos más difíciles, en vez de hacerlo los funcionarios que los ciudadanos pagan con sus impuestos. Podría generar controversia. Pero no es porque se esconda nada, solo que es mejor no hacerlo público. Casi como si se tratara de ovnis o extraterrestres, ya sabes.

—En fin… un «expediente X» ¿no? —Mary bajó del metro y salió a la calle—. Voy a hablar con Abigail y a ver qué hacemos. Creo que lo mejor es que vayamos a verlo nosotras y después te explico. ¿Te

parece? Lo digo porque si acepta colaborar en la búsqueda de Toby, quizá podamos contratar sus servicios desde la agencia o la policía ¿no? Y te aseguro que esto no me gusta nada. Creo que es una tomadura de pelo, con el 90 % o sin él. Pero dame su dirección y su teléfono.

Ron le pasó los datos, pero Mary pensó que lo mejor era no avisarlo y presentarse en su casa por sorpresa.

Luke Dalgaard estaba recuperando la calma y vaciando su mente a través de su medio principal de expresión: el dibujo. Sentado ante su enorme mesa de trabajo, inclinado sobre la pendiente que sostenía el papel y dando color a una serie de ilustraciones que, desde hacía tiempo, quería plasmar en papel. Las pinturas y los pinceles le permitían obtener la paz que necesitaba. En realidad, su principal ocupación, la animación digital, no requería de papel ni pinturas, solo de su ordenador; pero nada era tan satisfactorio para Luke como crear los dibujos con sus propias manos, delinearlos, sombrearlos, pintarlos y darles vida.

Cuando necesitaba descargar su mente, nada era tan efectivo como dejar volar su imaginación hasta el papel. Perdía la noción del tiempo, se olvidaba de comer o dormir y, lo más importante, dejaba de «ver» al concentrarse en su talento más mundano.

Por suerte, trabajaba como *freelance* y ni siquiera necesitaba el dinero que obtenía con su trabajo, por lo que se adaptaba a las colaboraciones con la policía. Su amplio loft, situado en Tribeca, lo pagó al contado al trasladarse a Nueva York. Su herencia familiar era producto de sus orígenes. Descendía de la Casa de Glücksburg, cuna de la dinastía real danesa. Su familia vivía en un precioso palacio renacentista situado en el sur de la isla de Fionia, en Dinamarca. Era el castillo mejor conservado de Europa y estaba rodeado de agua. Precioso para ir de vacaciones, pero a Luke no le gustaba vivir allí todo el año. A él no le iba esa pomposidad y, desde muy joven, supo que no iba a ostentar un cargo regalado en cualquier multinacional, de esos en los que solo hay que aparentar que se trabaja para cobrar un dineral que, además, no le hacía ninguna falta.

Desde niño se dio cuenta de que era diferente. Al principio, cuando no era consciente de ello, solo le sorprendía que otros niños lo miraran como si le hubieran salido cuernos y no entendía el porqué.

Avisaba a sus amigos justo antes de que se cayeran, comentaba con otros niños que aquel día la profesora iba a llegar tarde o adivinaba las preguntas de los próximos exámenes.

Él siempre había «visto» más que los demás. Su afilada intuición no era solo eso. Era mucho más.

Al crecer y comprender que era distinto al resto, empezó a ocultar lo que podía adivinar, lo que era capaz de ver cuando se concentraba. No quería ser el raro, el excéntrico, el singular… pero, a veces, era inevitable intervenir y lo descubrió muy pronto con uno de sus

mejores amigos de la infancia. Luke veía cosas cuando lo miraba. Veía a su padre pegándole, sabía que ocultaba una espalda llena de moratones y algunas quemaduras de cigarrillos. Veía una correa de cuero descargando latigazos en las piernas de su amigo. Sentía su dolor y su tristeza. Y acababa corriendo hacia el baño para vomitar, porque le costaba soportar lo que captaba. Hasta que fue capaz de alertar a la profesora de tercero que, por suerte, también intuyó que algo no funcionaba bien con aquel niño y le hizo caso.

En otra ocasión, ya en la adolescencia, descubrió sin querer, mirando a los ojos a una de sus amigas, que su novio la maltrataba. Físicamente eran unos cuantos empujones, pero pudo ver con claridad como el chico la sometía a un continuo maltrato psicológico. La controlaba y la sometía con su carácter dominante. Le daba órdenes y le marcaba cada paso robándole el aire, infravalorándola, abusando de su poder y llevando su conducta perversa al límite. Habló con ella durante varios días hasta quedarse afónico, hasta que pudo convencerla de que lo abandonara, algo que ella siempre le agradeció.

Luke no era un hombre egoísta, al contrario. Era muy consciente de que podía ayudar a otras personas y lo hacía. El poder que tenía comportaba una gran responsabilidad y no la eludía. Si podía evitar una desgracia, no dudaba. Pero no le gustaban algunas personas que lo miraban como si estuviera loco. No estaba loco y no tenía ni idea de por qué era distinto. No era algo que pudiera hacer desaparecer, tan solo había aprendido a controlarlo con los años. Cuando le pedían explicaciones no sabía justificarlo con la lógica que las personas esperaban de él. En su familia le contaron que tuvo un antepasado, hermano de su bisabuelo por parte de madre, al que trataban de loco porque tenía visiones y predecía muchos acontecimientos; también le explicaron que a una ascendente de varias generaciones atrás, la acusaron de bruja y la encerraron en unas mazmorras hasta que murió.

Durante un tiempo se informó y estudió todo lo relativo a la parapsicología, buscando respuestas: percepciones extrasensoriales, telepatía, psicometría, clarividencia y precognición. Todas ellas tratadas como seudociencias, es decir, incompatibles con el método científico. De acuerdo, no eran demostrables, pero él era un ejemplo de que existían. Tampoco tenía un interés especial en probar nada, solo quería ayudar, si podía, y que lo dejaran en paz si no era capaz de hacerlo. Convertirse en un mono de feria no entraba en sus planes. No le gustaba el circo.

También existía el bloqueo, alguna vez le había ocurrido. Intentar ver algo importante y solo encontrar un muro de ladrillo y nada detrás. Eso daba pie a las burlas y las polémicas. Su poder decidía cuando funcionaba y cuando no. Parecía aleatorio y Luke estaba convencido de que, a veces, el cansancio, el haber «visto» demasiado o que se tratara de alguien cercano, reducía sus capacidades.

Pensó que igual le iba bien desaparecer una temporada en el castillo de la familia, allí era capaz de desconectar de todo. Lo pensaría.

Su última colaboración con la policía había sido desastrosa. No por el resultado, al fin y al cabo consiguieron dar con el asesino. Acudió a la llamada de la policía de Virginia y pasó allí unas semanas tras el rastro de un asesino en serie. Fue muy duro. Había visto cosas que nadie debería ver. Solo eran niñas. El muy bestia asesinó a varias niñas después de violarlas. Le iba a costar muchos dibujos dejar de ver esas imágenes en su mente. Aparecían en sus pesadillas, volvían a su cabeza cuando menos lo esperaba y lo consternaban. Necesitaba recuperarse de ese episodio traumático de su vida. Las visiones le dejaban huellas y cicatrices invisibles para los demás, pero él las iba acumulando en su interior.

*****

Seguía dibujando cuando las «vio»… dos mujeres se acercaban a su casa, no estaban muy lejos. Cerró los ojos y se concentró en ellas. Iban a llamar a su puerta en breve. Una era rubia, muy delgada, de pelo rizado y ojos azules. Desprendía tristeza y esperanza a la vez. La otra era alta y morena, de ojos verdes o color avellana claro. Era fuerte y guapa. Dura. Caminaba con decisión y la barbilla alzada, diría que desafiante. Y ambas querían algo de él, aunque no lo mismo. Eso fue todo lo que pudo ver antes de que sonara el timbre de su puerta. Pero a la morena la había reconocido, había visitado sus sueños sin saberlo. Era ella; la que se mostraba tras la ventana del castillo de su familia.

Resopló, dudando entre abrirla o hacer caso omiso, pero algo que captó en la rubia lo hizo levantarse de la silla y dirigirse a la entrada. Aquella mujer estaba sufriendo y no fue capaz de obviarlo. De la morena le parecía que lo mejor sería no saber nada más. Inspiró hondo, dispuesto a despacharlas rápido y abrió.

—Hola —fue su saludo.

—¿Es usted el señor Luke Dalgaard? —preguntó la morena con el ceño fruncido.

—Yo mismo —Luke las miró a ambas.

—Necesito hablar con usted —la rubia se dirigió a él y le dedicó una sonrisa, que se quedó en un intento—. No sé si ha oído hablar de

la desaparición de un niño de dos años, Toby Jacobs —Luke hizo memoria y asintió, había leído algo al respecto mientras estaba en Virginia.

—Creo que sí… eres su madre ¿verdad? —fue su respuesta.

—¿No debería saberlo solo con mirarla? —preguntó la morena, con cara de pocos amigos. Aquella mujer parecía muy agresiva.

—Me he dejado la bola de cristal en mi cuarto y sin ella no soy nadie —contestó Luke con una sonrisa sardónica—. Pueden pasar si quieren.

Los tres se dirigieron al interior del loft y las mujeres no pudieron más que echar una ojeada con la boca abierta. Aquella casa tenía pinta de haber sido un gran almacén convertido en una planta habitable. O dos, mejor dicho, ya que una preciosa escalera de caracol ascendía desde uno de los rincones a la planta superior. Las paredes interiores eran de ladrillo a la vista, los techos muy altos, las vigas estaban revestidas de madera. Abundaban el cristal y el nogal veteado. Una perfecta combinación entre lo antiguo y lo nuevo, con ventanas de doble vidrio con ajimeces y celosías. Era un espacio muy grande que resultaba acogedor y cálido.

La cocina, ubicada en uno de los laterales, era moderna y combinaba la madera con el color blanco de los muebles. Un sofá de ocho plazas con un lado curvo, de color azul cobalto, rodeaba una mesa baja de varios niveles. En la zona central, llamaba la atención un techo de vidrio retráctil, que conectaba con el jardín de la azotea y dejaba entrar la luz a raudales. En otra zona, algo más escondida, se adivinaba una enorme mesa de dibujo y otra accesoria llena de pinturas y pinceles.

Tanto Mary como Abigail se quedaron sin habla. Luke les hizo una señal para que tomaran asiento en el sofá.

—¿Quieren tomar algo? —les preguntó amablemente.

—¡No! —saltó Mary que se sentía muy incómoda—. Solo queremos hacerle unas preguntas.

—Esta casa es preciosa… —dijo Abigail—. ¿Antes era un almacén?

—Sí —contestó Luke—. Por lo que me contaron era un antiguo almacén de caviar. Envasaban caviar iraní, procedente del mar Caspio.

—Vaya… —Abigail miró el techo de cristal.

—¿Van a decirme sus nombres? —Luke les sonrió, ya que estaban allí, mejor ser cordial.

—¿No los ha adivinado ya? —contestó Mary y su amiga la miró mal.

—¡Mary! Será mejor que me dejes hablar a mí con el señor Dalgaard —miró a Luke—. No sé si he pronunciado bien su apellido.

—No se preocupe, Abigail, puede tutearme y llamarme Luke.

Mary se dio cuenta de que no le habían dicho el nombre de su amiga, a lo mejor sabía más de la desaparición de Toby de lo que daba a entender. O quizá Ron o Barlow lo avisaron de que iban a presentarse allí y se estaba haciendo el interesante para captar a una nueva clienta.

—Verá, Luke —empezó a explicar Abigail— una amiga me habló de usted. Me he informado con la policía y nos han asegurado que usted los ha ayudado otras veces a encontrar a personas. Estoy desesperada. Me robaron a mi pequeño hace dos meses y no sabemos nada de él. Ni la policía ni el FBI han conseguido ni una sola pista que nos acerque a mi niño.

Abby dejó de hablar, las lágrimas y la emoción de volver a relatar lo ocurrido le formaron un enorme nudo en la garganta. Mary rodeo sus hombros y odió lo que tenía que sufrir su amiga cada vez que relataba aquel fatídico episodio.

—Estábamos en el parque, su padre y yo… fue culpa nuestra; nos despistamos y en un momento estaba sentado ante nosotros, jugando con la arena, y al momento siguiente había desaparecido. Mi Toby tiene dos años y medio, es muy pequeño, Luke.

Luke sintió dentro de sí la angustia y la enorme tristeza de aquella mujer. Necesitaba un descanso, pero ¿Cómo podía decirle que no? Era incapaz de abandonar a aquella chica si existía la más mínima posibilidad de ayudarla a encontrar a su pequeño. Otra cosa era su compañera, que lo miraba de reojo con verdadera inquina. Se notaba de lejos que había acudido a su casa forzada por la situación de su amiga. Pero ahora debía concentrarse en Abigail.

—Dame las manos —alargó las suyas y cogió las de Abby. Acarició sus nudillos y cerró los ojos—. Abigail, nada de lo que ha ocurrido es culpa tuya. Debes entender bien eso. Ni tuya, ni de Oliver.

Mary levantó la vista, nadie había nombrado tampoco a Oliver. Pero ambos habían salido en los periódicos. Ese tío que cerraba los ojos, como si se estuviera concentrando, les estaba tomando el pelo y Abby estaba cayendo en sus redes. Reconocía que sabía cómo hacerlo. Tenía un tono de voz suave, aterciopelado… una mirada profunda muy bien ensayada. Emanaba tranquilidad. Sus ojos de color miel, su amabilidad y su aspecto nórdico, con ese pelo claro y esa barba corta, daba la sensación de ser un hombre confiable y sosegado. Pero ella no iba a dejarse engañar tan fácilmente.

—Lo intento —respondió Abby— pero es muy difícil. Si no hubiera desviado mi vista de él, si no hubiera discutido con Oliver… no sé. Es complicado no sentirse responsable.

—Toby está vivo —la afirmación de Luke hizo que Abigail se secara las lágrimas y le sonriera.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que estaba vivo! ¿Puedes ver dónde está? —Abigail se alteró al escuchar lo que nadie podía afirmar hasta el momento.

—No es tan sencillo, no funciona así —Luke escuchó un sonoro bufido de Mary y la miró—. Ya veo que eres muy escéptica y lo entiendo. No quería involucrarme en ningún caso ahora, estoy algo cansado. Pero lo haré por tu amiga. Sería mejor que no pusieras trabas y te mantuvieras al margen. Creo que solo quieres crear problemas.

Luke observó la reacción de Mary. Apretó los puños y las mandíbulas; estaba seguro de que si estuvieran solos le hubiera soltado unos cuantos exabruptos. Se estaba conteniendo por su amiga, pero él no tenía porqué aguantar insultos gratuitos. Con las pintas que llevaba, tejanos rotos, camiseta descolorida de tantos lavados y zapatillas gastadas, daba la impresión de ser una pandillera. Por eso le sorprendió la afirmación de Abigail.

—Mary es una buena amiga, pero además trabaja en el FBI, es agente especial —le dijo a Luke—. Me ha prometido que me apoyará en esto aunque no crea que pueda funcionar. Y lo hará; Mary siempre cumple sus promesas.

—¿FBI de Nueva York? —Luke la miró frunciendo el ceño— ¿Conoces a Ron Tirrell?

—Veo que tus capacidades adivinatorias están algo mermadas —contestó jocosamente—. Ron es mi jefe. También conozco al comisario en jefe de la policía, Kam Barlow. De momento te estoy dando yo toda la información.

—Bien, así tendré a quién quejarme en caso de que te conviertas en un incordio. No sabía que trabajabas en el FBI porque suelo respetar a las personas y no me gusta invadir su intimidad y su privacidad. Es un tema de… digamos, buena educación —Luke observó la ceja alzada de Mary, incrédula ante sus palabras.

—¿Me ayudarás? —insistió Abigail con las lágrimas a punto de desbordarse de nuevo de sus ojos.

—Lo haré —Luke apretó sus manos y supo que estaba perdido. Una madre a la que le han robado un hijo era un caso de mucho peso y solo un insensible le daría la espalda. Y él no lo era.

—¡Gracias! —Abigail abrió su bolso y sacó algunas cosas que entregó a Luke—. He traído algunas cosas de Toby. Esta es una de sus camisetas, aquí tienes una de sus últimas fotografías, aunque es la misma que ha salido por la tele y por internet, y su peluche favorito. Es un león y a Toby le encantaba, dormía con él. Por si te sirve de algo.

La voz de Abby se rompió. Luke cogió en sus manos lo que Abigail le ofrecía y al instante notó su dolor junto a la dulzura de Toby. Iba a hacer todo lo posible.

Con esa promesa, les dijo que se pondría en contacto con ellas en cuanto tuviera cualquier indicio. Intercambiaron sus números de teléfono. Abigail se deshacía en agradecimientos, mientras Mary salía con ella, dejándose a posta su bolso en el interior de la casa. Acompañó a su amiga hasta el coche y se hizo la sorprendida.

—¡Oh! Abigail, perdona, pero he de volver a buscar mi bolso. ¡Qué despistada soy! Me lo he dejado en su casa, ahora vuelvo.

—Tranquila, aquí te espero —contestó Abby, ajena a ardid de su amiga—. Aprovecharé para llamar a Oliver.

Mary volvió sobre sus pasos y, antes de llamar a la puerta, ésta se abrió y se encontró a Luke con su bolso en la mano y una sonrisa sarcástica en los labios.

—Te has dejado el bolso a propósito —le dijo—. Dispara. ¿Qué quieres saber?

—¿Cuánto le vas a cobrar a Abigail? —preguntó Mary—. No voy a dejar que le tomes el pelo y te lleves su dinero. No le sobra y lo que menos falta le hace ahora es que la timen.

—¿Crees que me hace falta el dinero? —Luke señaló el interior del loft—. Me sobra. No hago esto por dinero.

—Debe ser que en tus otros casos cobras mucho… no creo que el dibujo y la animación den para tanto, este loft es muy caro.

—Ya veo que has hecho los deberes y me has investigado. —Luke rió, su desconfianza empezaba a hacerle gracia—. Pero hay algo de lo que no suelo dejar rastro para que no me persiga la prensa rosa. Tengo una sustanciosa herencia, mi familia tiene mucha pasta.

—¿Antecedentes vikingos? —Mary tenía más curiosidad de la debida por ese hombre, del que no se fiaba ni un pelo.

—Sí, de eso no cabe duda —Luke la miró a los ojos—. Y miembros de la realeza. Puedes estar tranquila en cuanto a tu amiga, no quiero hacerle daño.

—Si le das falsas esperanzas, se lo vas a hacer —Mary colocó sus brazos sobre las caderas y lo miró desafiante—. Lleva dos meses llorando sin parar, hundida. Hoy la he visto sonreír por primera vez cuando le has dicho que Toby estaba vivo. ¡No le mientas, Luke! Es muy cruel engañar a una mujer que está soportando tanto.

—Dame un respiro, Olsen —llamó a Mary por su apellido y ella dio un paso atrás, preguntándose como narices sabía su apellido. Seguro que Ron había hablado con él—. Te llamaré.

Extendió su mano para estrecharla con la de Mary y ella, tras observarlo un momento, cedió. Saltaron chispas. Literalmente. Ella pensó en la energía estática, esas cosas pasaban. Una acumulación de carga eléctrica en los átomos de la superficie de nuestro cuerpo. Cuerpos con diferentes cargas. Eso debía ser.

Luke tenía otra percepción de las chispas. Porque al estrechar la mano de Mary Olsen había visto más de lo que quería ver. No tenía intención de intuir nada, pero había sido claro como el agua. Como un flash. Como un recuerdo nítido. Como una fotografía. Esa mujer iba a tener un peso específico en su vida. Un peso muy grande y que no se reduciría a aquel caso. Ella estaba en su futuro y él debía haberlo adivinado tras soñarla noche tras noche.

Ninguno dijo nada, ambos asustados por aquella extraña conexión, aunque la vieran de forma tan distinta. Se separaron, Mary con una mirada de advertencia y Luke con una de resignación. Nunca había tenido una reacción tan extrema al conocer a alguien, ni una imagen tan clara de su horizonte.

Antes de cerrar la puerta, Luke decidió darle a Mary algo en lo que pensar.

—Vamos a colaborar, Mary. Sé que tienes miedo por tu propio hijo, pero no va a pasarle nada, puedes estar tranquila. Encontraremos a Toby.

Mary no contestó y se largó echando humo, como una locomotora de vapor a toda máquina.

Mientras caminaba de vuelta hacia su coche repasó la conversación que habían mantenido, pero en ningún momento había mencionado que tuviera un hijo, estaba segura.

Estaba claro que Luke había hablado con Ron o Barlow, ese tío debía tener muchos contactos que le daban información. No existía otra explicación.

Al día siguiente, a primera hora, Mary pidió a Ron que la atendiera unos minutos.

Se sentó ante su mesa y lo miró interrogante.

—¿Avisaste a Luke Dalgaard de que íbamos a visitarlo ayer? —preguntó sin preámbulos y enseguida captó la cara de sorpresa de su jefe.

—¿Fuisteis ayer? —preguntó y se encogió de hombros—. No tenía ni idea. Y no; no he hablado con él, tengo muchos asuntos pendientes. En realidad no había vuelto a pensar en ello.

—Entonces quizá fue Barlow… —comentó Mary casi para sí misma.

—¿Por qué lo dices?

—Dalgaard conocía mi apellido y yo no se lo dije. Sabía que tengo un hijo. También nombró a Oliver, el padre de Toby; aunque eso es más fácil, ya que han aparecido en los medios de comunicación —Mary pensó que llamaría a Barlow en cuanto saliera del despacho.

—¿Qué pasa? —Ron rió—. ¿Te ha convertido en creyente? Ya te digo yo que ese tío acierta mucho. No sé cómo cojones lo hace, pero los resultados que obtiene son estadísticas fiables y eso es irrefutable.

—Bueno, tú dirás lo que quieras, pero no voy a fiarme porque me enseñes unos cuantos números y gráficos de colorines. Lo creeré cuando lo vea, hasta ahora solo es información que ha podido conseguir con antelación —Mary se mostraba inflexible con eso y sonrió a Ron—. Si llega ese día te pago una comida en el *Eleven Madison Park*.

—Eres una insensata, Mary Olsen, pero te tomo la palabra, por si llega el día de cobrarme esa deuda —Ron la señaló con el dedo índice —. Te recuerdo que el menú en ese restaurante cuesta más de doscientos dólares por persona. Y que tengo buena memoria, no voy a olvidarlo.

—¡Imagínate lo segura que estoy de que ese día no va a llegar! —Mary se levantó y salió del despacho riendo—. Te aviso de que ese loco me ha advertido que me llamaría y que íbamos a colaborar.

—Bueno, mientras no te olvides del resto de tus obligaciones, me parece bien. Mantenme informado, Olsen.

Mary no tardó en llamar a Barlow, pero éste le aseguró que tampoco había hablado con Luke. Le extrañó, pero no quiso darle más vueltas. Seguro que existía una explicación lógica y racional que en ese momento no adivinaba.

Mary volvió a su trabajo recordando la intensa mirada de Luke Dalgaard y blasfemó entre dientes. Ese hombre era un encantador de

serpientes. Estaba convencida de que ya había hipnotizado a Abigail. Con ella lo tenía mucho más difícil, por no decir imposible.

*****

Luke volvía a estar acodado sobre su mesa de dibujo. En realidad debería ponerse a trabajar en su ordenador, ya que tenía un encargo que completar y entregar en *Dream Works Animation,* una compañía de producción de cine de animación que le solicitaba algunas colaboraciones, sobre todo para cortos. Intentaron varias veces emplearlo en su plantilla, pero Luke prefería seguir trabajando por libre, eso le daba mayor autonomía para gestionar su tiempo como más le conviniera.

En el fondo, tenía claro que no era más que otra excusa para no concentrarse ya en la búsqueda de Toby Jacobs. Se sentía un poco manipulado por las dos mujeres que se presentaron en su casa sin avisar y que le hicieron caer en una nueva búsqueda cuando lo que necesitaba era desconectar. Abigail le transmitió su pesar y su congoja y le hizo partícipe, sin saberlo, de su infinito dolor. Por otra parte, Mary Olsen se había convertido en un reto. No solía hacer ningún caso de las personas que se burlaban de su poder y sus visiones, sencillamente las soslayaba. Pero le quedó claro que eso no iba a ocurrir con esa morena provocadora y arisca, por lo que tendría que lidiar con ella.

Aquellas dos mujeres, juntas, fueron una mala combinación contra la que no pudo presentar batalla.

Aún no se había atrevido a coger las cosas del niño y «mirar». Le daba miedo. No quería ver a un bebé de dos años maltratado o enfermo. Supo que estaba vivo, pero no miró más. Si tenía que darle malas noticias a Abigail, no sabía cómo iba a hacerlo. Esa mujer ya estaba en el borde del acantilado y él no quería empujarla al abismo bajo ningún concepto.

Ahora, ante él, sostenía un papel en blanco. Le gustaba mucho dibujar rostros a carboncillo que expresaran emociones. Los inventaba y les daba vida con sus luces y sus sombras. Le gustaba conseguir un difuminado ligero que, aunque resultara más sucio, también era más expresivo. Dejó volar la imaginación y trazó los primeros rasgos con los lápices de grafito, repartió las sombras sobre los ojos, en los labios y pómulos, en el pelo oscuro. Utilizó los discos de algodón y las esponjas para dar profundidad y matizó los detalles: las pestañas espesas, el brillo de los ojos y los labios carnosos… ya casi estaba.

Se distanció del dibujo para tener una visión más global y su corazón casi se paró. No se había dado cuenta hasta ese instante:

acababa de dibujar a Mary Olsen. Uno de los dibujos de sus sueños. Su expresión era pura determinación. La barbilla alzada, la mirada fija al frente y una reserva patente que marcaba distancias. Era un «no te acerques» alto y claro. Luke levantó las cejas y sonrió. Siguió mirando el dibujo y su sonrisa se amplió, llegando hasta sus ojos. La miró un poco más y acabó riendo a carcajadas como si se hubiera vuelto loco.

Pulverizó espray fijador sobre el papel y lo guardó en una carpeta. No tenía clara la razón, pero aquel dibujo le aligeró la mente y decidió que era el momento de coger las cosas de Toby y centrarse en ellas.

Subió a la planta superior. La mitad era una gran terraza llena de plantas y el resto lo ocupaban dos grandes habitaciones con sus respectivos baños. Entró en la que era su dormitorio. En un cajón de la cómoda estaban las cosas de Toby.

Las cogió, se descalzó y encendió un candelabro de bronce que adornaba el mueble. Era una reliquia familiar que se había llevado prestada del castillo de los Dalgaard y que, cuando lo encendía, le traía recuerdos de sus orígenes y lo ayudaba a concentrarse. No era nada esotérico, solo un medio para reforzar la meditación. Sostenía cinco velas que ahora estaban encendidas. Le gustaba el olor de la cera aromática derretida y el baile de las cinco pequeñas llamas doradas y rojizas. Se sentó sobre la cama en la posición del loto y centró su mirada en el fuego suave. Achicó los párpados y le habló a Toby en susurros.

—Déjame verte, pequeño…

Luke acariciaba el peluche de Toby y su camiseta. Los ojos le cambiaron ligeramente de color, en vez de su tono ambarino parecían casi dorados. Fulguraban durante un segundo y volvían a su color natural, como si traspasaran una barrera invisible. Cerró los párpados y la negrura lo ocupó todo. Oscuridad y una espesa niebla. Le empezaban a llegar emociones, eso solía ser siempre lo primero. Pudo sentir el amor que sus padres le profesaban, su dolor por la pérdida, su desesperación por la espera.

Entonces ocurrió. Empezó a «ver» a través de los ojos del pequeño Toby. Veía a su madre acercarse a su cuna y sonreírle, a su padre cuando lo elevaba en el aire y lo hacía volar, a Mary, con su hijo en brazos, que se acercaba a él en el parque y le hacía cosquillas. Retazos de momentos que el pequeño retenía en su memoria. Todo parecía perfecto, hasta que casi se quedó sin respiración. Una mano grande le tapó la boca y la nariz. Fue alzado en volandas. Un hombre lo había cogido por la espalda y no pudo llamar a sus padres ni gritar. Estaba muy asustado mientras corrían con él calle abajo y lo metían en una furgoneta negra, todo a una gran velocidad. Lloraba. Olía mal. Una mezcla de ambientador de limón y medicinas. De golpe, todo se quedó en negro.

Luke abrió los ojos y cogió aire. Durmieron a Toby con la inhalación de alguna sustancia y se lo llevaron en una furgoneta negra.

Debía concentrarse en ella y conseguir más datos. Al menos sabía que estaba vivo y eso era lo más importante.

*****

Mary estaba en la oficina repasando por enésima vez toda la información, las pruebas o indicios y los informes que existían sobre el caso de la desaparición de Toby. Releyó de nuevo los interrogatorios a posibles testigos, visionó las grabaciones de las cámaras cercanas al parque… no sabía qué más podía hacer. Sus indagaciones sobre casos anteriores de desapariciones, tampoco le daban un rastro nuevo. Toda aquella historia siempre acababa ante un muro infranqueable donde las pistas llevaban a ningún sitio.

Luke le dijo que la llamaría, pero habían pasado dos días y Abigail se estaba poniendo muy nerviosa. Tenía sus esperanzas puestas en ese hombre y a Mary le daba un miedo atroz que se hundiera del todo si no conseguían nada.

A ella misma le costaba concentrarse en el trabajo y se estaba retrasando en otras colaboraciones que estaba llevando a cabo. Pensaba mucho en el pequeño Toby y se estaba adhiriendo a su hijo como una lapa. En cuanto llegaba a casa no le quitaba la vista de encima y mientras estaba en el trabajo llamaba a Nora varias veces al día. Sabía que no era sana tanta sobreprotección, pero le costaba evitar esos miedos.

Releyó las descripciones que dieron algunas personas de las que estaban aquel día en el parque. Un par de coches que más tarde se identificaron y eran de vecinos del barrio. Dos furgonetas, una negra y otra gris, pero ninguna matrícula. Ni siquiera los testigos coincidían en la marca; uno nombraba una *Chevrolet* y el otro, una *Ford Transit*. Existía la descripción de un sospechoso que resultó ser un sin techo, cuya única acción reprobable era que se pasaba el día borracho. No tenían nada.

—¿No has dado con nada nuevo? —le preguntó a Owen.

Su compañero estaba inmerso en otra investigación de tráfico de drogas, pero siempre buscaba un hueco para echarle una mano.

—Lo siento, Mary, pero hay lo que hay —le contestó levantando la vista del ordenador—. Ya sabes que la policía sigue en el caso junto a nuestra unidad de desaparecidos. No podemos hacer más.

—Lo sé —Mary se restregó los ojos, estaba cansada—. Barlow me prometió que toda la información que les llegara a través de las

llamadas de los ciudadanos, se atendería y se efectuaría un seguimiento. Que no dejarían nada al azar. Pero ¡es tan difícil, Owen! Esto es un calvario. No puedo ni imaginar cómo se sienten sus padres y eso que los veo cada día.

—Te diría que lo entiendo, pero supongo que no puedes ponerte en su lugar si no tienes un hijo. ¿Te han llegado noticias del «vidente»?

—No me ha llamado, debe estar buscando en su bola de cristal, o poniendo a hervir un caldero con ojos de dragón, patas de conejo y alas de murciélago… —Mary notó crecer su indignación—. ¿Quién puede creer en esas cosas? Entiendo que Abigail se haya puesto una venda en los ojos y sea capaz de vender su alma al diablo. Pero que me diga a mí, una agente del FBI, que vamos a colaborar en esto… ¿En serio cree que me voy a dejar engañar como si fuera idiota?

—Digamos que… no te conoce —Owen se rió con ganas, negando con la cabeza—. Aunque yo si te conozco y harás lo que sea por ayudar a tu amiga.

Mary recogió para irse a casa sin dejar de pensar en la cara que hubiera puesto Luke Dalgaard si la hubiera escuchado hablar de él en esos términos. Lo del caldero seguro que no le hubiera hecho ninguna gracia. Solo lo había visto una vez, pero podía imaginar perfectamente su expresión de superioridad.

Encontrarían a Toby, pero sería gracias al trabajo policial, no por las alucinaciones de un tarado.

Cuando llegó a casa, Nora y Harry no estaban. Su corazón se aceleró y su respiración se tornó errática. Buscó su móvil dentro de aquel bolso enorme que siempre parecía tragarse justo lo que estaba buscando. Cuando lo localizó vio que tenía un mensaje de Nora. Seguro que lo había enviado mientras viajaba en el metro y no se había dado cuenta. Lo abrió con manos temblorosas.

«*Mary, he salido con Harry a comprar pañales, casi no quedaban. Vuelvo enseguida*».

Justo acababa de leer el mensaje, cuando se escucharon las llaves en la puerta y apareció Nora con Harry sentado en su cochecito. Casi se puso a llorar como una idiota, aunque consiguió hacer un esfuerzo para que no la tomaran por loca.

*****

A la mañana siguiente, tras una noche en la que Mary había dormido bastante, pero descansado poco, se olvidó de prepararse su habitual ración doble de café y se entretuvo jugando en la cama con

su bebé.

Harry era muy risueño, reía a carcajadas cuando Mary lo hacía volar y cuando le hacía cosquillas en la barriga. El pequeño le tiraba del pelo y saltaba sobre su vientre sentado a horcajadas, como si montara un caballo. Se le fue el santo al cielo y Nora abrió con sus propias llaves, pillando a Mary aún en pijama.

—¡¿Qué hora es?! —le preguntó a Nora al verla en el vano de la puerta de su dormitorio.

—Las ocho —Nora se rió al verla en pijama—. ¡Llegas tarde! Vamos, dame a Harry. Recuerda que me dijiste que lo llevara yo a la guardería porque hoy tenías que salir antes.

—¡Cierto! ¿Dónde tengo la cabeza? Me he despistado, Harry estaba hoy muy juguetón —le entregó a su hijo—. Ve con Nora, mi amor. Mamá llega tarde.

Mary se pasó por la ducha a toda velocidad, se vistió y salió corriendo.

—¿No quieres café? —le preguntó Nora al verla correr.

—Ya lo tomaré en el trabajo, tengo mucha prisa —Mary abrió la puerta y les envió un beso a ambos—. ¡Hasta la tarde!

En cuanto llegó, Owen la avisó de que Ron la esperaba en su despacho.

—¡Joder! Tiene una urgencia justo el día que llego tarde, siempre me pilla —le guiñó un ojo a Owen—. Gracias, voy para allá.

Llamó con los nudillos a la puerta del despacho y escuchó un «adelante» algo brusco. La abrió y se encontró a Ron, sentado ante su escritorio, y a un hombre situado ante él, de espaldas, al que reconoció de inmediato por su pelo corto y rubio: era Luke Dalgaard.

Aquel no iba a ser un buen día; llegaba tarde a trabajar y se encontraba con la persona que menos ganas tenía de ver.

—¿Se te han pegado las sábanas? —preguntó Ron—. Luke dice que te has entretenido jugando con tu hijo en la cama.

Mary dio un respingo ante aquella afirmación, una adivinanza acertada. No era tan raro; seguro que aquella opción abarcaba el mayor número de probabilidades.

Al menos era mucho mayor que la de haber tenido un accidente o equivocarse al pensar que era domingo. Que una madre jugara con su bebé al despertarse por las mañanas era algo normal ¿no? Decidió obviar aquel comentario y no dar una respuesta mordaz. No quería crear un mal ambiente de entrada. Ya habría tiempo si hacía falta, aunque le costaba morderse la lengua, tenía mil dardos envenenados a punto para disparar, todos en la misma dirección.

—Siéntate, Mary —Ron le señaló la silla al lado de la de Dalgaard —. Luke me estaba comentando que tiene algunas ideas para el caso de los Jacobs y que, dado que son tus amigos, deberíais colaborar con él. Por supuesto, si Luke tiene alguna pista que seguir, os veréis respaldados por el equipo del FBI de secuestros y desapariciones. Digamos que vosotros dos seríais la avanzadilla.

—¿De verdad? —Mary ni siquiera miró a Luke, aunque notaba sus ojos puestos sobre ella—. ¿Y en qué adivinanza vamos a basarnos para empezar? ¡Esto va a ser una pérdida de tiempo y no me parece lógico que todo el mundo le siga la corriente a este hombre, perdona que te lo diga!

—¡Mary! —Ron se enderezó en su silla y descansó los codos sobre la mesa cruzando los dedos de las manos—. Te recuerdo que quién da las órdenes aquí soy yo y que te comenté el gran porcentaje de éxitos que Luke obtiene en sus colaboraciones con la policía y el FBI. Aparte de dejarte colaborar en este caso, por tu proximidad con los padres. Sabes que si no fuera por eso, ni siquiera estarías en él. No es tu área.

—¿Y por qué no se le paga por las horas que ha perdido con nosotros y nos ocupamos de seguir investigando por nuestra cuenta? Lo siento. —Mary miró por primara vez a Luke y notó como una sonrisa estaba a punto de aparecer en las comisuras de su boca, lo que la enfureció—. Entiendo que debes tener algún método oculto que te funciona, pero si no eres capaz de decirme ahora mismo dónde narices está Toby, no creo que nos sirvas de mucho.

—Aún no he llegado a ese punto, pero he venido para informaros de mis avances, si es que queréis escucharlos —a Mary le parecía que ese hombre estaba excesivamente cómodo consigo mismo, algo que a ella le costaba conseguir.

—Por supuesto —contestó Ron, antes de que ella abriera la boca y le dedicó una mirada de advertencia—. Lo cierto es que estamos en un punto muerto y que nos encantará escucharte. ¿Qué has averiguado?

—¿Os apetece un café? —preguntó Luke—. Creo que a Mary hoy no le ha dado tiempo de tomarlo y lo necesita con urgencia.

Mientras Mary pensaba en cómo era posible que tuviera ese dato y observaba como Luke se dirigía a la máquina expreso a prepararlos, notó como Ron la miraba con el ceño fruncido. Tanto ella como su jefe se levantaron para prepararse sus cafés en silencio. Mary cogió una taza grande y se puso dos cápsulas, necesitaba espabilarse para soportar el día que le esperaba y que tan mal había empezado.

Volvieron a sus asientos y Luke, tras dar un sorbo a su café, tomó

la palabra.

—He visto al hombre que se llevó a Toby del parque —Mary levantó una ceja, escéptica, pero no dijo nada y apretó los labios—. Si tienes por aquí un papel y un lápiz, puedo dibujarlo.

—Por supuesto —Ron levantó el teléfono y pidió a alguien que trajera los utensilios necesarios para hacer un retrato robot.

—Ese hombre —continuó Luke— levantó en volandas a Toby en un momento en que sus padres estaban distraídos. El pequeño se había alejado hacia una de las esquinas del parque, corriendo tras una pelota. Lo metió en una furgoneta negra en la que se escuchaba música. Era heavy metal.

—¡Ja, ja! —se le escapó a Mary—. ¡Esto es surrealista! ¿Eran los *Deep Purple* o *Def Leppard*? ¡Lo siento, pero no soy capaz de seguir fingiendo que me creo algo de todo esto!

—¡Mary! —Ron volvió a mirarla, muy incómodo con la situación.

—No pasa nada, Ron —intervino Luke— ya cambiará de idea cuando obtengamos resultados ¿verdad, Mary?

—¡Adivínalo, listillo! Eso es lo tuyo ¿no? —respondió ella resoplando, justo cuando entró un ayudante con el papel y los lápices.

—Muchas gracias —Luke los cogió y se dispuso a hacer el retrato —. Bueno… manos a la obra.

Tanto Ron como Mary se quedaron hipnotizados por la ligereza de los trazos de Luke sobre el papel. Ese hombre sabía dibujar, de eso no cabía duda. Primero unas cuantas líneas acotando el perfil de la cara, después las gruesas cejas oscuras, la cabeza calva y la espesa barba negra, un piercing *septum* en la nariz, dilataciones de tamaño medio en las orejas y un tatuaje de una calavera en el lado derecho del cuello. La nariz parecía de boxeador, posiblemente por habérsela roto alguna vez. Los sombreados alrededor de los ojos, en los pómulos y la boca le dieron más expresión hasta casi parecer una fotografía.

Tardó un rato en conseguirlo, pero el efecto era impresionante y Mary lo reconoció para sus adentros, aunque aquello no significaba nada. El hombre era un genio con los lápices. Pero esa cara le recordaba mucho al retrato robot que un policía había hecho con las descripciones de uno de los posibles testigos del parque. Estaba incluido en el expediente de la investigación. A una mujer le había parecido ver a un tipo con esas pintas merodeando por los alrededores. Eran muy parecidos y eso hizo pensar a Mary que quizá Luke tenía algún contacto en la policía que le había mostrado su dibujo. No sería descabellado. Eran demasiados detalles para haberlos adivinado.

—Y… ¿Quién es ese tipo? —preguntó Mary—. Porque dibujar, dibujas muy bien, lo reconozco. Pero si no sabemos su nombre y

dónde se encuentra, no nos sirve de mucho.

—¿Puedes darme un respiro? —Luke le guiñó un ojo—. Aún no tengo esos datos, pero él ya no tiene al niño. Se lo entregó a una mujer rubia. Toby está bien cuidado. Echa de menos a sus padres, pero está bien. Eso lo sé.

—Veamos… —Mary se retiró el pelo de la cara en un gesto de exasperación—. Toby está bien… ¡Perfecto! Te pido, por favor, que no le digas eso a su madre hasta que no tengas alguna prueba sólida ¿vale? No le des falsas esperanzas, te lo ruego.

—De acuerdo —aceptó Luke.

—Sintiéndolo mucho, tengo una reunión —intervino Ron—. Informadme sobre cualquier avance, y tú —señaló a Mary— ¡compórtate!

Salieron los tres del despacho de Ron, que se despidió y se marchó con prisas.

—Te avisaré en cuanto averigüe algo más —Luke la miró inclinando la cabeza, como si la estuviera analizando—. ¿Qué haces a la hora del almuerzo?

—Mmm… ¿Almorzar? —respondió ella con una falsa sonrisa.

—¡Perfecto! Lo imaginaba… —Luke le guiñó un ojo—. Hoy te invito yo.

—Faltan un par de horas para eso y no he dicho que lo fuera a hacer contigo.

—Lo sé, eso te lo he propuesto yo, es posible que a la hora de comer tenga más datos y en el fondo tienes mucha curiosidad —Luke le puso una cara de niño bueno que a Mary no pudo más que hacerle gracia. Lástima que fuera un comediante.

—Si tienes algo más que contarme, saldré a comer a la una. Algo rápido, no quiero entretenerme. No te inventes demasiadas cosas, Merlín.

Mary se dio la vuelta y escuchó la risa de Luke mientras se alejaba sin mirar atrás. Pensó que era una pena que fuera un embustero, porque empezaba a caerle bien. Y, además, era muy guapo; tenía un aire nórdico muy atractivo. Demasiado como para no fijarse.

*****

Mary intentó olvidar la invitación a almorzar durante el resto de la mañana y lo consiguió. Por eso, en el momento en el que puso un pie en la calle, le sorprendió encontrar a Luke esperándola. Estaba recostado sobre un coche gris plata de alta gama, con los brazos cruzados y una sonrisa en la boca. Antes de que llegara hasta él, ya le estaba abriendo la puerta para que ocupara el asiento del copiloto. Tenía unos modales que le resultaban algo anacrónicos en el siglo XXI.

—Hola —Mary se quedó parada ante la puerta abierta— te he dicho que no puedo perder el tiempo a mediodía. Prefiero comer cerca de las oficinas.

—Tengo mesa reservada en un pequeño restaurante cerca de aquí —contestó Luke—. Con el coche estamos allí en menos de diez minutos. No tardaremos. Lo justo para comer algo y que pueda comentarte mis avances.

—De acuerdo… —Mary lo miró con desconfianza, con ese sentimiento de duda que aparecía cada vez que lo tenía cerca. Pero decidió seguirle la corriente, en algún momento descubriría sus secretos.

Se acomodaron en el coche y Luke arrancó. Conducía igual que lo hacía todo, con confianza y tranquilidad.

Mary pensó que debía ser difícil alterarlo, su seguridad era notoria en todo lo que hacía. Miró su reloj cuando aparcaron frente a su restaurante favorito de la zona, aunque eso él no podía saberlo. Ocho minutos justos. Era un japonés donde todo resultaba delicioso y Mary era una fan del *sushi*, el *onigiri* y los rebozados de tempura.

—Me gusta este restaurante —comentó al salir del coche.

—Lo sé, por eso he reservado mesa y tus platos favoritos.

—¿Cómo? —Mary se frenó ante la puerta—. ¿A quién le has preguntado sobre mis preferencias?

—A nadie, digamos que soy muy… intuitivo —Luke abrió la puerta y le cedió el paso—. ¿No tenías prisa? Pues te espera un *sushi* delicioso en la mesa.

Mary no dijo nada y se dejó llevar. La pequeña mesa estaba cerca de una ventana y la separaba un biombo de otras cercanas. La comida estaba servida y, desde luego, esos eran sus platos japoneses favoritos. Quién mejor conocía sus gustos eran Walter y Owen, sus compañeros de trabajo, ya que habían comido juntos incontables veces. Estaba segura de que Luke había preguntado a alguno de ellos. Ya lo averiguaría, de momento su estómago rugió y la boca se le hizo agua.

—Bien, tengo demasiada hambre como para discutir contigo —Mary se sentó y un camarero les preguntó si todo estaba a su gusto y les sirvió el vino blanco en las copas—. Dime lo que hayas visto, adivinado, supuesto, soñado o lo que sea que hagas.

—De acuerdo —Luke rió sabiendo que algún día ella le entendería, aunque faltaba mucho para eso—. ¿Recuerdas que te dije que el hombre que dibujé le entregó el niño a una mujer?

Mary asintió y masticó un sabroso *hosomaki* remojado en salsa de soja.

—La mujer es alta, delgada y rubia y debe tener entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Cogió a Toby y se lo llevó en un coche blanco. Pararon a comer en un bar de carretera. Toby lloró a ratos, estaba

asustado por los cambios de personas cercanas. Pero la mujer lo trató bien y el pequeño fue cogiendo confianza. Condujeron casi todo el día y por la noche pararon en un motel barato, supongo que por ser uno de esos lugares donde nadie hace preguntas. En la entrada había unos cuantos flamencos, de color rosa chicle, con los ojos brillantes.

—¿Dónde está ese motel? —preguntó Mary de forma algo brusca y Luke levantó una ceja—. A ver, Luke, entiéndeme… todo eso que explicas está muy bien y te da para escribir una historia pero, si no me das algo más concreto, no puedo hacer nada. O casi nada. Pediré que busquen todos los moteles con flamencos de color rosa en la entrada en varios kilómetros a la redonda.

—Eso no será necesario, puedes afinar más la puntería. La dirección que siguieron fue hacia el noroeste… hasta llegar a Rochester.

—Rochester está en la parte norte del estado ¿no? —afirmó Mary, haciendo memoria—. ¿Cerca del Lago Ontario?

—Exacto, a poco más de quinientos kilómetros de aquí y a unos… —Luke cerró los ojos calculando— a unos noventa minutos de Canadá y las cataratas del Niágara.

—¿Ya está? —preguntó Mary.

Entonces pudo observar como Luke fijaba la mirada a través de los cristales, dejándola vagar hacia el infinito, como si estuviera muy concentrado. Juraría que el color de sus ojos se había tornado dorado durante unos segundos.

O quizá fue un reflejo de la luz del sol. Cerró los ojos y hablo con un tono bajo de voz, como si en ese momento estuviera viendo lo ocurrido.

Mary aguantó la respiración. Ella no creía en esas cosas, pero algo en Luke la estaba sobrecogiendo, parecía emanar una fuerza extraña de él. Mary bebió un sorbo de vino y se quedó observándolo en silencio.

—La mujer rubia llega a su destino… y cambia a Toby por un abultado sobre lleno de billetes en efectivo. Un hombre le da el dinero y se lleva a Toby. Veo sombras entre un cambio y otro. Huecos vacíos. El hombre lo entrega a una pareja que lo espera. Viven en una casa con jardín y muy cerca tienen un bosque, debe ser en las afueras de la ciudad.

—¡Oh! —Mary, de alguna manera, supo que aquello era cierto y se emocionó—. ¿Siguen estando en Rochester?

—Sí… la habitación de Toby es bonita —Luke seguía con los ojos cerrados—. Está decorada con motivos infantiles, animales y una pared con un paisaje. Lo que más le gusta a Toby es un caballito de madera que es un balancín. Le gusta subir y balancearse. Se ríe. Recuerda a sus padres, pero cada vez están más lejos. Desdibujados.

Ahora lo llaman Paul. Casi no recuerda su verdadero nombre. Nadie le ha llamado Toby desde hace dos meses.

—¿Cuál es la dirección de su casa? ¿O su teléfono? ¿Sabes el nombre del tipo que cobró el dinero? ¿O el de la mujer rubia?

—¡Basta! —Luke abrió los ojos y se llevó las manos a las sienes, el dolor de cabeza iba en aumento—. Me alegro de que empieces a creerme, pero esto no funciona así. Ahora mismo necesito dormir y relajarme, «mirar» me da dolor de cabeza. Lo que sí puedo asegurarte es que vamos a encontrarlo. ¿Puedes darme una tregua?

—Claro… —Mary se apartó las lágrimas de los ojos, esas visiones o lo que fueran, le habían traído a Toby de vuelta y ¡deseaba tanto devolvérselo a Abigail!

Algo había cambiado en Mary al ver a Luke en aquella tesitura. Si toda esa parafernalia era una actuación se merecía un Oscar, hubo un momento en que estuvo a punto de aplaudirle. Por otro lado, estaba pendiente que se demostrara que lo que había visto era la realidad y no un cuento de hadas.

¿Se estaba dejando embaucar por un cuentista? Mary dudaba, ya que se consideraba muy racional y poco dada a creer en nada que no fuera demostrable. Pero Luke Dalgaard tenía algo…

Luke la llevaba de vuelta a las oficinas del FBI cuando Mary recibió una llamada en su móvil. Era un número que reconoció. Lo tenía guardado en sus contactos como «XX», ni siquiera sabía el nombre real del confidente que, desde hacía tiempo, le pasaba información. Parecía un fantasma, pero cumplía. Y, por mucho que estuviera metida en el caso de Toby, tenía otros a medias.

—Dime —contestó y miró de reojo a Luke—. ¿Qué tienes?

—¿Recuerdas el tema de los robos de ordenadores de alta gama? —preguntó su contacto y Mary asintió—. Tengo ahora mismo localizado al cabecilla en el *Moon Bar,* aunque no sé cuánto tiempo estará aquí. Pelo negro muy corto, antebrazos tatuados, delgado como un alambre, camisa vaquera y botas de cowboy. No tiene pérdida. Yo me largo de aquí.

Mary no llegó a darle las gracias, aunque seguro que volvería a contactar con ella para recibir su paga. Lo mejor sería ponerse en marcha ya mismo, pero necesitaba cambiarse de ropa, tenía algo en mente para pillar a ese ladrón de ordenadores y su vestimenta sobria y aburrida no le servía para ese bar en concreto. Si avisaba a Owen querría ir con ella y la retrasaría. No había tiempo que perder o el tipo desaparecería. Se presentaría ella sola en el bar y en el trayecto maquinaría qué hacer y cómo actuar. Mientras su mente organizaba sus próximos pasos, no fue consciente de la mirada de soslayo de Luke, mientras estaban parados ante un semáforo en rojo.

—¿Puedes acercarme a mi casa? No voy a la oficina, ha surgido algo —le pidió a Luke.

—Claro, te llevo —contestó él y cambió de dirección.

Mary tecleó en su móvil y avisó a Owen de que esa tarde le había surgido algo que investigar, pero no le dio detalles.

Se despidió hasta el día siguiente y su compañero no detectó ninguna urgencia, parecía más un trámite sin importancia. Pasaban mucho tiempo en las oficinas, pero no era raro que a veces se patearan las calles cuando tenían pistas que rastrear.

—Te acompaño —escuchó decir a Luke y lo miró con incredulidad.

—¿A dónde crees que vas a acompañarme? —le preguntó con un punto de chulería.

—A donde sea que vayas para recuperar esos carísimos ordenadores robados —fue su respuesta.

—¿Cómo sabes que…? ¡Oh, joder! —Mary se llevó las manos a la cabeza—. Ese tipo ha hablado muy alto ¿no? ¡Tiene que ser eso!

Al ver la sonrisa de Luke, decidió dejarlo correr. Por otro lado,

estaba tramando cómo comportarse cuando llegara al bar y Luke podía hacer su papel. Ahí vería si era tan buen actor como parecía. Decidió que iba a utilizarlo.

—De acuerdo, puedes venir conmigo, con una condición. Yo estoy al mando y tú vas a hacer lo que yo te diga. Sin poner objeciones.

—Siempre me han gustado las mujeres con carácter —Luke le quiñó un ojo y aparcó delante de su casa—. Tú mandas.

—¿Te he dicho dónde vivo? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Claro… ¿Cómo iba a saberlo si no? —fue la respuesta de Luke, acompañada de una de sus enigmáticas sonrisas.

—Ya… bueno, Luke, prepárate para ser mi pareja y pelearte conmigo. Vamos a dar un pequeño espectáculo —ambos bajaron del coche y Mary abrió la puerta del edificio.

A esas horas, Nora estaba con Harry en el parque y eso la libraría de dar explicaciones del disfraz que iba a utilizar.

—Voy a cambiarme, puedes esperarme aquí —Mary se encerró en su habitación.

Luke se dedicó a observar la casa de esa mujer que tanto le intrigaba. Se frenaba para no mirar más de la cuenta y le estaba costando un esfuerzo, ya que sentía una atracción hacia ella que era difícil de obviar. Él era muy consciente de sí mismo, de lo que veía, sentía y pensaba. Había aprendido a no engañarse nunca. Mary andaba un tanto perdida con él y debería tener paciencia. Ella estaba en su futuro y algo de esa conciencia sobre lo que iba a pasar le fastidiaba en determinados momentos. No existían sorpresas. Aunque no descartaba que Mary le diera alguna. Sabía que tenía zonas ocultas y que no era una persona fácil de interpretar. Alzaba barreras a su alrededor para protegerse.

Observó las fotos enmarcadas y colocadas en una estantería. Ella con Harry, Harry solo, Harry con sus abuelos. Buscaba a su marido y lo encontró en una de las fotos que parecía escondida al fondo. Los dos miraban de frente, estaban juntos pero separados. No se tocaban y sus sonrisas eran algo tensas. Vio mucho en aquella foto y no le gustó. Lo que tuvo claro es que él estaba muerto, de eso no tuvo duda alguna. Fue una muerte inesperada y violenta.

—Ya estoy lista —Luke se giró al escuchar su voz y abrió la boca y los ojos con sorpresa. Si había pensado que no existirían con ella, se había equivocado.

—¿Piensas salir así a la calle? —la miró de arriba abajo con un deseo mal disimulado—. Me refiero a que… a ver, está claro que puedes vestirte como quieras, pero es que…

—¡¿Qué?! —Mary se miró las piernas y el escote— se supone que tengo que llamar la atención de ese tío. Por cierto, si no salimos ya, cuando lleguemos no vamos a encontrar a nadie en el bar. ¡Y recuerda

tu papel en vez de mirarme las tetas!

—Vale, vale…

Llegaron al *Moon Bar* y Mary accedió al interior escoltada por Luke. Era un tugurio que olía a rancio y alcohol y todo alrededor parecía un poco pringoso y oscuro. Su atuendo, un top rojo ajustado que dejaba poco a la imaginación y una minifalda que parecía más un cinturón ancho, todo aderezado con unos tacones kilométricos, no pasaban desapercibidos. Su preciosa cara estaba demasiado maquillada y su boca roja como las fresas maduras. Por suerte, Luke llevaba unos vaqueros negros y una camisa blanca, nada que llamara la atención, ni dejara adivinar la pasta que tenía.

En cuanto pusieron un pie dentro, de un rápido vistazo, ambos detectaron al individuo que buscaban. Mary le había dado la descripción a Luke y el tipo estaba en un extremo de la barra, bebiendo. Se sentaron lo suficientemente cerca como para que el hombre pudiera escuchar su conversación, Mary colocada de cara a éste, para que la viera cuando mirara en su dirección. Luke se situó de espaldas, ambos sentados en una mesa muy cercana. Pidieron un par de cervezas que les sirvieron al momento.

—Entonces… ¿Has sido tú quien se ha cargado mi ordenador? —Mary increpó a Luke—. ¡Te dije que era carísimo y lo tratas como si fuera de mercadillo!

—¡No me creo que fuera tan caro! —Luke se metió en su papel—. ¡Estoy seguro de que te lo regaló alguno de esos tíos que siempre te llaman! ¿No? ¿Con quién te has liado para que te compre algo que vale tanta pasta?

—¡Yo me lío con quien me da la gana, estúpido! —Mary hacía ver que no quería gritar, pero levantaba la voz lo suficiente para que el tipo de la barra la escuchara—. No tengo tanto dinero ahora como para comprar otro, o sea que lo vas a pagar tú.

—¡Ese trasto valía más de 5.000 dólares! —Luke la agarró del brazo y la atrajo hacia él por encima de la mesa—. ¡No pienso gastarme ese dinero en un portátil para que te dediques a mirar porno o a comprar tonterías todo el día! ¡Después me llegan a mí los cargos y me dejas sin blanca!

—¡Eres un rácano! —Mary le puso teatro y parecía que iba a echarse a llorar—. ¡Tanto que he hecho yo por ti y no eres capaz de regalarme ni un ordenador! Sabes que me encanta navegar y buscar cosas y has sido tú quien lo ha estropeado.

—¡Déjame en paz! —Luke se levantó de su asiento arrastrando la silla hacia atrás sonoramente—. Si no eres capaz de comportarte como una persona normal, me voy, ahí te quedas. ¡Me tienes harto!

—Si sales por esa puerta, no me esperes despierto, te lo advierto. Voy a irme a casa de mi hermana y no volveré hasta que tenga mi ordenador nuevo —las palabras de Mary destilaban veneno, estaba disfrutando con aquella farsa y casi se le escapa la risa al ver la expresión de Luke, que iba por el mismo camino.

—¡No hace falta que vuelvas, me trae sin cuidado! —Luke salió por la puerta a grandes zancadas, caminó hasta la esquina y esperó. En cuanto viera aparecer a Mary la seguiría, no iba a perderla de vista.

Mary dio un trago a su cerveza y notó el momento exacto en que el hombre se giró en su taburete, para mirarla. Hizo ver que se secaba las lágrimas y sorbió por la nariz, como si estuviera muy afectada por la discusión.

—¿Puedo sentarme? —preguntó el tipo y lo hizo sin esperar respuesta—. Parece que no tienes un buen día ¿verdad, guapa?

—¡Oh! Creo que hemos dado un espectáculo… pero es que mi novio es bastante tacaño y muy tozudo —Mary puso su mejor expresión de pesadumbre—. Supongo que nos ha escuchado discutir ¿verdad? El muy bestia me ha dejado el ordenador inservible. No tiene cuidado y se le cayó por las escaleras.

—Bueno… esas cosas tienen solución. Un amigo mío tiene algunos ordenadores en venta, de segunda mano. Son de los caros ¿eh? Y están como nuevos. Casi recién salidos de la tienda.

—¿Sí? ¡Vaya! —Mary compuso su mejor expresión de sorpresa—. ¡Qué casualidad! Pero no quiero molestarle ni meterle en mis problemas…

—No sería una molestia, preciosa —el individuo se acercó con su silla y le pasó una mano sobre los hombros sin despegar su vista del pronunciado escote de Mary—. ¿Cómo te llamas?

—Kay, me llamo Kay Jekyll —improvisó Mary y casi se le escapa la risa al darse cuenta de que había utilizado el apellido del doctor de *R.L.Stevenson*.

—Perfecto, Kay, un nombre precioso —a Mary aquel tipo le empezaba a parecer un baboso repugnante y le daba repelús. Estaba demasiado cerca y le llegaba su aliento ebrio—. Mi amigo tiene su almacén muy cerca de aquí. ¿Quieres ver uno de esos ordenadores, gatita?

A Mary se le cruzó el pensamiento de que ese tío no podía ser más idiota y las ganas de detenerlo le hicieron meterse aún más en su papel.

—¡Me encantaría, pero no tengo dinero, ahora mismo! Ya has visto a mi novio, tampoco estaba dispuesto a pagarme uno. No sé de qué forma podría compensarte.

—Quizá podrías hacerlo de otra manera… ya sabes. —aquella descarada proposición era vomitiva, pero a Mary le pareció idónea

para que le descubriera donde estaban escondidos los ordenadores robados, que, por lo que sabía, eran muchos y muy caros.

—Bueno… —le sonrió de medio lado, sacando una vena provocadora que no tenía en absoluto e imaginando que estaba a punto de recibir un Globo de Oro, como poco, por su actuación—. Todo es negociable… ¿verdad, cariño? Aunque primero me encantaría ver esos ordenadores. ¿Cómo te llamas, cielo?

—Brad, solo Brad —contestó el hombre, pagó las consumiciones y le tendió la mano—. Vamos, preciosa.

*****

Salieron del bar, Brad (o cómo se llamara) rodeando su cintura y bajando su manaza hasta las nalgas de Mary, y se encaminaron hacia una callejuela estrecha. Allí había un almacén con la persiana a medio bajar, por lo que supo que alguien estaba dentro. Al acercarse escucharon música y Brad golpeó la persiana con un puño, mientras voceaba llamando a su amigo.

—¡Charlie! ¡Abre, soy yo! —gritó.

—¿Qué quieres ahora? Estoy embalando algunos pedidos —respondió Charlie—. ¡Ya podrías haber venido antes a ayudarme!

—¡Qué abras! Vengo con una amiga y le voy a hacer un regalo —gritó Brad.

Se escucharon pasos, la voz de Charlie refunfuñando y la persiana empezó a subir.

Mary tenía la mano muy cerca de su bolso, donde escondía su pistola, su placa y unas esposas. El problema era que ahora tenía a dos tíos para ella sola, aunque podría con ello, solo debía encontrar el mejor momento.

—Yo me ocupo de esta señorita —le dijo Brad a Charlie y le hizo un gesto hacia la calle para que se largara.

—Supongo que recuerdas lo que valen nuestros ordenadores —Charlie lo miró cabreado, parecía que no era la primera vez que Brad intercambiaba sus portátiles robados por favores sexuales, o eso dedujo Mary—. Ningún polvo vale cinco mil dólares.

—¡Qué te largues! —lo abroncó Brad y su amigo salió a la calle mirándolos con odio.

Brad la agarró del brazo y la internó hacia el fondo del local; allí Mary divisó una puerta y supuso que era donde el tipo creía que le iba a arrancar las bragas. Mientras él sacaba una llave de su bolsillo para abrirla, Mary ya tenía su Glock en la mano y apuntaba a su espalda. Acercó el cañón hasta situarlo pegado a su nuca.

—Quedas detenido por el robo de todos estos ordenadores de gama alta —Brad dio un respingo y levantó las manos, a la vez que las llaves

se le caían al suelo—. Como supongo que no tienes facturas de compra y los números de serie se corresponderán con los robos denunciados por los grandes almacenes, me parece que tu suerte acaba de cambiar.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡Eres una puta policía!

—¡Pero qué listo me has salido! —Mary le hizo colocar las manos a su espalda y se las esposó.

En la pared de enfrente había un pequeño espejo colgado, al lado de la puerta. Tenía a Brad de espaldas y, al levantar la vista, pudo ver como su amigo Charlie se acercaba con una barra de hierro en las manos alzadas, con la intención de atacarla por la espalda.

Estaba a punto de darse la vuelta para desarmarlo con una llave, cuando tras él apareció la figura de Luke, que le dio una patada en la parte trasera de las piernas y aprovecho el desequilibrio del tipo para robarle la barra de hierro y resoplar cabreado. Ella podría haber reducido al hombre, pero tras la actuación de Luke, prefirió no decir nada y darle las gracias.

Aunque Luke la miraba como si aún fuera ese novio ficticio que estaba tan cabreado con ella.

—¿Estás loca o qué te pasa? —señaló a Charlie—. Este tipo estaba a punto de descargar esta barra de hierro sobre tu cabeza. ¿Crees que eres una super heroína de Marvel o algo así?

—No, solo soy una agente federal normal y corriente. Pensaba que los poderes los tenías tú, cariño —Mary lo miró sonriente al verlo tan alterado—. Muchas gracias por tu ayuda, sabía que no me ibas a dejar colgada y que tu afilada percepción te avisaría si corría peligro ¿No es esa tu especialidad?

Luke esperó a que Mary pidiera refuerzos para la detención de los dos tipos y, en cuanto llegaron, se marchó sin decir adiós. Se había cabreado mucho al verla en peligro y, más aún, al detectar su indiferencia ante él. No era consciente de que, en ese momento, podría estar malherida o muerta si él no hubiera estado allí.

A pesar de que lo ocurrido aquel día había tenido un final feliz y aquella pareja de mangantes estaba en la comisaría, Luke no podía quitarse de encima esa sensación de malestar y peligro que había tenido cuando encontró a aquel hombre, con una barra de hierro en las manos, a punto de atacar a Mary por la espalda.

No le había gustado nada verla correr riesgos, ni imaginar la cantidad de veces que se había encontrado en situaciones similares. Por lo que ella le había explicado pasaba la mayor parte del tiempo en las oficinas, con las narices metidas en su ordenador, aunque estaba seguro de que le gustaba la acción.

La inquietud no iba a dejar que conciliara el sueño, por lo que decidió relajarse con la meditación, una práctica en la que reincidía cuando pasaba épocas de estrés.

Se sentó en el suelo sobre una esterilla, con la espalda recta y respiró hondo, manteniendo los hombros y brazos relajados. Se centró en su respiración y, poco a poco, desapareció cualquier sonido exterior a sí mismo. Empezó a aceptar todos los pensamientos y emociones que le llegaban a través de su mente, pero en vez de conseguir el bienestar psicológico que buscaba, las imágenes de Mary inundaban su cabeza sin control. Mary hablando con él y frunciendo el ceño, Mary riendo, Mary discutiendo en aquel bar, Mary echando chispas por los ojos, Mary defendiendo y protegiendo a su amiga, Mary haciendo carantoñas a su pequeño… ¿Es que iba a convertirse en una obsesión? El hecho de tener claro que esa mujer, que acababa de conocer, no iba a desaparecer de un día para otro y que iba a tener una importancia fundamental en su vida, lo tenía alterado. Y eso no era bueno cuando intentaba centrarse en un caso.

Debía enfocarse en Toby y, una vez el problema estuviera resuelto, ya vería qué hacer a continuación.

*****

A la mañana siguiente, Mary decidió dar un paseo por su barrio y hacer algunas preguntas. No era algo que la policía no hubiera hecho ya, pero se sentía inquieta y necesitaba moverse. Avisó a Owen de que pasaría por las oficinas más tarde. Tenía, escaneado y guardado en su móvil, el retrato robot del sospechoso que se llevó a Toby. Lo fue mostrando en las tiendas de las cercanías, en concreto en las que rodeaban la plaza.

En ese momento acababa de mostrar la imagen a la dependienta de

una panadería y la chica la observó muy concentrada, frunciendo el ceño.

—Pues ahora que me fijo… yo juraría que he visto antes a ese hombre y que estaba cerca de una furgoneta negra. Creo que estaba aparcada en esa esquina —la chica señaló a su derecha.

—¿Podría decirme la marca del vehículo? —preguntó Mary.

—¡Oh, lo siento! Soy una calamidad para esas cosas, me olvido hasta de la marca de mi coche. No tengo ni idea.

—¿No le mostró la policía el dibujo de este hombre? —preguntó Mary, ya que en muchas tiendas lo primero que le indicaban era que la policía ya había pasado por allí.

—Debía estar la dueña, las últimas semanas he estado de vacaciones.

—Si recuerda cualquier otro detalle, llámeme a este número —Mary le entregó una tarjeta—. Y gracias por su colaboración.

Mary salió pensativa de la panadería. Luke había comentado lo de la furgoneta negra y, desde luego, su retrato robot coincidía con el que tenía la policía, incluso diría que era más detallado. Todo aquello le resultaba inquietante. De acuerdo en que era una tomadura de pelo, pero a ella le gustaba entender las cosas y tenerlas claras. Y Luke, con sus hipótesis y sus visiones, la tenía desconcertada. Era como mirar a un cielo plomizo y nuboso.

Se dirigió a una de las calles que finalizaba en la plaza. La casa que daba justo delante de la entrada al parque infantil, era de una sola planta. Según los datos de las entrevistas realizadas, en esa casa nadie abrió la puerta en las diversas ocasiones en las que lo intentaron. Mary vio movimiento a través de una de las ventanas, no estaba vacía. En vez de llamar a la puerta principal, rodeó la casa y descubrió que tenía un pequeño jardín en la parte trasera y que un niño de unos siete u ocho años estaba en el suelo jugando con un camión y llenando el volquete de tierra.

—¡Hola! —lo saludó Mary y miró hacia la puerta trasera que estaba entornada—. ¿Está tu madre en casa?

—Hola ¿Quién eres? —preguntó el niño— mi madre dice que no debo hablar con extraños. ¿Tú eres una extraña?

—Supongo, aunque soy policía.

—¿De verdad? —el niño dejo abandonado el camión y se levantó —. ¿Me enseñas tu arma?

—No; lo que vas a hacer es llamar a tu madre y decirle que quiero hablar con ella ¿vale?

Mary le sonrió, pero no dio tiempo a que el niño contestara, la puerta se abrió y una mujer de unos cuarenta y pocos años se plantó en unos pasos junto a su hijo.

—¡Neil! ¡Te he dicho que no salgas al jardín, no has ido a la escuela porque estás con fiebre! —la madre señaló el interior de la casa—. ¡A tu habitación, ahora mismo!

El niño miró a Mary, se encogió de hombros con resignación y desapareció por la puerta que daba a la cocina.

—Hola, soy Mary Olsen, agente especial del FBI ¿Puedo hacerle unas preguntas? —la mujer la miró con desconfianza y Mary le enseñó su placa.

—¿Qué quiere? —la mujer no parecía muy proclive a la conversación.

—Solo quiero saber si le suena el rostro de este hombre —Mary acercó su móvil, para que la mujer lo viera—. Creemos que está relacionado con la desaparición de Toby Jacobs, seguro que ha oído hablar de él.

—Por supuesto que lo he oído y no quiero tener nada que ver. Ese que ha visto es mi hijo mayor y tengo dos más pequeños. Desde la desaparición de ese niño vivo con miedo. Alguno de mis hijos podría ser el próximo.

—Pues imagínese como está su madre —Mary no apartó el móvil, aunque la mujer no quería mirarlo—. Yo también tengo un hijo de un año y el niño robado es hijo de mis vecinos. Toda ayuda es poca para poder localizarlo. ¿No va a otorgarnos la suya? Su madre lleva dos largos meses sin ver a su hijo y sin saber si está vivo. Solo le pido que mire y me diga si lo ha visto. Un poco de solidaridad no va a ponerla en peligro, se lo aseguro.

—De acuerdo —la mujer pareció avergonzada y miró la imagen. Mary supo al instante que le sonaba y la mujer lo confirmó.

—Lo vi durante dos o tres días aparcado en una esquina, en aquella de allí —señaló el lugar, el mismo que la chica de la panadería— al lado de una furgoneta negra. Juraría que era una *Chevrolet*. Aunque puedo estar equivocada, ya hace mucho de eso.

—¡Vaya, perfecto! Dígame que vio la matrícula y le hago un monumento —se entusiasmó Mary.

—No, lo siento… no me fijé —la mujer cerró los ojos, intentando recordar.

—Concéntrese, cualquier letra o número nos sirven para empezar a buscar.

—No estoy segura… pero quizá… diría que las letras empezaban con una C… quizá también el número 1 —la mujer negó con la cabeza —. Lo siento no recuerdo más.

—Bien, algo es algo. Muchas gracias por su ayuda.

Mary salió algo más animada de aquella casa, ahora tenía algún dato más: la posible marca de la furgoneta negra, una letra y un

número. No era mucho, pero… Llamó a Owen para que empezara la búsqueda con el ordenador, los resultados serían considerables. Justo acababa de colgar cuando su móvil vibró con una llamada entrante. Era Luke Dalgaard. Mary no pudo evitar hacer una mueca, pero contestó.

—Hola ¿Ya se te ha pasado el cabreo? —fue su saludo.

—Digamos que tengo algo importante que comunicarte y pocas ganas de discutir ¿te vale?

—Yo también tengo noticias, tengo una letra y un número de la matricula de una furgo negra, supuestamente del hombre que se llevó a Toby.

—Felicidades, yo te ayudo a completar los datos —Luke se rió—. Furgoneta negra, marca *Chevrolet,* modelo *Chevy Van.* La matrícula es de Nueva York, CVL-2115. El nombre del propietario es Jack, aunque no he dado aún con el apellido.

Mary no podía articular palabra, eso eran muchos datos. Solo faltaba el apellido, pero si la matrícula era correcta, lo tenían. Si Luke se estaba inventando aquella información, ella misma se encargaría de estrangularlo con sus propias manos.

—¿Cómo has conseguido esos datos? —se atrevió a preguntar.

—¿Te olvidas de mi bola de cristal, chica desconfiada? —Luke volvió a reír y se despidió—. Nos veremos muy pronto.

Mary apartó el móvil de su oreja y miró la pantalla. Había cortado la comunicación y ella estaba casi congelada. Y eso que la primavera estaba siendo bastante cálida, pero un frío inusitado le caló en los huesos.

Llamó a Owen para darle los datos y éste consultó la matrícula sobre la marcha.

—¡La tengo, Mary! El propietario de esa furgoneta es Jack Abbott. Por cierto, la foto del carnet de conducir es casi calcada al retrato robot que hizo Dalgaard, es impresionante. Te paso su dirección ¿Quieres que te acompañe?

—Gracias, Owen, pero no hace falta, he quedado con Luke y vendrá conmigo —mintió Mary, mientras urdía sus siguientes pasos.

Mary subió a su coche y se dirigió a la casa de Luke. Quería pillarlo por sorpresa y poner en común lo que habían averiguado, preguntarle por los detalles e intentar entender de dónde sacaba esos datos. A lo mejor había tenido más suerte que ella preguntando a los vecinos, pero una vocecilla molesta la avisaba de que no iba a sacar agua clara con él y que sus averiguaciones no funcionaban igual que las suyas.

Aparcó en su calle y, en vez de dirigirse a la entrada, le pareció escuchar voces en la parte trasera, donde estaba el jardín. La valla que lo rodeaba estaba abierta y se coló al interior. Al dar la vuelta a la esquina se encontró con Luke abrazado a una alta y esbelta rubia y a

dos perros muy grandes que corrían hacia ella.

Por suerte, enseguida detectó que los animales, dos jóvenes cachorros *golden retriever* de color arena, tenían muchas más ganas de jugar que de atacar. Jadeaban sacando la lengua, ladraban y saltaban a su alrededor demandando atención. Entonces escuchó la voz de la chica.

—¿Lo ves, Luke? Tengo mucho que enseñarles a estos perros, como guardianes no van a llegar ni al aprobado —entonces levantó la vista y la fijó en Mary. Sonrió—. ¡Hola!

—Hola… —Mary asintió con la cabeza mientras los perros le llenaban las manos de babas y se estiraban boca arriba esperando que les rascara la barriga—. Perdona Luke, no sabía que estabas acompañado, volveré más tarde…

Mary no sabía por qué se sentía tan incómoda. Era normal que un hombre guapo y amable como Luke, a pesar de sus rarezas, tuviera una novia tan… bella. Ahora que la miraba de frente, tenía unos impresionantes ojos azules y toda ella parecía sacada de una revista de moda. Un pinchazo en medio del pecho le hizo inspirar hondo y mirar a los perros a los que dedicó unas carantoñas. Le encantaban los animales en general, pero los perros eran su debilidad.

—Hola, Mary. No pasa nada, esperaba tu visita —señaló entonces a la chica—. Ella es Lana, mi hermana pequeña. Hace poco que tiene a estos preciosos perros, pero le están resultando ingobernables y quería que le echara una mano.

—¿También sabes adiestrar perros? —a Mary se le escapó el tono irónico, sin poder evitarlo—. Chico, si es que sirves para todo. ¿Cómo se llaman?

—Este es Max y esta es Lucy —contestó Lana y ambos ladraron como si hubieran entendido que hablaban de ellos—. Son un amor, pero me vuelven loca, no me hacen mucho caso. A Luke siempre se le han dado bien los animales.

—Parece que a Luke se le dan bien muchas cosas —murmuró Mary y Luke soltó una carcajada.

—Ayudaré a Lana, pero ya le he dicho que ahora tengo mucho que hacer —miró entonces a su hermana—. Te prometo que, en cuanto tenga un poco más de tiempo, me pondré con ellos. En unos días serán unos corderitos.

Mary aprovechó a jugar un momento con los perros, mientras Luke despedía a su hermana. Cuando ella y los perros desaparecieron calle abajo, Luke centró su mirada en Mary.

—Sabía que vendrías y seguro que ya tienes el apellido de Jack ¿verdad?

—No sé porqué, empiezo a creer que tú también lo tienes —Mary lo miró con desconfianza—. ¿Has hablado con Owen?

—¿Quién es Owen? —el desconcierto de Luke parecía real. Mary ya no sabía qué pensar.

—¡Oh! ¡Es igual! Owen es uno de mis compañeros del FBI, estamos en el mismo departamento. Él ha buscado el nombre completo del tipo con la matrícula que me has dado. Se llama Jack Abbott. Owen me ha enviado un mensaje hace un momento, dice que tiene una dirección en un piso de alquiler —Mary le mostró el mensaje y Luke se quedó pensativo.

—No está en su piso, pero podemos hacer algunas preguntas al propietario —propuso Luke.

—¿Podemos? —Mary lo miró interrogante— tú eres el adivino, yo soy la poli y yo iré a ver ese piso.

—Y yo te acompañaré —intervino Luke— porque puedo captar cosas a través de algún objeto suyo y observando donde vivía. No voy a inmiscuirme, cada uno que haga su parte.

—A veces se me olvidan esas naderías, pero bueno… si quieres venir y prometes no molestar, puedes acompañarme —el tono condescendiente de Mary molestó a Luke, que estaba empezando a cansarse de tantos comentarios peyorativos.

—Llegará el día en que me mirarás con otros ojos, Mary. Dejarás de pensar que soy un bicho raro que intenta engañarte. Te olvidas de que yo no quería aceptar ningún caso ahora. Estoy haciendo esto para ayudar a Abigail y a Oliver, para que Toby recupere a sus padres. Si no eres capaz de mostrar al menos un poco de respeto por lo que hago, quizá lo mejor sea que sigas sola. A ver hasta dónde llegas —Luke levantó una mano al ver que Mary iba a tomar la palabra y siguió hablando—. Entiendo que para una persona como tú, que utiliza la lógica para todo, que se ha endurecido con sus vivencias y que considera que cualquiera que se le acerque lo hace con la intención de hacerle daño, te resulte difícil de entender. No he escogido lo que soy, no he elegido poder ver lo que veo, poder sentir lo que siento. A veces es una suerte y otras una jodida fatalidad. ¿Sabes la mierda que he tenido que ver y sentir? ¡Ni te lo imaginas! O sea que no vuelvas a insinuar que soy un embustero, ni que intento aprovecharme de nadie, porque no es cierto.

Mary se había quedado paralizada, inmóvil, casi como una estatua. Lo más intenso no habían sido las palabras de Luke. Lo más fuerte había sido sentirse dominada por su potente mirada. Incisiva, penetrante, vehemente, escrutadora, casi dorada. Hubiera jurado que destellaba. La hizo verse a sí misma, como si fuera un espejo que le mostraba más de lo que quería ver de su interior. Se había sentido atrapada en sus pupilas ¿Tan intransigente era? ¿Había sido tan despectiva y altanera?

—Yo… lo siento —Mary se deshizo por fin de su intensa mirada y dirigió la vista a sus pies—. No he querido…

—Si has querido, Mary —Luke se acercó y le levantó la barbilla para mirarla a los ojos y sonreírle—. Pero no pasa nada. Eres desconfiada por naturaleza y lo entiendo, igual que comprendo que la fe no significa nada para ti. Necesitas explicaciones racionales para todo y lo místico, lo esotérico y lo oculto son cuentos chinos ¿no?

—Más o menos, sí —Mary resopló y se encogió de hombros—. Me tienes intrigada, Luke, eso es así. Pero todavía tenemos pendiente comprobar que los datos que nos has dado son fiables, o sea que no cantes victoria. Sigo siendo muy escéptica y, en el caso de que tengas razón, espero que algún día me cuentes tus secretos. Y, que conste, que me encantaría que tuvieras razón, aunque me declaro agnóstica contigo.

—Te explicaré todo lo que quieras, tendremos tiempo de sobra cuando todo esto acabe —fue la chocante respuesta de Luke, que provocó un escalofrío en la espalda de Mary. Parecía una premonición.

—De momento, vamos a ese piso…

—Vayamos en mi coche —Mary señaló el lugar donde lo había aparcado y caminaron hacia allí.

En cuanto llegaron a la dirección que Owen les había facilitado en su mensaje, Mary llamó desde el portero automático de la entrada del edificio, aunque no esperaba respuesta. Pulsó la tecla del piso de la cuarta planta, pero nadie respondió. Miró a lo alto, al menos había doce pisos. El edificio era bastante antiguo y estaba muy dejado. Le hacía falta un buen lavado de cara a la fachada. Mary iba a pulsar otro timbre cualquiera, para intentar que les abrieran y poder hablar con alguien, pero Luke paró su mano en el aire.

—Espera —le susurró al oído— alguien está bajando y podemos preguntarle.

Justo en ese momento se abrió la puerta de entrada y salió un hombre acompañado de un chico joven.

—Perdone —Mary los paró—. Estamos llamando al cuarto piso, buscamos al señor Jack Abbott, pero nadie contesta. ¿Lo han visto últimamente?

—¿El cuarto? —el hombre frunció el ceño—. Hace bastante que no veo a ese hombre, ni idea. Solo nos hemos cruzado por la escalera, pero no lo conozco.

—¿Conoce al dueño del edificio? —preguntó Luke— tengo entendido que estos pisos son todos de alquiler.

—Sí, la dueña es la señora Rowbottom, vive en el ático. Es bastante mayor y casi siempre está en casa.

—De acuerdo, muchas gracias —contestó Mary y llamó al timbre, mientras el hombre y el chico se alejaban.

La mujer contestó y, al indicarle que se trataba de una agente especial, les hizo subir al ático.

—Pasen, pasen —les abrió la puerta y les hizo entrar en su salón, decorado como si se tratara del interior de una casa victoriana, con una gran lámpara de araña, papel pintado en las paredes y cortinajes de terciopelo algo raído—. Así que andan buscando a Abbott. ¿Quieren un té?

—No, gracias, señora Rowbottom. Y, sí señora, es bastante urgente que lo localicemos —Mary se fijó en que a la mujer le temblaba mucho el pulso en la mano derecha.

—A mí también me gustaría saber dónde se ha metido ese esperpento —la mujer los miró como si fuera a contarles un secreto de estado—. Me debe dos meses de alquiler y no abre la puerta cuando llamo. Ese hombre no es agua clara y no me gusta nada.

—¿Se ha ido del piso? —preguntó Luke que ya intuía la respuesta.

—No me ha notificado nada y estoy esperando a que vuelva. Tengo una copia de las llaves del piso, pero no me gusta bajar y entrar yo sola. Por cierto… ¿Quieren un té?

Mary y Luke se miraron, intuyendo que a la mujer se le iba un poco la cabeza. Volvieron a negar y se ofrecieron a acompañarla al cuarto piso.

—Si busca las llaves podemos acompañarla y registraremos el piso —le dijo Mary—. Podemos solicitar una orden judicial para hacerlo, pero si usted es tan amable y nos hace ese favor, ganaremos mucho tiempo y seguro que encontramos antes a Jack Abbott.

—Por supuesto —la mujer alargó la mano para que Luke la ayudara a levantarse del balancín en el que se había sentado—. Venga, joven, acompáñeme a buscar las llaves. ¿Les he ofrecido ya un té?

—Sí, señora, pero no hace falta, mejor vamos a por esas llaves — Luke la ayudó a levantarse y la acompañó a un pequeño cuarto.

Les costó casi un cuarto de hora encontrar el manojo de llaves de todos los pisos y otras tres invitaciones a tomar una taza de té, pero al fin lo consiguieron. Convencieron a la mujer de que no era necesario que los acompañara y le aseguraron que volverían al ático a devolverle las llaves, seguro que eso les haría ganar tiempo. La pobre mujer era muy confiada y no puso traba alguna.

En cuanto Luke y Mary entraron, supieron que allí no había nadie y que Abbott llevaba bastante tiempo sin habitar aquel piso. Los muebles estaban llenos de polvo y no había signos de vida reciente. Ni bártulos personales, ni adornos. Un armario vacío. La nevera vacía y desconectada. Registraron el dormitorio, la cocina y el baño y encontraron lo mismo: nada. Seguro que la mujer alquilaba los pisos amueblados y Abbott había ocupado aquel de forma muy provisional. Debía cambiar mucho de residencia y fijo que lo hacía con distintos nombres.

—¡Espera! —Luke frenó a Mary antes de salir del piso y se sentó en una butaca—. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo, mientras Mary lo miraba con suspicacia, imaginando que volvía a tener ante sí al vidente, parapsicólogo o lo que narices fuera.

Se quedaron en silencio, solo se escuchaba el rumor del tráfico de la calle y la música lejana que llegaba desde otro piso. Al cabo de unos minutos, Luke abrió los ojos y la miró.

—Los últimos días que estuvo en este piso, Abbott estaba muy nervioso —comentó y se mordió el labio inferior—. Después de usar la furgoneta negra, la cambió por un coche verde, que llevaba la misma matrícula. Fue cuando se dirigió al noroeste, pero sin llegar a Canadá; se quedó, más o menos, a mitad de camino. No detecto nada más que

no sepamos.

Volvieron al ático para devolverle las llaves a la señora Rowbottom, le aseguraron que Abbott no iba a volver, que podía alquilar el piso a otra persona y salieron a la calle.

—Me gustaría poder llamar a Abigail para tranquilizarla, pero no soy capaz de hacerlo —Mary miró a Luke de reojo, no esperaba que volviera a mosquearse.

—No te preocupes por eso, la he llamado yo —fue la respuesta de Luke.

—¡¿Qué has hecho qué?! —Mary se giró, se plantó ante él y le hizo parar de caminar poniendo la palma de su mano en su pecho—. ¿Qué le has contado exactamente?

—Le he dicho lo mismo que a ti, lo que he podido ver. Está deseando que conozcamos mejor la ubicación para que podamos salir en su busca. Son más de doscientos mil habitantes los que hay en Rochester, deberíamos tener más datos antes de lanzarnos a la aventura —Luke inclinó la cabeza y levantó las cejas—. Lo siento Mary, pero ella lo necesitaba y yo no le he mentido. No podía hacerlo.

—¿Y qué ocurrirá si nada de esto es real? —Mary gesticulaba con las manos y lo miraba iracunda—. ¡Se va a hundir, Luke! ¿Es que no lo ves? Le estás dando esperanzas, justo lo que te pedí que no hicieras. Si vamos a seguir juntos en esto, tienes que cumplir mis normas o no hay trato. Por mucho que consultes el Oráculo de Delfos, leas los posos del té, juegues con las cartas del tarot, o lo que sea que hagas, eso no le va a servir a Abigail hasta que tenga a Toby con ella.

—¿Sabes qué creo? —Luke le sonrió, lo que desconcertó a Mary, que empezaba a mirarlo como si estuviera loco—. Creo que deberíamos ponernos en marcha, ir a Rochester y buscar desde allí. Será más fácil para mí.

—¿Sin saber dónde está Toby? —Mary hizo un amago de risa sarcástica—. Que me hayas dado la descripción de una habitación infantil no me sirve de mucho, Luke, seamos realistas. No voy a embarcarme contigo en un viaje absurdo, a ninguna parte.

—Pero una vez estemos más cerca, es posible que pueda ver mucho mejor y que nos aproximemos al objetivo —Luke la asió por los hombros y la miró a los ojos intentando convencerla—. Escúchame, esto no es una ciencia exacta, no funciona con un interruptor y yo no soy un robot, soy una persona normal y corriente. Pero tengo comprobado que la cercanía física me ayuda. Cuanto más se aleje Toby de mí, más difícil me será verlo y saber más.

Mary se quedó pensativa, rumiando y sopesando pros y contras. El pensamiento central estaba en su hijo, por supuesto.

—No quieres dejar a Harry —vaticinó Luke—. Es eso ¿verdad?

—Sí, pero eso no es difícil de adivinar ¿verdad? —Mary lo miró con una sonrisa triste—. Quiero que esté a salvo y no puedo llevarlo conmigo a un viaje como este. Menos aún, cuando no sé lo que va a durar.

—¿Puedo darte algunas ideas al respecto?

—Claro ¿Por qué no? —Mary se encogió de hombros.

—Me gustaría hacerlo cenando contigo mañana —Luke la miró esperando su respuesta.

Mary seguía parada en medio de la calle y estaba descentrada. Aquel hombre la mareaba. Igual hacía salir su vena agresiva y su desconfianza, como se ponía todo agradable y sutil y le entraban ganas de sonreír al escucharlo. ¿La estaría manipulando de alguna manera? No quería ni imaginar que estuviera jugando con ella.

Siempre había pensado que no entendía cómo podían existir personas que cayeran en el influjo de una secta, que se dejaran utilizar tan fácilmente, que creyeran en falsos oradores, interpretaciones radicales y comunidades cerradas. Estaba segura de que nadie podría hipnotizarla, por ejemplo, si ella se negaba a ello. Pero Luke tenía algo que iba socavando su férreo arraigo a creer solo en lo que podía tocar. ¿Se estaba dejando arrastrar por su melodiosa voz, sus ojos dorados y sus modales anticuados? A ella nunca le habían atraído ese tipo de hombres. Aunque, pensándolo bien, tampoco había acertado mucho con las parejas que había tenido.

Se dio cuenta de que estaba imaginando tonterías y que Luke seguía observándola. ¿Sabría lo que estaba pensando? De alguna manera consiguió dejar la mente en blanco, o al menos lo intentó con todas sus fuerzas, mientras fruncía el ceño.

—Ya te dije que no miro sin una razón de peso, puedes estar tranquila —comentó Luke, esperando respuesta a su propuesta—. ¿Tanto te cuesta cenar conmigo mañana? Pídele a tu canguro unas horas más y, si puede, ven a cenar a mi casa. Allí estaremos tranquilos y podemos preparar ese viaje.

—Vale, pero que quede claro que esto no es una cita —fue todo lo que pudo pronunciar Mary, que se rascó la nuca, notando una sensación que no le acababa de gustar. Menos le gustó la risa espontánea de Luke.

—En ningún momento hemos dejado de trabajar, Mary —Luke le dedicó una potente mirada—. Te aseguro que cuando no sea trabajo notarás la diferencia.

*****

Al día siguiente, por la mañana, Mary decidió hablar con el Jefe

Barlow. Sabía que un buen número de policías andaban tras el rastro de la desaparición de Toby y el hecho de que Luke hubiera conseguido tantos datos el día anterior, le hacía pensar que la policía ya los tenía y ella no se había enterado.

—Buenos días, Jefe Barlow, soy Mary Olsen —lo saludó.

—¡Mary! ¿Cómo va todo? ¿Sigues colaborando en el caso de Toby Jacobs? —curioseó Barlow.

—Justo por eso lo llamaba. ¿Ha averiguado la policía la matrícula del coche del hombre que se llevó a Toby del parque? —indagó Mary y aguantó la respiración.

—¿Es que no hablas con tu compañero? —Barlow se mostró sorprendido—. Nos llamó ayer Owen y nos dijo que Luke Dalgaard les había dado esa información, además de los datos de la furgoneta. Hemos alertado a la policía de Rochester para que se mantengan alerta, el responsable allí es Samuel Craig.

—Vaya… pensaba que eran ustedes quienes le habían proporcionado las novedades a Dalgaard… —Mary volvía a sentir esa sensación de desamparo que le producía ese hombre.

—Conozco a Luke ¿sabes? Coincidí con él en un caso de hace unos pocos años y resultó ser una sorpresa de las buenas. Yo estaba tan convencido, como tú ahora, de que me encontraba ante un farsante. No sé cómo lo hizo, ni quiero saberlo, pero él solito resolvió un caso harto complicado. Nos fue dando la información que necesitábamos para avanzar. Hubo un momento en que incluso pensé que estaba de acuerdo con los delincuentes y por eso sabía tanto de ellos. Pero quedó más que demostrado que yo estaba equivocado. Se trataba de un caso de robo de diamantes y te aseguro que no fue fácil.

—Bueno, entonces le daré un voto de confianza —Mary suspiró casi aceptando la derrota—. Me parece que, en breve, viajaremos a Rochester.

—No dudes que estarás en buenas manos —Barlow se despidió y Mary se quedó más despistada que antes de la conversación—. Ahora dime como estás tú, hace mucho que no hablamos. Tuvo que ser duro.

—Lo fue, pero el tiempo pasa y tengo a mi pequeño, que es lo mejor que me ha pasado en la vida. Lo de Mark fue… un accidente mortal, un trago doloroso. Ahora estoy bien, la vida sigue…

*****

Mary se estaba arreglando un poco para la cena en casa de Luke. Se dijo a sí misma que solo era para estar un poco acorde con esa casa tan espectacular. Y porque su vestimenta de diario consistía en vaqueros, camisetas, jerséis dados de sí y botas planas y cómodas. Nunca se maquillaba y su pelo pasaba por las manos de una peluquera cuando no quedaba más remedio y la melena le molestaba.

Nora había salido por la tarde y volvería en un rato para quedarse de nuevo con Harry. El pequeño ya había cenado y estaba a sus pies jugando con unos cuantos cubos de colores.

Mary se observó en el espejo con mirada crítica. Estaba guapa, pero no parecía ella. Siempre le habían dicho que lo era, pero eso le molestaba, por lo que nunca realzaba sus cualidades. El pelo negro como ala de cuervo, recién planchado, brillaba con la luz del baño que enfocaba sobre su cabeza. Las pestañas ennegrecidas y la suave sombra ahumada le daban un aspecto misterioso y realzaban el color verdoso de sus ojos. Su boca rojiza hizo una mueca y pensó que se había pasado. Con un kleenex eliminó el pintalabios y dejó su boca al natural, tampoco había que pasarse. Se había vestido con un pantalón pitillo negro, botines de piel y una blusa roja, algo escotada, con ajustadas mangas tres cuartos.

Inclinó la cabeza ante el espejo del baño y, cuando estaba a punto de cambiarse de ropa y ponerse sus vaqueros de nuevo, Nora entró con su llave y Mary salió a recibirla con su hijo en los brazos.

—Hola, Nora. Creo que Harry ya está medio dormido, no te costará mucho que caiga frito.

—¡Pero qué guapísima estás! —Nora se la quedó mirando con la boca abierta—. ¿Qué te has hecho en el pelo? ¿Te has maquillado?

—Lo he planchado y sí, me he maquillado un poco. Creo que voy a cambiarme de ropa y a lavarme la cara —Mary empezó a retroceder y Nora la cogió del brazo.

—¡No, no, no! No puedes hacer eso, estás preciosa. Harry y yo estaremos perfectamente y tú vas a pasártelo genial, no tengas prisa por volver. Si se hace muy tarde me quedo a dormir en la habitación de invitados ¿te parece?

—¡Ay, Nora! Eres un cielo, de verdad. Pero solo voy a cenar, no tardaré mucho en volver. Además es una cena de trabajo, no me voy de fiesta… —a Mary no se le escapó la mirada escéptica de Nora, que no se había creído una palabra.

—Vale, lo que tú digas —Nora la acompañó a la puerta y Mary cogió el bolso y la chaqueta antes de besuquear a Harry y salir de su casa.

Llegó en su coche hasta la casa de Luke y se extrañó al notar que allí siempre encontraba aparcamiento. Debía ser porque todas aquellas mansiones tenían parkings privados donde cabían varios coches. Antes de llegar a la puerta su anfitrión ya la estaba abriendo. Por lo visto no había sido la única en arreglarse, aunque en Luke se notaba menos el cambio, siempre se veía elegante. Llevaba un pantalón de vestir color gris claro y una camisa blanca arremangada hasta los codos, con los botones superiores abiertos. Atractivo e informal, eso pensó Mary sin poder evitarlo. ¿Se estaba creando un ambiente extrañamente íntimo o

eran imaginaciones suyas?

—Bienvenida a mi humilde morada.

Luke la recibió con un beso ligero en la mejilla y cogió su mano para acompañarla al interior. Definitivamente, demasiado íntimo para Mary.

—Lo de tu humilde morada es un eufemismo ¿no? —Mary se rió y se apartó de Luke para quitarse la chaqueta, que él cogió para colgarla en un perchero de hierro forjado, situado en la entrada.

—Prefiero definirla como mi hogar —Luke le guiñó un ojo—. Estás preciosa y ya sé que no te gusta nada que te digan eso, pero tenía que hacerlo, acabas de dejarme impresionado.

—No me digas que no habías adivinado como vendría vestida —Mary lo dijo en un tono jocoso.

—¿Vamos a empezar con las pullas? —Luke volvió a cogerla de la mano y la arrastró hacia la cocina—. Hagamos una tregua y cenemos los manjares que he preparado para ti.

—A ver, Dalgaard, se supone que esto es una cena de trabajo y que vamos a hablar de lo que tenemos entre manos ¿no? ¿A qué viene tanta tontería? Quedamos en que esto no era una cita.

—No lo es, te dije que cuando fuera algo personal, lo sabrías ¿no? Te gusta la comida japonesa y he preparado algunas cosas para ti. Cocinar me relaja, no te estoy intentando conquistar por el estómago.

Cuando Mary se fijó en las bandejas que descansaban en la encimera y que contenían sus platos preferidos, se quedó con la boca abierta.

—¿Lo has cocinado tú? ¿Sin hacer un pedido por teléfono? ¡Oh! He cambiado de opinión… ¡Cásate conmigo! —los dos rieron ante sus palabras y a Mary se le subieron los colores, algo que Luke encontró encantador y que a Mary no solía ocurrirle nunca.

—Lo mejor será llevarlo a la mesa y abrir esa botella de vino —Luke cogió las copas y ambos se sentaron en el salón.

Brindaron, saborearon la cena y fueron comentando distintos aspectos de su próximo viaje a Rochester.

—Creo que lo mejor será ir en coche —dijo Luke—. Seguir el mismo recorrido que hizo Abbott, nos llevará al destino correcto, aunque ahora todavía no lo conozcamos.

—Mira, en este tema, a pesar de mi escepticismo, estoy intentando dejarme aconsejar por ti, de verdad.

—Sé lo mucho que te cuesta y te lo agradezco. ¿Qué te parece si salimos… pasado mañana? —propuso Luke—. La policía de Rochester ya está buscando, de momento sin resultados.

—Bueno… me cuesta mucho dejar a Harry, pero sé que no puedo arrastrarlo a un viaje como este, lo acercaría al peligro y estará más seguro aquí.

—También puedes dejarlo con tus padres —propuso Luke.

—Ya he hablado con ellos. Sería bastante inconveniente que tuviera que viajar también a Boston y ellos se han ofrecido a pasar unos días en mi casa, así Nora también tendrá un respiro.

—Es una buena idea —Luke rozó sus dedos sobre la mesa y creyó que era el momento de entrar en temas más personales—. ¿Cuánto hace que te quedaste viuda?

El cambio de tema sorprendió a Mary que alzó la mirada y la centró en los ojos de Luke.

—¿No lo sabes? —Mary alzó las manos—. ¡Vale, vale! No miras por educación, pero estás entrando en temas privados. No importa… Mark murió cuando estaba embarazada de tres meses. Fue en un fin de semana de alpinismo, hubo un desprendimiento y una roca cayó sobre su cabeza. Un accidente horrible.

Sin querer, como algo que lo había invadido de golpe, Luke sintió su pesar y su soledad en el momento de la muerte de Mark. Pero también algo más. Desasosiego, tristeza y una gran carga de lacerante culpabilidad.

—Lo cierto es que recordar ese día es… espantoso —continuó Mary —. Habíamos discutido, él no estaba muy contento con mi embarazo, como si fuera culpa mía. De hecho, se lo acababa de contar. Estábamos enfadados cuando él se fue a la montaña. Fue una pelea intensa y nos dijimos cosas de las que hacen daño. Pero lo peor fue darse cuenta de que nunca deberíamos haber empezado aquella relación. Todo fue un error y fue muy duro aceptarlo.

—Todos cometemos errores, Mary —Luke le levantó la barbilla y le apartó una lágrima de esas que ella jamás dejaba escapar—. Pero seguro que Harry compensó todo lo malo, quédate con eso. Con eso y con esto.

La asió de las manos y la hizo levantarse de la mesa, a la vez que él hacía lo mismo. Se acercó a su boca, acarició sus mejillas con los pulgares abarcando su rostro y Mary hubiera jurado que la estaba hipnotizando, porque era incapaz de separar sus ojos de los suyos. Abducida, fascinada, seducida. Supo que iba a besarla y ella no estaba preparada para eso, pero era incapaz de dejar salir un solo sonido de su boca, ni de mover un músculo. Solo respiraba para no ahogarse en ese mar de confusión. Con el primer roce de sus labios sus piernas se volvieron de gelatina, a la vez que los bordes de la realidad se desvanecían hasta perderse y volverse invisibles. Gravitar a un palmo del suelo no hubiera sido más impactante. Porque ese hombre era especial y nunca la habían besado así, como si la adoraran.

Las puntas de sus lenguas entraron en contacto y Mary dio un respingo y se echó atrás levantando las manos, en clara postura

defensiva. Estaba asustada. Nunca se había sentido como si la hubieran trasladado a otro mundo, como si estuviera descubriendo algo vital.

—Me voy a casa, gracias por la cena —Mary cogió su chaqueta y su bolso, con el corazón acelerado como si hubiera corrido una maratón. Necesitaba alejarse.

—Esto sí era personal —dijo Luke—. No volveré a hacerlo si tú no quieres. Te acompaño a casa.

—Besar a alguien siempre es personal, Luke —Mary abrió la puerta, sabía que daba la impresión de estar huyendo. Quizá es justo lo que estaba haciendo—. Pero ya te aviso de que no volverás a hacerlo. Y no me acompañas, me voy yo sola.

Mary evitó dar un portazo, quería mantener el control, pero a pesar de todo escuchó la carcajada de Luke una vez cerró la puerta.

—¡Idiota! —masculló entre dientes.

Había llegado el momento de emprender ese incierto viaje hacia Rochester. Mary había dado mil instrucciones a Nora y se asombraba del aguante que tenía esa chica con ella y sus inseguridades. La verdad es que fue un acierto que apareciera en su vida, pero nunca se había separado de Harry más que unas horas, o algún día entero cuando aún vivía en Boston y tenía a sus padres cerca. Estaba a punto de marcharse, Luke pasaría a recogerla en una hora y sus padres llegarían al día siguiente y pasarían unos días cuidando a su nieto.

—No te preocupes, Mary —Nora se sentó a tomar un café con ella en la cocina, mientras Harry se había quedado dormido sobre una estera en el suelo del salón—. Harry estará bien cuidado, lo sabes. Tus padres van a mimarlo y yo estaré disponible cada vez que ellos me necesiten.

—Lo sé, lo sé —Mary miró al pequeño con nostalgia— pero es que es muy difícil dejarlo aquí. No estaré fuera más de una semana, eso seguro. Es mi tope para averiguar lo que estamos investigando. Si en una semana no hemos conseguido recuperar a Toby, alguien tendrá que sustituirme.

—¿No podía ir otra persona? —preguntó Nora.

—Sí, claro, pero me siento en deuda con Abigail, se ha convertido en mi amiga y necesito hacer esto por ella y por Oliver. Intento ponerme en su lugar.

Sus vecinos, que conocían sus planes, se despidieron de ella con lágrimas en los ojos. La esperanza se traslucía en ellos. Se sentía como una embustera que les estaba dando largas antes de notificarles que habían perdido a su hijo definitivamente. Las personas que conocían a Luke, confiaban en él, pero ella ni lo conocía lo suficiente, ni tenía pruebas de que lo averiguado hasta el momento fuera más que palabras vacías.

Luke llegó, Mary se despidió de Harry y Nora y cogió su mochila con lo necesario para pasar unos días fuera. Eran más de quinientos kilómetros, pero no los harían de un tirón. La cosa estaba en que Luke seguiría su instinto. Y eso a ella la desconcertaba. Lo que contaba eran los hechos y las pruebas.

Por lo que había entendido, iba a perseguir el rastro de Abbott. Como si ese tío hubiera dejado marcas olfativas que le proporcionarían información de lo que había estado haciendo. O miguitas de pan por el camino. ¡De locos!

—¿Preparada? —Luke la miró muy animado, parecía que aquello era una excursión para él.

—Todo lo preparada que puedo estar —Mary se puso el cinturón

de seguridad y recostó la cabeza en el cómodo asiento—. Avísame cuándo tengas algo interesante que contar, me has hecho madrugar mucho.

—De acuerdo, por lo que veo vas a ser una compañera de viaje silenciosa, bella durmiente.

Mary mantuvo los ojos cerrados hasta que se incorporaron a la autopista I-280W en dirección a Newark, pero no se durmió, estaba demasiado inquieta. Miraba a Luke de reojo, con los párpados entrecerrados, que conducía concentrado en la carretera. O eso esperaba. A lo mejor estaba pensando en Abbott y era peligroso que condujera a la vez que su cabeza estaba en otro sitio. Luke tenía un perfil de nariz recta y mandíbula algo marcada. Su nuez se movía arriba y abajo y su barba parecía recién recortada. Mary se dio cuenta de que se había quedado abstraída cuando detectó un amago de sonrisa en las comisuras de su boca.

—No seas creído —le dijo Mary— solo estoy intentando adivinar tus pensamientos, a ver si consigo saber cómo lo haces y qué tienes dentro de la cabeza.

—Deberíamos hablar de cómo vamos a presentarnos ante las personas con las que vamos a coincidir. Lo mejor será que nos comportemos como una pareja ¿No crees? Pasaremos más desapercibidos.

Mary sabía que tenía razón, pero no le hacía ninguna gracia interpretar ese papel. Sobre todo porque le parecía que no le costaría mucho y eso era peligroso para su salud mental. Más aún después de aquel beso tan extraño que le había puesto los pelos de punta. Pero no supo que excusa poner para negarse, al fin y al cabo no era más que protagonizar una función. No se les había dado mal con el tipo del robo de ordenadores.

—Vale, podemos hacerlo creíble, pero no te pases ni un pelo.

—¿Me crees capaz de hacer eso? —Luke le contestó con humor—. No soy ningún oportunista, ni me hace falta serlo.

Antes de que Mary le contestara con alguna lindeza, Luke disminuyó la velocidad para desviarse por la salida que llevaba a Scranton.

—¿A dónde vamos? —preguntó al notar la concentración de Luke y se enderezó en el asiento, mirando por la ventanilla.

—Abbott salió de la autopista justo aquí, veamos dónde nos lleva.

Siguieron una carretera, Luke sin despegar la vista del paisaje, como si buscara algo y Mary observando a Luke. Volvió a desviarse por otro camino más estrecho, que justo estaba asfaltado y con algunos baches en la calzada. Allí no parecía haber nada, solo campos verdes y algunos árboles dispersos. Con la siguiente curva, Luke soltó

una exclamación que hizo a Mary girar la cabeza para buscar el objeto de su sorpresa. Cuando lo localizó no podía creer lo que estaba viendo.

Ante ellos, al lado derecho de la carretera, se erigía un motel, pero no uno cualquiera. En la entrada principal unos cuantos flamencos de color rosa chicle les daban la bienvenida. Mary parpadeaba emocionada, con la boca abierta. Luke frenó el coche justo delante de los flamencos y Mary saltaba contenta en su asiento, mientras repetía «no puede ser» como una retahíla. Entonces miró a Luke, que la observaba sonriente y, en un impulso muy poco propio de ella, lo cogió del cuello de su camisa para acercarlo y plantarle un sonoro beso en la boca. Ocasión que Luke no desaprovechó para ahondar un poco más en ello, hasta que Mary se echó atrás, pensando que se había vuelto loca.

—Perdona, perdona, ha sido la impresión del momento —balbuceó Mary—. La vista de esos horribles flamencos me ha trastornado.

—En ese caso intentaré impresionarte todo lo que pueda —respondió Luke—. ¿Pedimos una habitación?

—¡¿Qué?! —Mary lo miró, azorada.

—En concreto necesitamos la habitación número 9, es en la que estuvo Toby.

—¡Oh! Claro… Oye. ¿Tú nunca habías estado aquí? ¿No conocías este sitio? —la desconfianza de Mary volvió a aparecer.

—La verdad es que suelo alojarme en lugares un poco más… pulcros, este sitio da un poco de grima —la miró a los ojos mientras se aproximaban a la entrada—. No conocía esto, Mary, te lo juro. Supongo que tanto Jack Abbott como la mujer con la que se encontró aquí querían pasar desapercibidos y esto parece una zona casi desierta.

Era cierto. El motel estaba bastante deteriorado, al menos en el exterior. Los flamencos, vistos de cerca, resultaban esperpénticos, con algunos trozos de pintura rosa descascarillada y ojos de vidrio pintado de negro. A uno se le había caído un ojo y parecía que lo estaba guiñando en señal de bienvenida. Vaya, que no se parecía en nada al hotel casino *Flamingo* de Las Vegas. Eso estaba en otra liga, aunque también resultara un poco hortera.

Entraron a través de las puertas abiertas de la recepción y encontraron a una chica tras el mostrador, mascando chicle y leyendo una ajada revista de moda. Tras ella había un panel de madera raída de la que colgaban las llaves de las habitaciones.

—Buenos días —la saludó Luke— ¿Tienen habitaciones libres?

—Las que quiera —la chica ni siquiera se levantó de la silla y siguió mascando chicle con la boca abierta—. Cincuenta dólares por

persona y noche.

—De acuerdo, que sea la número 9, por favor —solicitó Luke y la chica lo miró extrañada—. Soy un poco supersticioso y el 9 es mi número.

—Claro —la chica cogió la llave y se la tendió—. Deberían pagarme por adelantado y darme un nombre.

—Por supuesto —Luke sacó unos billetes y pagó pero, antes de dar ningún nombre, sacó la foto de Toby que llevaba en el bolsillo, así como la de Abbott y se las mostró a la recepcionista—. ¿Le suenan estas caras? Estuvieron aquí hace un par de meses.

—No me suenan de nada —la chica desvió la vista, en seguida pensó que tenía a un par de policías ante ella y en su bolsillo guardaba una bolsita con marihuana—. Lo siento.

—¿Está segura? —intervino Mary, que había notado el nerviosismo de la chica al ver la foto—. Es importante y usted nos está mintiendo. Ha visto antes a ese niño ¿verdad?

—Ya le digo que no me suena…

—Yo creo que sí —Luke le sonrió, a la vez que la miraba de forma amistosa—. Concéntrese y, mientras tanto, busque por favor en sus registros, qué personas ocuparon la habitación número 9 la segunda semana de febrero. Seguro que no son muchas. Se lo agradeceremos y dejaremos de molestarla.

La chica valoró sus opciones y pensó que, si eran polis, iban a conseguir que les diera esa información de una u otra forma. Mejor colaborar y que se largaran rápido. Hizo un globo con el chicle y asintió con la cabeza.

—Sí, ahora recuerdo… el niño pequeño de los rizos rubios llegó con el hombre del piercing en la nariz, pero se quedó con una mujer que se marchó al día siguiente. Me parece que pensé que eran los padres, que debían estar divorciados y que le tocaba cuidarlo a la madre.

—Muy bien, ahora busca en tu registro y veamos que nombre aparece —Luke volvió a sonreír a la chica, que empezaba a mirar a Luke con un deje de adoración.

La chica miró en el viejo ordenador, hizo una búsqueda, le dio un golpe a la pantalla, que funcionaba cuando quería y dijo el nombre que estaban buscando.

—¡Aquí está! 7 de febrero, habitación número 9. Señora Sandra Grave y también tengo su carnet de conducir escaneado.

—Sandra Grave… muchas gracias. Pásame la foto a este número, por favor —Luke le dio su número de móvil—. En un rato te devolvemos la llave.

—¿Un rato? ¿No van a pasar la noche? —la chica los miró alzando las cejas, empezaba a pensar que le tomaban el pelo.

—Solo un par de horas —Luke le guiñó un ojo y le pasó la mano a Mary por la cintura para alejarla de allí.

—Sabes lo que ha pensado esa chica de nosotros ¿verdad? —lo increpó Mary en cuanto se alejaron unos pasos.

—¿Y qué más te da? No creo que nadie nos siga la pista.

—¿Has hipnotizado a esa chica o algo? Parecía dispuesta a bajarte la luna si hacía falta.

—Eso es cosa de mi encanto personal, cielo; no voy hipnotizando a la gente por ahí, te lo aseguro.

—Voy a llamar a Owen para que haga una búsqueda de esa mujer —buscó el contacto de su compañero y le pasó los datos y la imagen del carnet de conducir. Al cabo de unos minutos le envió un mensaje —. Owen dice que ese carnet es falso, la fotografía no se corresponde con los datos. Sandra Grave tenía ochenta años y murió hace diez meses. Dice que van a investigar los registros del local al completo, por si encuentran algo más. En realidad no sabemos si ésta es la mujer que recogió a Toby.

—Es ella —Luke se centró en la fotografía una vez entraron en la habitación y cerró la puerta—. Toby lloró un rato cuando cambió de manos. Después se quedó dormido en ese lado de la cama.

Luke señaló la cama de matrimonio y miró a su alrededor, mientras Mary lo miraba a él. Cuando hacía eso, cuando se concentraba en recordar, en ver algo del pasado, se aislaba. Daba la impresión de que todo lo que había a su alrededor desaparecía.

—La mujer estaba estirada a su lado mirando algo en el televisor. Es alta y delgada, con el pelo rubio. Aunque eso puede cambiar en cualquier momento, era tinte; en realidad es castaña —Luke miró a Mary—. Y ahora viene lo peor: ha estado aquí hace unas tres semanas con otro bebé, esta vez más pequeño.

—¿Otro bebé? —Mary se llevó la mano a la boca.

—Se dedica a esto, robo y posterior venta de bebés. Un negocio muy lucrativo. Al menos, eso es lo que parece.

—¡Oh, Dios mío! —Mary se sentó en el borde de la cama y apoyó los antebrazos en las rodillas—. Avisaré a Owen para que investiguen esto a fondo. Tenemos que encontrar a Toby. ¿Tienes más datos de dónde está ahora?

—¿Es que empiezas a creerme? —Luke se acercó a ella.

—¡A ver, Dalgaard, no tengo otra cosa! Igual me agarro a un clavo ardiendo, pero espero resultados. Digamos que los flamencos, de momento, me han hechizado… no hagas que me arrepienta.

—Mary, esto no funciona con un interruptor que pueda encender y apagar a conveniencia. Ahora mismo tengo un infame dolor de cabeza; «ver» supone un esfuerzo mental considerable y tiene algunos efectos secundarios.

—Perdona… no quería menospreciarte, te lo juro.

—No sería la primera vez, ya estoy acostumbrado. Ahora necesitamos un descanso, al menos yo —Luke se quitó la chaqueta y se estiró sobre la colcha de la cama—. Despiértame en un par de horas, por favor.

—¿Cómo que te despierte…? —Mary notó como Luke se relajaba a una velocidad inexplicable. Se frotó los ojos y cayó en un sueño profundo y necesario para despejar su mente sobrecargada de imágenes.

Bueno, habían madrugado mucho, a ella tampoco le iría mal un descanso. Se estiró a su lado, puso una alarma en su móvil y se durmió como un bebé.

*****

Los despertó el aviso del móvil y abrieron los ojos para descubrir que estaban estirados cara a cara, muy cerca. Demasiado cerca. Al notar la intensa mirada de Luke, Mary saltó de la cama como si un resorte la hubiera empujado.

—Voy a lavarme la cara y nos vamos —dijo Mary para salvar el incómodo momento—. Si quieres, ahora conduzco yo.

—Prefiero hacerlo yo, si me parece que debemos desviarnos de nuevo lo haré sobre la marcha.

—Como quieras —Mary recogió su mochila y revisó no dejarse nada en aquella cutre habitación—. Aprovecharé para llamar a casa y ver cómo está Harry.

Devolvieron la llave a la recepción, que en ese momento estaba vacía, y Luke la colgó en su sitio. En cuanto arrancó el coche y accedieron a la carretera, tomó la palabra. Tenía más información.

—Vamos a ir directos hasta Rochester —le dijo Luke—. Bueno, deberíamos parar a comer algo si no queremos llegar hambrientos. Pero tengo un barrio y una avenida.

—¿Sabes donde viven los padres adoptivos de Toby? ¿Esos ladrones? —Mary se incorporó en su asiento.

—Mary, creo que hay algo que debes tener en cuenta. Ellos no tienen porqué saber que el niño es robado, probablemente les han vendido que es huérfano, o que su madre no lo quería. Para ellos debe ser una adopción privada o algo similar.

—Ya veremos —Mary no lo tenía muy claro, seguro que habían pagado un montón de pasta por el niño—. No conozco Rochester.

—Están en el barrio de Brighton y he visto un gran boulevard. Creo que es la avenida Monroe, zona de gente rica. Viviendas de lujo con zonas ajardinadas, piscina y vistas panorámicas.

—Creen que el dinero lo puede comprar todo… —Mary suspiró—.

Voy a poner a Ron al día. Quiero que hable también con Barlow y se pongan en contacto con la policía de allí para que les pasen las novedades. Por cierto ¿Tu porcentaje de fallos es tan bajo como me han contado?

—Si lo que quieres saber es si puedo estar patinando en mis predicciones, la respuesta es sí —Luke la miró de reojo sin perder de vista la carretera—. Nunca he prometido a nadie acertar al 100%, igual que no busco colaborar con la policía ¿recuerdas? Son ellos los que me han llamado a mí.

—No me preguntes porqué, no soy capaz de darte una respuesta lógica, pero empiezo a fiarme de ti —Mary se puso unas gafas de sol y sacó el antebrazo por la ventanilla del coche para notar la brisa fresca —. No creo que quieras engañar a nadie, de eso estoy bastante segura. Eres una buena persona, Luke Dalgaard. Aunque los flamencos te hayan hecho ganar muchos puntos, nos queda un largo camino por recorrer y muchos datos por corroborar. Veremos qué pasa. Por ahora me vas cayendo mejor.

—El camino será mucho más largo de lo que piensas, Mary Olsen, eso te lo puedo asegurar —Luke rió como si guardara un secreto y aceleró—. Tú también empiezas a caerme bien. Vamos a pasarlo de maravilla cuando esto acabe, ya verás.

—En tus sueños… —Mary se puso los auriculares para escuchar música y dejar de oír tonterías, aquel hombre deliraba.

Antes de que llegaran a su destino, Mary buscó hoteles por la zona de la avenida Monroe y encontró un par. Se trataba de una zona residencial y los hoteles no abundaban. Reservó un par de habitaciones individuales y pagó por adelantado con el móvil.

Mientras hacía la reserva, Luke pensaba en ella. Esa mujer complicada y hermética, tenía una parte dulce que escondía entre sus maneras duras. Notaba como ponía barreras y suponía que le habían hecho daño antes. Se protegía y levantaba muros a su alrededor. Era difícil llegar a ella, a su interior, a conocerla de verdad. Sabía que tenía un arduo camino por delante, pero también intuía que valdría la pena.

Mary guardó su móvil y sus pensamientos se centraron en Luke. Ese hombre la confundía. Se dio cuenta de que la mayor parte de los que habían pasado por su vida, lo hicieron para mostrarle lo que no era el amor. Walter en su momento y más tarde Mark. El resto casi no contaban. La consecuencia fue que dejó de creer en el tan alabado sentimiento y estaba segura de que esperó más de lo que podía darle, lo que jamás sería. Parecía un galimatías, pero tenía sentido. Aprendió con lo vivido y ahora no quería llevar más peso en sus hombros que el de las sorpresas que le quedaran por vivir. Cuando uno ha fallado, y Mary estaba segura de haberlo hecho, le queda una especie de rigidez en su cuerpo que costaba doblegar. El amor maternal había sustituido a cualquier otro y era más que suficiente. Al menos tenía la esperanza de que, si encontraban pronto a Toby, ya no tendría que volver a tratar con Luke Dalgaard. Eso le daría oxígeno.

—Si esto se soluciona tan rápido como creo que ocurrirá, tienes que prometerme que aceptarás una invitación a cenar, esta vez en un buen restaurante —Luke interrumpió sus pensamientos y Mary lo miró para descubrir una sonrisa insinuante, de esas que desarman.

—Si lo conseguimos te invitaré yo misma, aunque me arruine y me deje el sueldo en una cena de lujo. A veces creo que estoy jugando a la lotería contigo.

Llegaron, acudieron al hotel y antes de subir a las habitaciones se dirigieron al comedor, estaban hambrientos y, aunque era tarde, les aseguraron que les alimentarían.

Estuvieron charlando, comiendo costillas a la brasa y bebiendo vino; cuando acabaron, subieron su ligero equipaje a las habitaciones y Mary propuso que quedaran al cabo de una hora. Quería darse una ducha y cambiarse de ropa, lo que a Luke le pareció bien.

Al atardecer salieron a pasear por la avenida. La intención era

comprobar si Luke podía identificar la casa donde se encontraba Toby.

—¿Ves algo? —preguntó una impaciente Mary.

—Deduzco que esperas encontrar a Toby hoy mismo, sacarlo a la fuerza de la casa dónde esté y salir corriendo con él en los brazos, pero esto no funciona así —Luke puso una mano sobre su hombro y la hizo parar para mirarla a los ojos—. Mi cabeza está bastante saturada hoy. Tengo la certeza de que Toby está cerca, pero no puedo indicarte el punto exacto. Ahora no. Aunque me halaga tu confianza.

—No es que confíe en ti al cien por cien, Dalgaard. No te vengas arriba —Mary le dio un codazo—. Pero es que se me comen los nervios y necesito saber si nos estás tomando el pelo y estoy perdiendo el tiempo o no. Creo que funcionas a base de corazonadas y tienes buen ojo, intuición y psicología con las personas. Pero ya está.

—El tiempo lo dirá ¿no? Creo que hoy no voy a conseguir nada mas —Luke miró alrededor y localizó una terraza con mesas y sillas para poder tomar algo—. ¿Tienes frío para sentarte ahí a beber algo?

—No hemos venido a hacer turismo.

—Mary, relájate. Has llamado a tus padres y Harry está perfectamente, creo que estamos cerca de Toby pero mi cabeza necesita un descanso y estamos en una bella ciudad en primavera. Sentarse en un bar a tomarse una cerveza no nos convertirá en malas personas. ¿Puedes olvidar el trabajo por unas horas?

—Bueno, si no vamos a conseguir nada más por hoy, acepto — Mary se encogió de hombros con resignación, lo cierto es que le apetecía mucho una cerveza.

Una vez sentados y con la bebida fría en sus manos, Luke se la quedó mirando con curiosidad. Mary adivinó que llegaban preguntas.

—¿Por qué te hiciste policía? —la interpeló.

—La verdad es que esa no fue mi primera idea, lo mío es la tecnología. Mientras acababa la carrera de Ingeniería Informática, me matriculé en una academia para hacer un curso basado en encontrar vulnerabilidades en el hardware y el software de los ordenadores, cómo obtener acceso a las redes y a la información más escondida. Participé en un concurso que se ofrecía a los estudiantes de último año para motivarlos y, básicamente, tenías que ser un hacker para ganar. ¡Y gané!

—¡Vaya! ¡Me has impresionado! —Luke hizo el gesto de quitarse el sombrero.

—Pensé que ganar ese concurso solo sería un dato más que añadir a mi currículo, pero resultó que al cabo de un par de días me llamaron de la agencia federal de investigación e inteligencia, para ofrecerme su formación gratuitamente y entrar a trabajar en sus oficinas. En principio era solo para delitos cibernéticos e informáticos, pero acabé pasando por varios departamentos. Resultó que disparar y poner las

esposas tampoco se me daba mal.

—No lo banalices, seguro que hay algo más, eres muy inteligente.

—Sí, hay algo más, claro —Mary dio un largo trago a su cerveza y sonrió—. La satisfacción que da poder ayudar a alguien, eso no tiene precio. ¿Sabes lo que voy a sentir si encontramos a Toby y se lo devolvemos a sus padres? Eso es algo impagable. Y no se trata de vanidad o soberbia, te lo juro.

—Desde luego. No te olvides de las películas… —rió Luke.

—¡Por supuesto! —Mary rió con él— mi padre veía a «Los hombres de Harrelson» y yo he crecido con «CSI». Idealizar las aventuras y desventuras de los defensores de la ley y el orden es de lo más normal. Al fin y al cabo seguimos jugando a policías y ladrones ¿no?

—Ojalá fuera solo un juego —Luke se quedó serio con la mirada perdida en el horizonte.

*****

Luke y Mary desayunaron juntos en el hotel a la mañana siguiente. Les llegó una llamada de Samuel Craig, el jefe de la policía de Rochester. Les informó de que estaban controlando la zona que Luke les había dicho, a través de las cámaras ubicadas en las inmediaciones. Tenían policías de paisano patrullando las calles y estaban revisando las bases de datos de los ciudadanos residentes allí. Pero deberían verse para contrastar todos los detalles.

En cuanto llegaron a la comisaría, les hicieron pasar al despacho de Craig.

—Encantado de saludarles —Samuel les estrechó la mano y enseguida se dirigió a Luke—. Estoy al tanto de su último trabajo, Dalgaard. Y muy impresionado. Conseguir atrapar a ese asesino no debió ser fácil.

—No lo fue, pero creo que ahora deberíamos tratar el caso que nos ocupa —Luke no quería recordar lo que había visto en aquel macabro caso, bastante le iba a costar atenuar algunas de aquellas imágenes en su maltratado cerebro.

—¿Qué operativos han puesto en marcha? —preguntó Mary.

—Estamos investigando a todas las familias de la demarcación que tengan niños de dos años —explicó Samuel—. He movilizado a muchos policías para que patrullen por los parques infantiles sin que los detecten; todos tienen la fotografía de Toby. Los rizos rubios de ese niño son bastante llamativos, no creo que tardemos en localizarlo. También estamos revisando los certificados de adopción de los últimos meses, para ver si descubrimos irregularidades.

—No se olviden de que yo conozco al niño y puedo identificarlo

enseguida. Si tienen dudas con cualquiera de ellos, puedo ayudar —Mary se ofreció.

—Por supuesto, pero recuerden que ustedes están aquí porque el Jefe Kam Barlow me lo ha pedido expresamente, pero nosotros vamos a dirigir la operación en caso de encontrar al niño —el policía los miró a ambos—. Deben quedarse al margen. Aunque, si el señor Dalgaard nos da una dirección concreta, desde luego tendrá prioridad.

Se despidieron del policía, prometiendo mantenerse en contacto y Mary decidió que quería recorrerse la avenida Monroe de arriba abajo, casa por casa. Le recordó a Luke que pasear y mirar no era delito y él estuvo de acuerdo; se dirigieron al principio de la calle.

Hacía un buen día para caminar. El cielo estaba impoluto, libre de nubes y de un azul celeste, radiante y soleado. Se olía la primavera. Las casas de la avenida estaban rodeadas de jardines; las plantas y los arbustos habían florecido. Los colores colmaban el paisaje de vistosas paletas de tonalidades que aderezaban el verde que las acogía. Un bonito día.

Aunque el corazón de Mary estaba contraído. Si no conseguían algo aquel día, ella misma iba a desanimarse. Estaba en tensión y una alerta continua no la dejaba calmarse. Luke la cogió de la mano.

—¿Qué haces? —le preguntó Mary apartándola, pero él la asió más fuerte.

—Cogerte de la mano me da tranquilidad y me ayuda a concentrarme —fue la respuesta de Luke, pero fue ella la que notó cierta relajación con el tacto de su mano.

—¿Eso te sirve para ligar? —ella introdujo la otra mano en su bolso y sacó unos pequeños prismáticos—. Lo siento pero necesito las dos manos.

—¿Vas a cotillear tras las ventanas de las casas? —Luke se llevó las manos a la cabeza.

—Creo que lo que haces tú es mucho peor, yo no puedo ver nada cerrando los ojos —Mary lo dijo con guasa y Luke rió encogiendo los hombros.

Caminaban uno al lado del otro en silencio, Mary con sus prismáticos, que iba colocando en sus ojos para atisbar el interior de las casas o los jardines donde captaba movimiento. Se adelantó unos pasos por delante de Luke y al cabo de unos minutos, éste la frenó asiéndola del brazo.

—¡Espera! —señaló la casa que tenían a su espalda, en la acera de en frente—. Es ahí.

Mary oteó con sus prismáticos, medio escondida tras un árbol, para no llamar mucho la atención. A través de una de las ventanas frontales no vio nada, miró en la siguiente y tampoco detectó movimiento.

—Vamos a rodear la casa con disimulo, quiero mirar por todas las

ventanas —le dijo Mary y Luke asintió.

En la calle lateral, dos ventanas más daban a la calle, una de ellas a un dormitorio ocupado por una cama de matrimonio que vislumbró entre las cortinas. El ventanal adyacente mostraba una persiana con dibujos infantiles. A Mary se le aceleró el corazón como si tuviera el reprís de un «fórmula uno».

Allí estaba la descripción exacta que había hecho Luke. Decoración infantil con animales y un paisaje en una de las paredes. Y el caballito de madera: un balancín. En la cabecera de la cuna había un nombre pintado con letras de colores: Paul. Justo el nombre que Luke le había dicho. ¿Cómo era posible? Lo estaba viendo con sus propios ojos y le costaba creerlo.

—Exacta, tal como la describiste —Mary lo miró con la boca abierta, su rostro había perdido el color.

—Están dentro —afirmó Luke e hizo retroceder a Mary para ocultarse de la vista desde la casa.

A pesar de ello, a Mary le dio tiempo a ver como se abría la puerta de la habitación y una pareja entraba con Toby en los brazos. ¡Era él!

—¡Luke! ¡Es Toby! —Mary lo cogió del brazo, sus lágrimas a punto de desbordarse de sus ojos—. Vamos a entrar y se lo vamos a devolver a Abigail.

—¡No tan rápido! —la frenó Luke—. No podemos entrar en esa casa y robarles a su hijo.

—¡No es su hijo! —Mary empezaba a desesperarse.

—¡Ellos creen que sí! —Luke la sujetó por los hombros para que le prestara atención—. Esa pareja cree que ha adoptado a un niño abandonado. Llevan dos meses conviviendo con él y lo quieren. Vamos a hacer las cosas bien. Avisaremos a Samuel Craig y la policía vendrá a hablar con ellos. Nosotros conseguiremos estar presentes ¿de acuerdo? Tú eres del FBI y la operación es conjunta, no habrá problemas.

Luke y Mary retrocedieron para volver hacia la entrada principal de la casa. Cruzaron a la acera de enfrente de nuevo y se alejaron un poco. Luke rodeo los hombros de Mary con su brazo, como si fueran una pareja que paseaba por allí. En ese momento se abrió la puerta que daba a la avenida y salió el matrimonio con Toby en un cochecito. Luke y Mary siguieron caminando para cruzarse con ellos, querían ver al niño de cerca y comprobar que estaba bien. Mary tuvo que hacer muchos esfuerzos por no abalanzarse sobre ellos y arrancarles a Toby de un tirón. Fue casualidad que, al aproximarse, el pequeño fijara la mirada en Mary. Se observaron el uno al otro. Mary le sonrió y Toby le devolvió la sonrisa y la llamó como solía hacerlo: dijo «May» y se

puso a hacer palmas, sin que sus padres fueran conscientes, ya que estaban hablando y les pasó desapercibido.

Los tres desaparecieron por la esquina de la siguiente calle y Mary no pudo reprimir las lágrimas. Luke la abrazó intentando calmarla.

—Me ha reconocido, Luke. Toby sabía quién era yo.

—Vamos a llamar a Samuel, he hecho algunas fotos de la familia con el móvil. Toby se ve bastante bien —Luke le enseñó las imágenes a Mary, que asintió sin poder pronunciar palabra.

Estaba impactada por lo sucedido. En ningún momento llegó a creer de verdad que aquella locura iba a funcionar.

Luke se ocupó de hacer la llamada y consiguió convencer a Craig de que abordarían a la familia todos juntos. Se personaría Samuel con otro policía y ellos dos los acompañarían. Quedaron en encontrarse en la entrada del hotel donde se alojaban y acudirían juntos a la casa.

Luke estaba preocupado por Mary, estaba muy afectada por haber visto a Toby y, más aún, al comprobar que sus predicciones habían sido correctas.

Tendría que distraerla de alguna manera.

Llegaron al hotel y decidieron sentarse en una terraza exterior y pedir una bebida, mientras esperaban a los policías. Mary seguía conmocionada y al levantar la vista detectó una mirada en Luke que le provocó un escalofrío, casi una corriente eléctrica recorriendo su espalda. Ese hombre tenía unos ojos peligrosos y ahora estaban concentrados en ella.

—¿Estás «viendo» algo ahora? —le preguntó haciendo el signo de las comillas con los dedos, para referirse a su don—. Me das un poco de miedo. Me dijiste que no lo hacías si no era necesario.

—Y no lo hago, pero me gusta mirarte. —Luke acercó su rostro al de ella y dejó asomar el deseo que le provocaba—. Imaginaba lo que sería quitarte la ropa lentamente y descubrir lo que ocultas debajo. Y como será besarte.

—Oye, Dalgaard, a mí no me van los coqueteos y las insinuaciones ¿vale? Hasta ahora te has portado medianamente bien, no lo estropees —a pesar de sus palabras, Mary tenía el corazón desbocado y muchas ganas de alejarse de lo que empezaba a considerar como un peligro grave.

—Bueno…, era una táctica de acercamiento —Luke le sonrió, al fin y al cabo estaba consiguiendo que no pensara en Toby—. Me parece que no te van las frases ñoñas, ni el romanticismo pasado de moda y he pensado en ser algo más directo. Por ejemplo, diciéndote que te deseo, aunque es posible que ya lo hayas notado ¿no?

—No eres muy sutil con eso, no… —a Mary se le escapó una sonrisa también; ya no sabía si él se seguía acercando o era ella quien lo hacía—. Pero esto no me parece una buena idea, la verdad.

—Deberías esperar un poco antes de emitir juicios sin tener bases que los sustenten. Las mentiras autoinfligidas te mantienen a salvo ¿verdad? —Luke le acarició la barbilla y la acercó más a su boca.

Antes de besarla, sus labios recorrieron la línea de su mandíbula depositando pequeños roces. Llegó a su boca con lentitud, su lengua recorrió su labio inferior y un ligero mordisco le cortó la respiración. Mary cerró los ojos, se concentró en las sensaciones que le provocaban esos labios sobre su piel y se dejó llevar. Aquello era una especie de tortura que desencadenaba necesidad a su paso. Si ya se le había pasado por la cabeza que aquel hombre era peligroso, ahora lo tenía muy claro; era una mujer muy controlada, pero su cerebro no atinaba a enviarle las señales necesarias para que se apartase. Imposible hacerlo ante un magnetismo animal como aquel, ante una atracción que no atiende a razones, ante una boca que parecía encajar con la

suya como si fueran una.

Sus lenguas se enredaron y el mundo desapareció a su alrededor. Luke sabía que sería así, distinta a cualquier otra mujer que hubiera conocido. En parte, algo en su interior se revelaba al saber que era «ella» y que estaba en su futuro; y, en parte, entendía que sería inevitable, ya se estaba enamorando de esa mujer complicada y distante. Aunque eso sería un secreto bien guardado. Si le dijera algo así, Mary le pondría la zancadilla, saldría corriendo y sería difícil alcanzarla.

Los labios de Luke recorrieron su cuello y se apartaron al escuchar pasos cercanos. Samuel Craig estaba llegando, acompañado de otro policía. Mary se puso colorada al ver que los habían pillado besándose y Craig solo carraspeó antes de hablar con ellos. Los policías se sentaron a su lado.

—Veamos…—comentó Craig, mirando a Luke— parece que hemos tenido suerte y que el señor Dalgaard ha vuelto a sorprendernos. Vamos a ponernos de acuerdo en cómo abordar esto.

Estuvieron charlando un rato, prepararon lo que querían decir, las fotos que tenían de Toby con sus padres y las noticias que habían aparecido en los medios sobre aquel niño. Siempre era posible que los padres no supieran nada, o que lo hubieran reconocido y no quisieran devolver al niño; no descartaban nada.

—Vigilaremos la casa —dijo Samuel— en cuanto vuelvan del paseo, llamaremos a su puerta. Puede ser un momento duro para esas personas, ya hemos alertado a los psicólogos que colaboran con la policía para darles atención si la necesitan.

Todo ocurrió según lo previsto. Llamaron a su puerta, los padres se sorprendieron al encontrarse a la policía y se hundieron al escuchar sus explicaciones. No podían creerlo. No habían visto ni oído nada sobre la desaparición del bebé al que llamaban Toby y que para ellos era su hijo Paul. Desde que lo habían adoptado casi no miraban la televisión. Tenían unos meses de baja laboral, debido a la adopción, y estaban viviendo en una especie de burbuja, algo aislados de su entorno. Disfrutando de su nuevo papel de padres, después de tanto tiempo intentando serlo, sin conseguirlo. Daniel era un reputado economista, director del área de finanzas en una multinacional tecnológica y Serena trabajaba como enfermera jefe en el Hospital General de Rochester.

Nadie de los presentes dudó de la veracidad de sus palabras. Mary estaba muy nerviosa y tenía muchas ganas de coger en brazos a Toby, pero reprimió sus impulsos al advertir la desesperación de los padres

adoptivos ante tamaña noticia.

Les mostraron fotografías de los verdaderos padres junto a Toby. A pesar de que en las imágenes estaba claro que se trataba del mismo niño, se efectuarían análisis de ADN y huellas dactilares para que no quedara ninguna duda.

—¿Cómo consiguieron una adopción rápida? —preguntó Craig.

—Nos costó mucho llegar hasta Paul… perdón, hasta Toby —contestó Daniel, ya que Serena seguía llorando con desconsuelo—. Estuvimos durante mucho tiempo en listas de espera, pasamos por muchas entrevistas de los servicios sociales, pero nunca nos llegaba el turno. Dimos voces entre nuestras amistades, claro. Una amiga nos puso en contacto con un abogado que había conocido, un tal Paul Robertson. Nos dijo que podía conseguirnos una adopción privada y completamente legal, ya que tenía una relación muy cercana con el Centro para Niños de Nueva York.

—Pero seguro que les cobró una buena suma de dinero ¿no? —intervino Mary.

—Sí, bastante… pero estábamos dispuestos a pagar lo que fuera, el dinero no era un problema —Daniel, se llevó las manos a la cara, pensando que debería haber adivinado que tanta celeridad era sospechosa, pero no hay nadie más ciego que quien no quiere ver—. Tengo la factura y la documentación que me dieron.

Pasaron los datos a Owen para que hiciera una búsqueda rápida, sobre la marcha, del nombre de Paul Robertson, pero fueron infructuosas. Aparecieron algunos abogados, pero al contrastar sus fotografías con el recuerdo de Daniel y Serena, ninguna coincidía. Lo más probable es que fuera un nombre falso, como solía ocurrir.

—¿No acudieron a su oficina en alguna ocasión? —preguntó Luke, adivinando la respuesta.

—No —esta vez fue Serena quién consiguió recuperar su voz—. Siempre fue él quien vino a nuestra casa, incluso nos trajo al niño en persona, junto a una mujer rubia, pero no nos dijo su nombre. O no lo recuerdo.

Mary miró a Luke de reojo… ahí estaba la mujer rubia que Luke le había mencionado, la que en teoría se ocupó de Toby hasta su entrega.

Serena cogió la fotografía de los padres de Toby, Abigail y Oliver, y sus lágrimas se derramaron de nuevo. En ese instante entendía lo que debían estar sufriendo. Toby, que había permanecido en los brazos de su madre con el ceño fruncido al verla llorar, miraba a Mary y le sonreía. El pobre no entendía nada, pero reconocía la cara de esa mujer que siempre había sido cariñosa con él.

—Lo sentimos mucho, pero ahora nos llevaremos a Toby —Samuel Craig les informó con cautela—. Como les hemos explicado, la agente Olsen es su vecina, por lo que el niño no se sentirá extraño con ella y, mañana mismo, estará con sus padres. Sentimos muchísimo todo esto y les recomendamos que si vuelven a intentar adoptar, lo hagan a través de los cauces habituales. Es lento, pero es lo más seguro.

Mary alargó los brazos hacia Toby y el niño no dudó en lanzarse a ellos. Lo estrechó con fuerza y no pudo contener las lágrimas. Por sus padres verdaderos y por los adoptivos. Aquella nefasta venta había generado mucho dolor, mucha aflicción y sufrimiento. Los responsables no podían quedar impunes.

—Paul estará en buenas manos —Luke intentó consolar de alguna manera a aquella pareja, que se abrazaban intentando mermar su angustia—. Si quieren podemos pedirles a sus padres que se mantengan en contacto.

—Será mejor que no —Serena se restregó los ojos y se llevó el kleenex a la nariz enrojecida—. ¡Déjeme darle otro abrazo antes de llevárselo!

Toby volvió a cambiar de manos y les resultó muy difícil conseguir que volviera a los brazos de Mary.

El viaje de vuelta a casa fue una amalgama de alegrías y tristezas. Escuchar la voz de Abigail y Oliver por teléfono, que esperaban ansiosos la vuelta de su hijo y, a la vez, recordar a otros padres que se habían quedado huérfanos del suyo. La contraposición de la reparación contra la pérdida, sobre algo que nunca debió suceder.

*****

A primera hora del día siguiente, ya estaban llegando a Nueva York. Casi no habían dormido, pero prefirieron no alargar la agonía de Abigail y Oliver. Se había obtenido una muestra de sangre de Toby, que corroboraría su identidad, y el pequeño había dormido bien.

En cuanto avisaron de que ya estaban llegando, los padres de Toby bajaron a la calle y los esperaron en la entrada, estaban ansiosos por recuperar a su bebé.

Fue un encuentro muy emotivo en el que se fundieron la alegría y las lágrimas. Toby miró a sus padres con los ojos muy abiertos y semblante serio, como si estuviera haciendo memoria para recuperar sus recuerdos. Abigail lo cogió en brazos y en unos segundos la sonrisa de Toby los inundó de felicidad. Nada podría borrar los dos meses anteriores y los malos recuerdos dejarían una huella indeleble en sus almas. Pero lo importante era que volvían a estar juntos.

Se deshicieron en gratitud hacia Luke y Mary y éstos les aseguraron

que Toby había estado bien cuidado, que lo querían y lo habían mimado mucho.

—De verdad que siento mucho lo que les han hecho —Abigail no era capaz de soltar a su hijo—. Estoy segura de que lo están pasando muy mal. Todo por un puñado de billetes. No entiendo que exista gente como esa, Mary. De verdad que no lo entiendo.

Luke se marchó enseguida, con un «hasta pronto» y a Mary le pareció una huida después de esos intensos días. Estuvo todo el día con Harry en los brazos y despidió a sus padres que volvieron a Boston esa misma tarde. Fue consciente de cuánto había echado de menos a su hijo y pasó las horas jugando con él.

Más tarde, sus vecinos llamaron a su puerta y estuvieron un rato en su casa. Abigail le comentó que Luke había pasado hacía un rato para devolverle el peluche de león a Toby.

—Podría haber entrado a saludar —fue el comentario de Mary, que parecía molesta.

—Pero si habéis estado juntos los últimos días —le contestó Abigail —. Incluido el viaje de vuelta.

—Sí, tienes razón —a Mary se le ocurrió otra razón para su visita —. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro…

—¿Cuánto os ha cobrado Luke por sus servicios?

—¡Nada! Quise pagarle, pero me dijo que no había hecho esto por dinero, sino por justicia —Abigail le sonrió—. Es un amor de hombre, de verdad.

—Un amor, si… ja, ja —Mary recordó el beso y sintió arder sus mejillas—. Abby, voy a seguir investigando este caso. Hemos recuperado a tu hijo, pero estoy segura de que no es el único.

*****

Habían pasado cinco días desde su vuelta. Mary se había sumergido en su trabajo y había intentado eludir sus pensamientos recurrentes sobre Luke Dalgaard. Tenía atraso en revisar sus correos, en hacer una serie de tareas de control y búsquedas de datos, que la tuvieron más o menos entretenida. Comentó con Ron Tirrell su intención de seguir investigando el robo de bebés y las falsas adopciones y su jefe le dijo que podría hacerlo en cuanto se pusiera un poco más al día con el resto de temas que tenía entre manos. Y que contara con Luke Dalgaard para ese tema, que a Owen lo tenía muy ocupado con otros casos.

Todas las horas que no había pasado en las oficinas, las había

ocupado su hijo. Nora y la guardería seguían cuidándolo por las mañanas y parte de la tarde, pero había conseguido no pasar tanto tiempo en el trabajo, para poder dedicarle más tiempo a su bebé. Y a pensar en Luke Dalgaard, eso también.

Ya era sábado y seguía sin tener noticias de él. ¿Se había esfumado? ¿Qué había ocurrido con su invitación a cenar? ¿O era ella la que lo había invitado? No lo recordaba con exactitud. Pero… ¿el deseo que le había mostrado al besarla significaba algo? ¿O solo había sido una distracción momentánea? Por lo visto ya se había olvidado de ella. ¡Pues que le dieran!

A lo mejor resultaba que era un buen actor y nada más. Aquel pensamiento escocía y decidió salir de dudas, ella no era de quedarse esperando respuestas. Si no llegaban, iba a buscarlas.

Dejó a Harry con Abigail y Oliver, que pasarían la tarde en el parque con Toby y se quedaron encantados con él.

—Espero no tardar mucho, voy a hacerle una visita a Luke —Abby la miró con sorpresa—. Nos quedaron algunas cosas por comentar.

—¿Hay algún problema? —Oliver la miró con el ceño fruncido. Cualquier cosa referente a su hijo les hacía temblar.

—¡No, no! Nada de qué preocuparos —los tranquilizó Mary—. No tardaré mucho en volver.

—Podemos cuidar a Harry el tiempo que haga falta, no te preocupes.

Mary ni siquiera se miró al espejo antes de salir, le podía el cabreo, que había ido en aumento, y le importaba poco si sus pintas le molestaban al señor elegante. Llevaba unos vaqueros rotos y una camiseta con muchos lavados y una mancha del puré de verduras de Harry, pero le daba igual.

Arrancó su coche y se dirigió a la preciosa casa de Luke, cada vez más contrariada con ella misma, preguntándose por qué se estaba dirigiendo hacia allí; era como si una fuerza superior a su voluntad la dominara.

La valla baja que rodeaba el jardín estaba abierta y, en cuanto se acercó, los dos perros de la hermana de Luke, Max y Lucy, corrieron hacia ella, ladrando y saltando con la lengua fuera, como si bailaran la danza de la felicidad.

Mary se agachó para acariciarlos y dejarse lamer las manos entre risas, cuando escuchó la voz de Luke que asomaba por la puerta.

—¡Ya estás aquí! —le dedicó una luminosa sonrisa—. Te estaba esperando, sabía que vendrías.

—¿Cómo que sabías que vendría? —Mary lo observó con el ceño fruncido—. A parte de ver cosas ¿También adivinas el futuro?

—¡Claro que sí! —Luke se rió con ganas y la señaló con el dedo—. Y como sabía que no llegarías vestida para ir al restaurante que te prometí, he preparado la cena en casa.

—Perdona… —Mary se plantó ante él, aun en el exterior de la casa, con los brazos cruzados—. Si querías invitarme a cenar en un restaurante, era tan fácil como llamarme por teléfono o enviarme un mensaje. Cosa que no has hecho.

—¿Me lo estás recriminando? —Luke entrecerró los ojos—. ¿Acaso querías que te llamara?

—No juegues con mis palabras, sabes perfectamente a lo que me refiero.

—Lo sé, tienes razón —la sonrisa de Luke se esfumó y la miró con intensidad—. Pero necesitaba que fueras tú quién viniera hacia mí. Que empezaras a aceptarme como soy.

—En realidad no entiendo nada sobre ti, todo me parece un gran jeroglífico indescifrable, un galimatías… —replicó Mary— tampoco voy a quedarme a cenar, Harry está con Abigail y Oliver. He de volver a casa.

—Llámalos y diles que te quedas a cenar en mi casa —Luke dejó asomar de nuevo esa sonrisa que convencía, que seducía y Mary se vio aceptando, casi sin darse cuenta.

—De acuerdo, pero que quede claro que no he venido por la cena, sino a proponerte algo.

—Esto se pone cada vez más interesante —fue la respuesta de Luke que la acompañó al interior, dejando a los perros en el jardín. Los estaba adiestrando y su hermana se los había prestado toda la semana.

—¡No tergiverses mis palabras! —Mary lo miró de reojo y les hizo una última carantoña a los perros antes de cerrar la puerta.

En cuanto entraron en aquel espacioso loft, Mary detectó la mesa de dibujo de Luke y le entró curiosidad por ver sus dibujos. Su habilidad con los lápices la dejaba pasmada.

—Está bastante desordenado, llevaba un rato dibujando —le explicó Luke—. Debería entregar un trabajo esta semana y le estaba dando los últimos retoques.

—Eres *freelance* ¿no? —Mary se sentía atraída por lo que hacía y el arte siempre le había gustado.

—Sí, uno de mis trabajos es una tira cómica en el *NY Independent*. Preparo unas cuantas y las van publicando cada día, aunque no me presionan, no tengo un contrato que me obligue a un número de

entregas. Las intercalan con las de otro dibujante.

—¿*NY Independent*? —Mary recordó quién trabajaba allí—. ¿Conoces a Cindy Kevins? Es la pareja de uno de mis compañeros de la agencia, Walter Payne.

—Sí, sé quién es, aunque no tenemos mucha relación —contestó Luke, advirtiendo que allí había una historia—. Una chica muy simpática y curiosa.

—¡Y que lo digas! Por su curiosidad casi la mata la mafia hace un par de años. —Mary buscó su móvil—. Voy a llamar a Abigail.

Habló con ella mientras Luke se perdía en la cocina y su amiga le aseguró que no era ninguna molestia. Mary le confirmó que no tardaría mucho y que recogería a Harry en cuanto llegara. Cuando guardó su móvil, no pudo evitar cotillear entre sus dibujos. Eran magníficos y no se estaba fijando en las tiras cómicas, que tenían su gracia.

A un lado de la mesa, un montón de retratos en carboncillo representaban todas las emociones imaginables en una serie de rostros que desprendían realismo: angustia, felicidad, placer, culpa, aburrimiento, asombro… un abanico de sentimientos plasmados en carbón, con claros y sombras, negro sobre blanco. Rostros de hombres y mujeres, anónimos y muy humanos.

Impactaban por su precisión y autenticidad y Mary no pudo más que mostrar admiración ante tanto realismo.

—¡Eres un dibujante excepcional! —Mary se dirigió a la zona de la cocina—. ¿Haces exposiciones?

—Hice muchas en Copenhague; en Nueva York solo un par de veces, en galerías pequeñas —Luke le acercó una cuchara sopera a la boca—. Prueba esta salsa.

—Buenísima —se relamió Mary y no pudo evitar burlarse—. También eres buen cocinero… ¡chico! Eres el yerno perfecto, eso diría mi madre… No le has cobrado nada a Abigail.

Luke dejó la cuchara en la encimera y miró a Mary muy serio.

—¿Por quién me tomas? —lo había molestado, pero necesitaba una respuesta sincera—. No necesito el dinero, ya te lo dije. Hago colaboraciones para ayudar y muchas las evitaría si fuera capaz de decir que no. Con mi herencia y mis dibujos puedo vivir perfectamente, creo que con bastante holgura y menos problemas.

—Ya lo veo, siento si te has ofendido —Mary levantó las palmas de las manos— pero no he podido fiarme del todo, deberías entenderlo. Lo de las visiones me sigue pareciendo de ciencia ficción y mi mente racional no me deja procesarlo de ninguna manera que no sea una trola o un numerito de magia con truco. No soy creyente, Luke. De nada. Me cuesta confiar en las personas y lo hago cuando me han demostrado que puedo hacerlo. Y, aún así, muchas veces me equivoco.

Lo siento.

—Yo lo siento más, Mary —Luke le acarició un mechón de pelo y recorrió su sedosidad con los dedos—. Te han hecho daño más de una vez ¿verdad?

—¡No mires! —Mary dio un paso atrás.

—Eres muy desconfiada, te dije que no lo haría. Puedes fiarte de mí. ¿Cenamos?

—Vale, pero no tengo mucho tiempo y aún no te he hablado de mi proposición.

—Eso me interesa —Luke le entregó una botella de vino negro y frío—. Toma, las copas están en ese armario.

*****

Se sentaron a la mesa, brindaron por el éxito de haber encontrado a Toby y charlaron durante un rato mientras degustaban las delicias preparadas por Luke, que siempre había tenido apego a los fogones, y Mary alabó el resultado. La salsa boloñesa que añadió a la pasta, estaba deliciosa. Había hecho pan con semillas de calabaza. Mary alucinó con eso, nunca había conocido a nadie que hiciera pan en su casa, y lo saboreó con ganas.

—Bueno, Dalgaard —Mary bebió de su copa—. Ahí va mi proposición: quiero acabar con la organización de robos de bebés que secuestró a Toby. Sé que será un pequeño milagro si lo conseguimos, pero Ron me ha dado permiso para ponerme a ello, si tú me ayudas. Lo lógico sería investigar con Owen, pero Ron no puede prescindir de más efectivos, mi compañero está en otras guerras ahora y hay un departamento exclusivo de secuestros, pero están muy atareados con la búsqueda de desaparecidos. ¿Qué te parece?

—Es algo que hay que planear y yo debería concentrarme para que nos de resultados pronto —Luke se quedó pensativo, como dudando y Mary decidió darle un empujoncito.

—Estoy segura de que es una red, no un caso aislado, y que hay más bebés comprados en casas de desconocidos. Tú también lo sabes. —Mary enterró los dedos en su cabello y miró a Luke a los ojos—. Es algo personal, Luke. Necesito hacerlo. Este caso me ha jodido mucho, yo también tengo un bebé. Con los datos que tenemos del hombre que secuestró a Toby en el parque, si lo localizamos, podremos tirar del hilo. Hay que averiguar quién es esa mujer rubia, la que se quedó con Toby. El médico y el abogado que colaboran en las adopciones falsas. Barlow me ha dicho que siguen investigando, pero lo ocurrido en Rochester corresponde a Craig y él no quiere inmiscuirse. Si el FBI lleva una investigación por su cuenta, no pueden evitarla.

—No me extrañaría que pronto detengan a Jack Abbott, pero ese

tipo no es más que el pringado de turno, lo han utilizado a cambio de unos billetes y poco más —Luke la observaba, sabía que la ayudaría, no iba a negarle nada—. No crees en mí, pero quieres mi colaboración. ¿Cómo se come eso?

—Digamos que me atengo a los resultados —Mary se encogió de hombros—. No entiendo como lo haces, pero hemos encontrado a Toby y eso es lo importante. Me ponen nerviosa las visiones y esas cosas, pero me aguantaré si conseguimos detener a esa gentuza roba-niños.

—A mi me ponen nervioso las pistolas y las peleas, pero te voy a dejar esa parte a ti —contraatacó Luke.

Acabaron de cenar, comentando entre ellos cómo poner en marcha esa investigación.

—¿Cómo lo haces? —insistió Mary—. ¿Existe una forma de que me expliques algo que pueda entender y que tenga sentido para mí?

—Puedo intentarlo, aunque no prometo nada —Luke levantó la copa y bebió un sorbo antes de aclararse la garganta y seguir—. Es algo a lo que no puedes buscarle la lógica, por eso te cuesta tanto aceptarlo. A mí mismo me costó admitirlo cuando era un crío. Yo pensaba que todo el mundo veía las cosas igual que yo, es decir, no solo con el sentido de la vista. Darme cuenta de que era distinto fue un choque y me costó superarlo. Mis padres tampoco entendieron nunca como era posible que adivinara cosas que no había visto nunca, pero es que yo las veía en mi cabeza, sin querer. No era algo que propiciara, aparecía en mi mente.

—¿Hicieron algo al respecto? —lo interrumpió Mary, escuchando muy interesada.

—Sí, me llevaron a un montón de médicos y neurólogos. Estuve ingresado unos días en un centro de imágenes biomédicas. Me pusieron un casco con sensores para hacer una exploración cerebral, que consumía casi tanta energía como un submarino nuclear; me sentía como una cobaya con la que hacían experimentos. Unas antenas captaban las señales emitidas cuando el campo magnético del escáner excitaba las moléculas de agua del cerebro. Esas señales las guarda un ordenador que convierte los datos en un mapa del interior de mi cabeza.

—Vaya… —Mary estaba impactada, una explicación científica era lo que esperaba—. ¿Llegaron a alguna conclusión?

—Por lo visto mi actividad cerebral era superior a la normal, cuando me concentraba en «ver» —siguió relatando Luke—. Me dijeron, para que pudiera entender algo, que mis neuronas estaban más entrenadas, como si trabajaran más. Los electrodos recogieron una gran actividad de ondas gamma en niveles muy altos. Por lo visto hay una especie de rutas específicas que se relacionan con

determinadas funciones cognitivas.

—Creo que me he perdido —Mary frunció el ceño, aquello era complicado de entender.

—Digamos que cuando me concentraba en ver algo cerrando los ojos, lo que otros llamarían «imaginar», mi cerebro activaba la parte correspondiente a ver con el sentido de la vista, aunque tuviera los ojos cerrados. Resulté ser una «rara avis», nunca habían visto nada igual.

—¿Viste cosas que pudieran comprobar después?

—A uno de los neurólogos no le gustó que le dijera que su mujer se la estaba pegando con otro —Luke se echó a reír—. Aunque me lo acabó agradeciendo. Puedo decir que aquella investigación fue la causa de su divorcio.

—¿Y luego?

—No tuve suficiente con aquellas explicaciones —suspiró Luke—. Pasados unos años y, ya por mi cuenta, acudí a uno de los mejores neurólogos de Estados Unidos. Su equipo al completo se puso a mi disposición, eran investigadores y yo resultaba ser un caso muy curioso. Me hicieron resonancias magnéticas que descartaran alucinaciones producidas por migrañas o cualquier otra enfermedad. Descartaron tumores cerebrales, micro infartos o patologías de brotes psicóticos. Mi cerebro está sano. Según los psiquiatras, también estoy perfectamente. Las pruebas fueron muy variadas. Al hacerme rememorar un episodio concreto de mi vida, o un cuento infantil, los resultados provocaban una especie de coctelera emocional. Los circuitos en el cerebro funcionan de distinta manera cuando vemos algo que hemos vivido o cuando se trata solo de imaginar. No se puede engañar al lóbulo occipital, pero en mi cerebro aparecía una conexión muy fuerte con el lóbulo temporal, que enlaza con las emociones.

—Sería difícil volver a pasar por tantas pruebas…

—No fue fácil —Luke le cogió una mano a Mary y le acarició la palma con el pulgar, le resultaba fácil hablar con ella—. Monitorizaron mi cerebro con una diadema de flujo, para obtener una nueva valoración, pero los resultados siempre fueron los mismos: mi cerebro tiene algunas reacciones diferentes a lo que se considera normal, pero en ningún caso se trata de una enfermedad conocida. Llegué a la conclusión que si me servía para ayudar, lo utilizaría para eso.

—No me digas que siempre fuiste tan altruista —Mary rió con él—. Estoy segura de que en tu adolescencia jugaste para ganar.

—Eso te lo explicaré otro día, creo que ya he hablado suficiente por hoy.

—Gracias por hacerlo, Luke —Mary le sonrió y sintió un escalofrío

recorrer su espalda. El acercamiento creado en aquella cena, ahora le parecía arriesgado—. Creo que será mejor que me vaya, tengo que recoger a Harry.

—Yo creo que deberías quedarte un poco más —Luke agarró su mano, se levantó y ella hizo lo mismo—. En realidad quieres quedarte.

—¿También puedes leerme la mente? —Mary ladeó la cabeza y lo observó atentamente.

—Mmmm… —Luke entrecerró los párpados—. Claro… estás pensando que empiezo a gustarte más de lo previsto y que esta atracción que existe entre nosotros te da un poco de miedo.

—Te lo tienes muy creído ¿no? —Mary entreabrió los labios y se mordió el inferior, se estaba poniendo nerviosa.

—Siempre voy con la verdad por delante. —Se acercó más, sus cuerpos rozándose, sus alientos fundidos—. No es un secreto que te deseo; me gustas más de lo que deberías gustarme. Y tú te lo estás pensando ¿me equivoco?

Antes de que Mary contestara, los labios de Luke rozaron los suyos, casi en una caricia suave.

—Se te ha acelerado el corazón y parece que el aire no te llega a los pulmones —pasó los pulgares por sus mejillas y echó su cabeza ligeramente hacia atrás para atacar su cuello—. Quieres más, necesitas más, cierras los ojos y me deseas…

Luke siguió el camino de la blanca piel de su cuello para volver a su boca. Mary no le dio opción a distanciarse. Agarró su camisa por la pechera y fue ella quien buscó sus labios con ansia. Se rieron entre besos y se mordisquearon con ganas. Sus lenguas se buscaron con anhelo, necesitadas de contacto.

Y fue demasiado para Mary. Porque algo le ocurría cuando Luke se acercaba a ella, algo que le iba grande, que la frenaba porque sabía que era más de lo que buscaba. Aquel beso sería el final perfecto de una cita y quizá el comienzo ilusionante de algo parecido a un folio en blanco. Una hoja donde empezar a escribir una nueva historia. Mary no se sentía preparada para eso. Se apartó y puso la palma de su mano en el pecho de Luke.

—Tengo que irme —lo miró a los ojos y Luke entendió lo que le pedía, sin palabras. Distancia y tiempo. Le daría un poco de cada, pero no demasiado.

Asintió y la acompañó hasta el coche. Antes de que se metiera dentro volvió a besarla.

—No podrás evitarlo siempre, Mary. Piensa en ello.

Se estaba celebrando una reunión en el despacho de Ron Tirrell, el más alto mando del FBI en Nueva York. Sentados alrededor de su mesa ovalada, ideal para llegar a acuerdos, se encontraban Luke Dalgaard, Mary Olsen, Owen Baker y Kam Barlow. El tema era la próxima operación que liderarían Mary y Luke, empezando por la investigación sobre la, más que probable, red de compraventa de bebés.

Tanto Barlow como Ron, iban un poco vendidos. En cualquier investigación inicial, normalmente contaban con más datos fiables que simples suposiciones para darla por aprobada y dotarla de los efectivos correspondientes para seguir adelante. En este caso debían fiarse de visiones e intuiciones, pero dado que la misma Mary Olsen lo había solicitado, decidieron otorgarles un voto de confianza. Al fin y al cabo, Luke siempre les daba buenos resultados. Iban a apostar por ellos.

—Deberíais presentaros como una pareja adinerada que no puede tener hijos —Ron los miró a ambos—. El FBI os proporcionará una nueva identidad y Owen se encargará de que aparezcáis en internet, en las webs necesarias para cualquiera que os investigue. Ya sabéis, datos personales, estudios, presencia en las redes, experiencia laboral… lo que se puede encontrar, más o menos, de cualquier persona.

—Me ocuparé también de crear informes falsos de infertilidad —intervino Owen—. Vuestros nombres ficticios aparecerán en varias listas de espera de adopción de la ciudad y alrededores. Se supone que hace tiempo que intentáis tener hijos sin conseguirlo.

—Por cierto —Barlow los miró a ambos— también se supone que sois una pareja muy enamorada, o sea que empezad a practicar y lo digo sobre todo por ti, Mary.

—¿Por mí? —Mary lo miró sorprendida— ¿Por qué? No soy tan mala actriz.

—Tienes que aprender a eliminar tus miradas de suspicacia y recelo, eso no casa mucho con la pareja que queremos vender.

—No os preocupéis por eso —Luke le guiñó un ojo a Mary—. Vamos a hacerlo de fábula ¿verdad, cariño?

Owen soltó una carcajada al ver la mirada que Mary le lanzó a Luke, una que prometía venganza.

—¡Atención! —Ron interrumpió sus risas—. Preparar todo esto nos va a llevar unos días, quizá una semana. Os entregaremos una tarjeta para gastos ocasionales, aunque la casa que ocupareis en Rochester ya tendrá el alquiler pagado, se supone que estáis de paso para cambiar

de aires. El piso franco que tenemos allí no da la talla. Debéis aparentar ser gente de pasta pero, si puede ser, no fundáis la tarjeta.

—Tengo otra solución mejor; un amigo mío vive en Rochester —les comunicó Luke—. Le preguntaré por las casas de la zona, está en el negocio y seguro que tiene información fiable. O, quizá, pueda «vendernos» la suya y os aseguro que es una mansión.

—De acuerdo, pero recuerda que vais a viajar de incógnito —le dijo Barlow—. Cuanta menos gente conozca vuestra verdadera identidad, mucho mejor. Yo estaré en continuo contacto con Samuel Craig, ellos siguen manteniendo la vigilancia por la zona, por si detectan cualquier movimiento sospechoso.

Iban a dar por terminada la reunión, cuando a Mary le sonó el móvil. Era un mensaje de Walter Payne. Desde el departamento de derechos civiles también estaban interesados en el tema de la compraventa de bebés y colaboraban cuando podían. Lo abrió para leerlo.

«*Mary, acaba de contactar conmigo un policía de vigilancia, han localizado a Jack Abbott, al menos les ha parecido que coincide con la fotografía. Está en el Rudy,s bar, te paso la ubicación.*»

Mary envió mensaje de respuesta, mientras se levantaba de la silla.

«*Que no lo pierda de vista. Si sale del bar y no hemos llegado que lo detenga; si sigue allí, vamos nosotros ahora mismo*».

Walter le envió la ubicación del bar y Mary se dirigió a Owen.

—¡Owen! ¡Vamos, rápido! Han localizado a Jack Abbott y tengo ganas de hacerle unas cuantas preguntas.

—Voy con vosotros —Luke también se levantó y Mary se encogió de hombros, aceptando sin palabras.

—Pues damos por finalizada la reunión —Ron se levantó también —. Informadme en cuanto lo hayáis interrogado.

Abbott no se movió del bar y cuando Mary y Owen llegaron para detenerlo, acompañados por Luke, no opuso resistencia. Parecía bastante bebido y caminaba dando tumbos cuando lo hicieron entrar en el coche policial. Una vez en las oficinas del FBI, los cuatro sentados en una sala, empezaron las preguntas.

—Tenemos testigos de que el pasado siete de febrero fuiste visto en la plaza *Sherman*, junto a una furgoneta negra, marca *Chevrolet,* modelo *Chevy Van* y matrícula CVL-2115. Te llevaste a un niño de dos años en ese vehículo —Mary le dio los datos observando sus reacciones—. Seguro que sabes de qué te hablo.

Aquel tipo estaba a punto de echarse a llorar. Luke tenía razón cuando dijo que solo era un pringado y éste lo ratificó.

—Fue un encargo para saldar una deuda, no tuve elección —

Abbott se llevó las manos esposadas a la cara—. Oiga, se lo juro… le debía dinero.

—¿A quién le debía dinero? —preguntó Owen.

—A Clint Farnham —Owen tomó nota del nombre para investigarlo—. Es el dueño de un hotel casino de Rochester.

—¿Cuánto dinero?

—Jugué un día en el casino y aposté más de lo que tenía, me quedé sin blanca y con deudas. Cinco mil dólares. Farnham me dijo que ya se lo cobraría y eso hizo. Cuando me pidió que secuestrara a ese niño… yo no quería, de verdad. Pero me amenazaron.

—¿Por qué ese niño en concreto? —preguntó Mary.

—¡Oh! Ellos querían un bebé más pequeño, pero eso resultaba muy difícil, sus madres no les quitan el ojo de encima.

La rabia recorrió a Mary de arriba abajo, solo podía pensar en su hijo y en como un desgraciado como aquel no tenía escrúpulos en robar a un niño.

—¿Conoce a Farnham en persona? —inquirió Owen.

—No, en el casino hablé con uno de sus empleados, con él solo por teléfono, una vez.

Tras unas cuantas preguntas más, solo sacaron en claro que lo entregó, en un punto de encuentro, a una mujer rubia que lo recogió. Nada más. No sabía cómo se llamaba esa mujer, ni nada de su vida. Enviaron a Abbott a la comisaría central, con Barlow, que llevaría a cabo los trámites con la justicia. Intentaría mantenerlo encerrado hasta el juicio. La búsqueda de la llamada del tal Farnham los condujo a un móvil desechable que ya no existía.

*****

Cuando Mary salió de las oficinas para dirigirse a su casa, Luke la esperaba a la salida.

—¿Qué haces aquí? —Mary lo miró con cautela.

—¿Es que un marido no puede venir a buscar a su mujercita al trabajo? —Luke tenía una sonrisa contagiosa en la cara.

—¡Venga, Dalgaard! No te metas tan pronto en el papel, que aún faltan unos días, ya tendrás tiempo para decir cursilerías cuando estemos en Rochester.

—En realidad te debo una cena en un restaurante ¿no?

—Vamos a tener unas cuantas cenas en nuestro próximo viaje —Mary empezó a caminar en dirección a su coche y Luke la siguió.

—Pero las pagará el FBI, yo hablo de esta noche.

—Tengo un bebé que me espera en casa, cosa que pareces olvidar ¿No te gustan los niños, Luke? —Mary no iba a ceder, Nora le había pedido salir un poco antes ese día.

—Claro que me gustan. Podrías invitarme a cenar en tu casa —tanto Luke como Mary se habían quedado parados, de pie, al lado del coche.

—De acuerdo, pero pedimos algo preparado, mis dotes culinarias se reducen a los sándwiches, las patatas fritas y la pasta con salsa de bote… bueno y a los purés de verduras —Mary lo invitó a subir a su coche.

—Pediremos comida a domicilio, no te preocupes.

*****

Nora se marchó en cuanto llegaron a casa y Harry, cogido al cuello de su madre, miraba de reojo a Luke, a la vez que le lanzaba sonrisas provocadoras envueltas de timidez. Una timidez que solía perder en cuanto cogía un poco de confianza.

Mientras esperaban a que llegara la cena, Luke se ganó a Harry. Aquel bebé, que aún no tenía dos años, era más fácil de seducir que su madre; eso pensó Luke mientras le hacía carantoñas y el niño respondía riendo y echando la cabeza hacia atrás.

—Es precioso —miró a Mary que estaba bastante sorprendida. Harry era sociable, pero nunca lo había visto coger tanta confianza con alguien en tan poco tiempo.

—No lo habrás hipnotizado o algo así ¿no? Lo tienes encandilado —Mary se acercó para coger a su hijo, que se resistió agarrándose a la camisa de Luke—. Venga, chiquitín. Hora de dormir.

Mary lo acomodó en su cuna, con su peluche preferido y una pequeña luz azul encendida y el bebé se durmió enseguida. En ese momento llegó la cena y se sentaron a la mesa de la cocina.

—Esto no está mal —le dijo Mary— pero me sigues debiendo una cena en condiciones.

—Cuando quieras.

Luke había estado observando el piso de Mary; aunque ya lo había visto antes, le parecía un batiburrillo de colores y estilos, pero resultaba muy cálido, en contraposición a su firme carácter. Las casas de las personas siempre le daban mucha información de sus habitantes y Mary no era tan dura como parecía. Mucha fachada y más sentimientos de los que dejaba ver. Ella podía ser tan cálida como su hogar, estaba seguro. Solo había que rascar bajo la superficie y eliminar algunas de sus capas de protección.

—¿Le das el aprobado a la decoración de mi casa? Eres muy observador —le dijo Mary.

—Todo parece algo desordenado, pero estoy seguro de que cada cosa tiene su sitio. Es agradable y acogedor. En el trabajo eres más disciplinada que en tu casa.

—Es misión imposible conseguir algo de orden con un niño pequeño por medio y no es algo que me quite el sueño. —Mary levantó su copa de vino—. Brindemos por el éxito de nuestro próximo objetivo. ¡Vamos a lograrlo, Dalgaard!

A ambos les sonaron los móviles a la vez. Les acababa de llegar el mismo mensaje del Jefe Barlow.

«*Últimas noticias de Samuel Craig: les ha llegado un soplo de que es posible que llegue otro bebé adoptado en breve a Rochester, quizá en un par o tres de días*»

—Deberíamos salir mañana mismo hacia allí —a Mary le entraron las prisas y el ansia de ponerse en marcha. Necesitaba acción, la sensación de estar haciendo algo útil.

—¡No tan rápido, *Speedy*! —Luke le cogió la mano—. Lo mejor es seguir los planes de Ron. No podemos presentarnos allí y que nos descubran, todo tiene que estar bien planificado. Paso a paso, Mary.

—Tienes razón, mis impulsos no suelen acabar bien, mejor iremos a tu ritmo, aunque me saque de quicio la lentitud.

Charlaron de todo un poco, Luke tenía la intención de despejar la mente de Mary, quería distraerla para que sus pensamientos descansaran del trabajo y lo consiguió. Bueno, en realidad fue un éxito al cincuenta por ciento con el efecto del vino. Acabaron riendo por tonterías y despedazando el argumento de varias películas. Un necesario paréntesis. Se hizo tarde y Luke deseaba pasar la noche con ella, pero sabía que aún no era el momento.

No pudo eludir la necesidad de despedirse con un beso. Darle algo más en lo que pensar que no fuera trabajo.

—Lo he pasado muy bien, pero será mejor que me vaya ahora o mañana llegarás tarde a trabajar —le dijo Luke—. Acompáñame a la puerta.

Mary echó un vistazo a Harry para constatar que seguía dormido e hizo lo que Luke le pedía. Cuando ya tenía la mano en el tirador, Luke la cogió por la cintura y Mary miró hacia arriba, echando la cabeza hacia atrás, sus ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Voy a besarte —Mary no dijo nada, solo parpadeó. Para Luke fue suficiente.

Luke cubrió la boca de Mary con la suya y se lo ofreció todo. Ni siquiera él sabía cuánto tenía para dar; lo que era, lo que atesoraba, lo que imaginaba y lo que sentía. Mary se aferró a su camisa y las emociones se le acumularon en la garganta. Algo la desbordaba y no era solo el placer. Aquello era distinto y se vio abrumada por tanta intensidad. No estaba preparada para rendirse, quizá nunca lo estuviera. Luke hacía que temblara y eso no le había ocurrido con

nadie más. Sus sentidos parecían un hervidero de estímulos; «demasiado» fue su último pensamiento antes de apartarse como si se hubiera quemado.

Se miraron a los ojos y Mary fue incapaz de abrir la boca. Sin embargo, Luke se comportó como si no hubiera sucedido nada.

—Por cierto, mañana por la mañana nos vamos de compras —le comentó, mientras Mary recuperaba la respiración—. Ron está avisado. No puedes presentarte en un hotel casino lujoso con unos vaqueros rotos. Vas a representar a una mujer rica y necesitamos otra imagen.

—¡Oh! —Mary pensó que parecía idiota, ni siquiera sabía de qué le estaba hablando—. Vale. Hasta mañana.

Luke cumplió su promesa y se presentó en su casa a primera hora. Mary no se había tomado en serio sus últimas palabras y estaba a punto de salir en dirección a las oficinas del FBI. Nora ya había llegado y Harry, que estaba mordisqueando una galleta, lo recibió con una enorme sonrisa desdentada.

—¿En serio vamos a ir de compras? —la cara de fastidio de Mary no podía ser más incomprensible y Luke la miró con las cejas alzadas —. ¿Qué pasa? ¡No soporto ir de compras!

—No he conocido nunca a ninguna mujer que… —empezó a decir Luke, pero Mary lo cortó con rapidez.

—¡No acabes esa frase, Dalgaard! Es de lo más sexista, o sea que muérdete la lengua. Nunca me ha gustado ir de tiendas y que soy mujer salta a la vista. ¡O sea que cierra el pico!

—Perdón, perdón… —Luke levantó las palmas de las manos en señal de defensa—. No quería ofenderte. En ese caso, tómatelo como parte del trabajo. ¡Te toca ir de compras y hay que joderse!

—No seas malhablado, Harry te está escuchando —a Mary se le escapó una sonrisa.

—Si quieres voy en tu lugar —los interrumpió Nora, riendo—. Debemos tener la misma talla y a mí me encanta ir de compras.

—Lo siento, Nora —la frenó Luke antes de que siguiera hablando y la convenciera— pero necesito a Mary, tenemos que hablar de trabajo y podemos hacerlo mientras compramos en la *Quinta Avenida*.

—¿Vamos a ir a la zona más pija y cara de la ciudad? —Mary casi chilló, alarmada— Ron no va a aceptar que nos fundamos la tarjeta en un día, Luke.

—No te preocupes por eso, yo lo hablaré con él.

—Bien… lo siento Nora, te cedería el puesto con gusto, pero parece que tengo que ir de compras.

—Intenta disfrutarlo, mujer —rió Nora— no creo que te salga un sarpullido por eso.

Al final consiguieron salir de casa, Luke sonriente y Mary refunfuñando, pero él pensaba cambiar ese estado de ánimo. No contaba con que lo que le había dicho Mary era totalmente real. No soportaba ir a comprarse ropa, era algo a lo que no prestaba mucha atención.

Por suerte, al ser un día laborable a primera hora, las tiendas estaban casi vacías. Luke la arrastró hasta *Versace, Prada, Bulgari y Louis Vuitton*. Mary empezó el trayecto con paciencia, pero a la tercera parada y arrastrando unas cuantas bolsas de ropa, ya estaba más que harta.

—¡Basta, Luke! Esto es un derroche y no voy a volver a quitarme la ropa ni una vez más —Mary se plantó en la acera, dispuesta a salir corriendo si hacía falta.

—Lo siento pero no hemos comprado ningún vestido de noche y en un hotel casino siempre hay cenas de gala. Tendremos que asistir si queremos descubrir algo allí.

—¡No me expliques cuentos! Lo que yo espero es que cuando estemos cerca, con tus poderes mágicos puedas ver lo que pasa y detengamos a los malos. No creo que necesite llenar un armario de seda y vestidos para eso. ¡Esto es un martirio! —Luke soltó una carcajada, Mary se ponía muy graciosa cuando se enfadaba por aquellas tonterías—. ¡Y deja de reírte! Me siento como *Julia Roberts* en *Pretty Woman* y tú no te pareces en nada a *Richard Gere*. ¡No me gustan los cuentos de hadas, te lo juro!

—Te prometo que compramos el vestido de noche y lo dejamos por hoy.

Al final, fueron dos vestidos y dos pares de zapatos con unos tacones imposibles. Mary le advirtió a Luke que si se mataba con ellos él iba a cargar con los desperfectos. Volvieron a casa de Mary cargados de bolsas.

Lo cierto es que Luke había pasado una mañana muy entretenida. Le había encantado ver a Mary vestida con todos esos modelos elegantes, aunque mientras volvían a su casa y la miraba de reojo, se dio cuenta de que prefería a la Mary de los vaqueros rotos y las camisetas desgastadas. Era su esencia y entendía que se sintiera disfrazada con aquellas ropas de diseño.

Cada vez tenía más claro que se les presentaba un arduo camino por delante, tanto por el caso de los bebés robados como en la relación que estaban empezando y de la que Mary aún no era consciente.

En casa de Mary, Nora se encerró con Harry en su cuarto para distraerlo, mientras Luke y Mary hablaban sobre lo que les esperaba en los próximos días.

—Luke… necesito dejar claras algunas cosas —Mary hizo que se sentara a su lado ante la mesa de la cocina—. Vamos a pasar unos días juntos, vamos a interpretar un papel. Quiero que tengas claro eso. Ayer me besaste y yo… yo no quiero una relación, ahora no. Es importante que entiendas que si volvemos a besarnos, o tenemos que actuar como una pareja enamorada, será solo eso: una actuación.

—Me parece bien… —se acercó a su rostro— deberíamos empezar a practicar para que sea creíble.

Hizo el intento de besarla pero sus labios no llegaron a rozar los de ella.

—¡No tan rápido! —puso la palma de la mano en su pecho— no

tenemos público y te aseguro que no necesitas más práctica.

—Eso es un halago ¿no? —Mary levantó una ceja, escéptica.

—Tenemos que maquinar una historia en común, por si las circunstancias nos hacen hablar por separado —Mary cambió de tema, no quería seguir recordando el beso de la noche anterior.

—Cierto, creo que nos esperan dentro de una hora en el despacho de Ron Tirrell —Luke miró su móvil, tenía un mensaje al respecto, igual que Mary.

—Comemos algo rápido y vamos hacia allí.

*****

—Bien, chicos, aquí tenéis vuestros nuevos carnets de conducir: a partir de ahora sois Ted y Vera Palmer —Ron les entregó su identificación—. Hemos dejado vuestros lugares de nacimiento reales, para no tener problemas con los acentos, a Luke le ha quedado un cierto acento británico por su origen europeo y tú, Mary, tienes un marcado acento de Nueva Inglaterra.

—Me parece bien —Mary cogió el carnet y lo observó, parecía autentico—. ¿Nuestra profesión?

—Tú eres diseñadora de interiores —Ron le mostró la pantalla del ordenador—. Hemos creado una web en la que muestras algunos de tus trabajos y el registro de tu empresa está dado de alta en internet, así como opiniones sobre tus diseños en tu *web*. Ahora te has tomado un año sabático a la espera de poder ser madre, por supuesto no te hace falta trabajar.

—¿Y yo? —inquirió Luke—. ¿A qué me dedico?

—Eres un adinerado hombre de negocios. Tienes una empresa —Ron le mostró también la pantalla con fotografías trucadas de su supuesta empresa, *Palmer Real Estate, S.A*.—. Compraventa de inmuebles y otros negocios agregados.

—Bien, os contaré algo más de nuestra historia —Luke los miró a ambos—. Mary… digo Vera y yo, nos conocimos hace doce años cuando mi empresa la contrató para decorar unos pisos de lujo en Manhattan. Coincidimos en mi empresa, empezamos a salir y enseguida nos enamoramos. Entre nosotros ya comentaremos los detalles para tener una historia que contar, sin flecos ni cabos sueltos. Sería bueno que alguien trucara algunas fotografías de hace unos años y montara una de boda y algunas de nuestro noviazgo para enmarcarlas y llevarlas a nuestra nueva casa en Rochester. Por si algún día tenemos algún invitado inesperado.

—Caray, Dalgaard, piensas en todo —Mary lo miró sonriendo.

—A partir de ahora soy Ted, querida Vera, empecemos a acostumbrarnos. Por cierto —Luke se dirigió a Ron— mi amigo de

Rochester me presta su casa, él estará de viaje. Te pasé la dirección por correo ayer ¿lo viste?

—Sí, ya está todo arreglado, hemos creado nuevos enlaces para que cualquiera, que consulte esa casa por internet, compruebe que está a nombre de los Palmer. Una casa perfecta como tapadera, en eso hemos tenido suerte.

—Sí, y mi amigo ha dado voces por su barrio de que la ha vendido por tener que trasladarse a Europa debido a su trabajo.

Tras poner en común unos cuantos detalles más, dieron por concluida la reunión. Ron desapareció con celeridad y Mary acompañó a Luke a los ascensores.

—¿Te vas a casa? ¿Tienes tiempo para tomar algo? —preguntó Luke.

—Mmm… un café rápido —Mary miró su reloj— no quiero llegar tarde a casa.

Entraron en una cafetería cercana y pidieron dos capuchinos. Se sentaron en una mesa rinconera y mientras Mary echaba un vistazo por la cristalera, Luke llevó una mano al bolsillo del pantalón y sacó una pequeña caja. La dejó en la mesa, delante de Mary.

—Esto también es necesario —aproximó la caja justo hasta las manos de Mary—. Ábrelo.

Mary miró aquella caja de piel marrón, cuadrada y pequeña, con reparo y frunciendo el ceño. No le gustaba lo que parecía. A pesar de todo la cogió y la abrió. Un anillo, que imitaba ser una preciosa antigualla, se encontraba descansando sobre terciopelo. Era perfecto. Seguramente lo había adquirido en algún mercadillo para dar el pego, pero había sido un acierto, parecía auténtico. Era dorado y brillante, lucía un intrincado mosaico de formas, casi un caleidoscopio. Las piedras engarzadas, centelleaban.

—¡Qué bonito! Parece de verdad —dijo Mary—. Supongo que es mi anillo de compromiso, pero con un par de aros dorados hubiera sido suficiente ¿no?

—Esos también los tengo, te los traigo el próximo día —dijo Luke sin separar la vista del anillo. Lo cogió y le pidió la mano a Mary—. Veamos si te va bien.

Lo acopló en su dedo anular de la mano izquierda, lo miró un instante, la hizo levantarse de la silla y la acercó hasta él para besarla. Otra vez y en medio de una cafetería atestada de gente. No por ello dejaron de saltar chispas, cada vez que se acercaban la electricidad hacía de las suyas.

—¿Y eso?

—Hay que dejar sellado nuestro compromiso —Luke le guiñó un ojo como si se tratara de una broma— y practicar para que no nos resulte raro besarnos ¿no?

—¡Vaya morro que tienes, tío! —Mary miró la hora—. Me voy, se ha hecho tarde.

—Nos vemos mañana —Luke se dirigió en dirección opuesta a la suya al salir de la cafetería, donde estaba su coche aparcado.

Mary estaba llegando al suyo cuando escuchó unos pasos correr tras ella y una voz femenina que la llamaba.

Al darse la vuelta, se sorprendió al ver correr a Lana hacia ella, la hermana de Luke que había conocido aquel día en su casa.

—Eres Lana ¿no? ¡Qué casualidad! —Mary le sonrió.

—Hola Mary, no es casualidad. Sabía que Luke estaba contigo en las oficinas y os he visto en la cafetería. He esperado a que se marchara para poder hablar contigo.

—No tengo mucho tiempo…

—Solo será un momento —el semblante de la chica era serio y Mary asintió con la cabeza. Lana miró el anillo que ella llevaba puesto y se restregó los ojos.

—Intenta no hacerle daño, por favor.

—¿Cómo? —Mary no entendía a qué se refería.

—Te hablo de Luke, es mucho más sensible de lo que parece. Se toma las cosas a broma y tiene un carácter amable y sincero. Es más vulnerable de lo que puedas imaginar. No lo ha pasado bien con sus visiones, le han traído muchos problemas y ha visto demasiado.

—Oye, tu hermano me cae cada vez mejor, de verdad. Solo va a ayudar al FBI en un caso, como ha hecho otras veces.

—Esta vez es distinto ¿Aún no te has dado cuenta? —Lana la miró como si le estuviera tomando el pelo. Le señaló el dedo—. ¿Sabes de quién era ese anillo? De nuestra abuela materna. Se lo entregó a Luke en su lecho de muerte y le pidió que fuera para su futura esposa. Si te lo ha dado a ti, es porque eres muy importante para él.

—¡No, no! Lo has entendido todo mal. Estamos haciendo ver que somos un matrimonio, pero todo es una farsa —Mary se miró el anillo —. Creía que lo había comprado en un mercadillo…

—Ese anillo es de diamantes y oro, labrado a mano y muy antiguo. Es muy valioso y Luke lo tiene guardado desde hace años. Un precioso trabajo de orfebrería.

—En ese caso se lo devolveré mañana, seguro que me lo ha dado porque no tenía nada más a mano. Yo misma compraré uno que dé el pego.

—Pues es verdad que no te estás enterando de nada —Lana se encogió de hombros—. Recuerda lo que te he pedido, por favor. Intenta no hacerle daño. Ya ha sufrido bastante.

Lana se marchó dejando por imposible a aquella agente especial, que no le pegaba para nada con su hermano. Luke se había colado por ella. Cuando fue a recoger a sus perros, estuvieron hablando y le había

confesado que era la mujer que estaba esperando… no lo veía claro. Siempre se había imaginado a una especie de princesa para su hermano, no a una chica que llevaba pistola, resultaba áspera y llevaba unos vaqueros que pedían una bolsa de basura a gritos. Decidió que le daría el beneficio de la duda y que la vigilaría de cerca. Lo que tenía claro era que Luke no le hubiera puesto ese anillo a cualquiera.

*****

Por la mañana, Mary volvió a pedirles a sus padres que volvieran para pasar unos días con Harry, quizá una o dos semanas. No sabían cómo se les iba a dar la pesca y, por suerte, sus padres estaban libres y aceptaron encantados. Nora los ayudaría también y combinarían las horas para que no resultara cansado para ninguno de ellos. A Mary le dolía en el corazón tener que despedirse de Harry otra vez, pero era imposible llevarlo con ella. Cuando hubieran concluido ese trabajo, intentaría no salir de las oficinas en una buena temporada, para compensar.

Ese día volvieron a reunirse para comprobar que todo estaba preparado. Owen sería su apoyo continuo a través de la tecnología. Los Palmer tenían nuevos móviles y conocerían su ubicación en todo momento. Su coche llevaba una baliza GPS de seguimiento y en su casa, Luke instalaría un par de cámaras en el salón, que conectarían con ellos. En Rochester, Samuel Craig ya los esperaba y unos pocos policías conocerían la operación.

Llegó el día y Luke y Mary, ahora Ted y Vera, esperaban su vuelo en el aeropuerto, sus voluminosas maletas facturadas y los nervios a flor de piel. Les esperaba una suntuosa mansión en el barrio residencial del *East Avenue, Distrito Histórico de Rochester*. Mary había visto imágenes por internet y se había quedado con la boca abierta. Si con aquella casa no daban el pego de gente de pasta, no sabía con qué lo harían.

El vuelo en primera fue rápido y cómodo. Cogieron un taxi para llegar a la casa. Samuel ya les había alquilado un coche a su nombre, que aguardaba aparcado en el garaje de la mansión, junto a la antigua *Harley Davidson* de su amigo.

Cuando Mary salió del taxi y vio la señorial mansión de cerca, se quedó embelesada. Los jardines que la rodeaban eran como un campo de golf; grandes extensiones de césped adornadas con árboles y flores. La entrada de la casa se sustentaba con cuatro enormes columnas

blancas, unas escaleras centrales para acceder al porche, una gran puerta doble con forma de arco y montones de ventanas con contraventanas de madera oscura, rústica y maciza. Un muro de ladrillo rodeaba la propiedad y, por lo que Luke le había contado, en la parte de atrás tenían una gran piscina y un jacuzzi exterior climatizado. Dos torres se alzaban en las esquinas dando el aspecto de un castillo, así como las paredes exteriores, cubiertas por enredaderas entrelazadas que ascendían sus hojas verdes hasta el tejado.

Se había corrido la voz por la zona, para quién quisiera escucharlo, que la mansión se había vendido y su dueño había trasladado su residencia a Europa. En realidad el amigo de Luke estaba pasando un mes en la costa Oeste, en California, haciendo negocios y disfrutando de unos días de vacaciones.

—¡Estoy impresionada! —Mary miró a Luke moviendo las cejas arriba y abajo—. ¿Cómo puede vivir la gente en un museo como este?

Luke se carcajeó y le pasó un brazo por los hombros.

—¡Bienvenida a tu nuevo hogar, cariño!

—Hoy solo vamos a deshacer las maletas —comentó Luke— necesito poder concentrarme para saber por dónde empezar.

—Podemos relajarnos en la piscina —Mary miró por la ventana de la habitación que había escogido, que daba a la parte trasera—. El agua todavía debe estar helada, pero me gustaría nadar.

—Aún no has visto toda la casa, pero esto no te lo puedes perder —Luke la cogió de la mano y la llevo hacia una escalera que accedía a un pasillo que comunicaba con otra parte más alejada.

—Voy a perderme aquí dentro, ya verás —dijo Mary, cuya orientación siempre había sido pésima—. Esta cabaña es un laberinto.

Llegaron a la parcela que Luke quería mostrarle.

—Aquí lo tienes: Piscina climatizada, jacuzzi spa interior, sauna, baño turco e hidroterapia ¿Qué te parece? Puedes nadar hasta hartarte.

—¡Vaya! Zona *wellness* de lujo, nunca había visto nada igual —Mary lo miró sonriendo.

—Por cierto, puedes ocupar la habitación que has escogido, pero recuerda que somos un matrimonio, deberíamos aparentarlo y dejar algo de tu ropa junto a la mía.

—¿Esperas que alguien entre en «nuestra» habitación de matrimonio a registrar los cajones? No creo que haga falta llegar a esos extremos —a Mary se le escapó una sonrisa—. ¿O es que tus pretensiones son otras?

—Bueno… ya te he puesto el anillo en el dedo, quizá deberíamos practicar —Luke se acercó a ella con claras intenciones de volver a besarla y Mary lo miró confusa.

—Esto no entraba en mis planes de hoy…

—Lo que suele pasar con los planes es que raramente salen como uno espera —Luke la rozó con su aliento y sus manos la acercaron más a su cuerpo—. Me encantaría desbaratar los tuyos.

El beso fue inevitable. Mary no podía pensar y eso la asustaba, no tenía claro si aquel hombre la estaba hechizando o manipulando, pero se sentía en el borde del abismo, dudando entre dejarse llevar y hacer un paréntesis en su vida o reclamar a su mente racional un poco de lucidez. ¿Qué ocurriría si tuviera una aventura mientras durara su estancia en Rochester? ¿Podía inventarse una nueva vida allí durante unos días? ¿Le iba a dejar secuelas tener un lío con él? Se había metido muy a fondo en su papel de madre desde que tuvo a Harry, pero no había dejado de ser una mujer. A veces creía que lo había olvidado, pero la presencia de Luke se lo recordaba continuamente. Le estaba creando necesidades y acostarse con él le parecía, a cada

segundo que pasaba enredada en su boca, una mejor idea. A lo mejor le había llegado el momento de divertirse un poco. Se separó de él con un jadeo.

—Vale, tú ganas. Durante los días que dure este caso, soy tuya. Voy a trasladarme a tu habitación a todos los efectos ¿Qué te parece? —Mary solo sabía ser así de directa y no le iban los rodeos.

—Creo que vamos a pasarlo muy bien, cariño. Acabas de tener una idea maravillosa.

—No tengo muy claro que haya sido mía.

Luke estaba seguro de que ahí tenía su oportunidad con Mary, sus momentos para conseguir más de ella, para conocerla a fondo y acercarse. Aunque se guardaría mucho de mostrarle sus intenciones o sería capaz de salir corriendo de allí. Si tenía que mentir lo haría por una buena causa. Esa mujer le gustaba demasiado.

—Tener una aventura nos hará más creíbles de cara a las personas con las que vamos a conectar, les venderemos nuestra historia con facilidad —la besó de nuevo para sellar ese pacto, que tenía más agujeros que un colador—. Aunque mi prioridad no es esa, como puedes suponer.

Luke pensó que la manera más fácil de mentir es que el otro esté desesperado porque, lo que le digas, sea la verdad. Y Mary no quería una relación, solo una aventura. Empezarían por ahí y luego ya se vería.

—Tengo condiciones —Mary se apartó y lo miró a los ojos—. Nada de cursilerías ni romanticismos, eso se queda para nuestra actuación. En privado, no. Por favor. Es solo sexo, no vayamos a confundir las cosas ¿de acuerdo?

—Por supuesto —no pudo mirarla a los ojos cuando asintió.

—Vamos a la cama —Mary lo agarró del brazo pero Luke la frenó.

—No tan rápido. Esta noche, después de la cena —Luke la detuvo, no dejaría que ella lo convirtiera en algo mecánico y falto de emoción.

—No tienes que seducirme, Luke; ya te he dicho que sí.

—Esta noche —insistió.

*****

A Mary el día se le hizo eterno. Una vez había decidido que iba a acostarse con Luke, iba él y lo posponía. ¡Tenía narices la cosa! No tenía sentido y ella no podía sacárselo de la cabeza. A lo mejor esa era su intención, volverla loca.

Tuvieron una reunión con Samuel Craig para ponerlo al día de su próxima actuación y de sus siguientes pasos. El policía les aseguró que no bajarían la guardia, al contrario, estarían protegidos durante su estancia allí.

—Mañana por la noche visitaremos el casino del Hotel *Gold Palace* —le dijo Luke—. Nuestra intención es llegar a coincidir con el dueño, estoy seguro de que es una de las personas más implicadas en el secuestro de niños. Necesitamos pruebas para detenerlo y hay que ver la manera de conseguirlo.

—Tenemos que ganarnos a su entorno —comentó Mary— crearnos un hueco en la comunidad. La cuestión es que hay que hacerlo rápido, o sea que seremos super sociables con todo el mundo.

—Muy bien, pero intentad que no se os noten mucho las ganas de integraros, no vayan a desconfiar. Tampoco podéis ir diciendo a todo el mundo que estáis intentando ser padres sin conseguirlo, eso podría alertarlos.

—Sabremos hacerlo, no se preocupe Craig —Luke le estrechó la mano y se despidieron.

Luke no volvió a dar señales de que recordara el ofrecimiento de Mary a tener una aventura con él. Se comportaba de forma agradable, pero ella se daba cuenta de lo que estaba haciendo. Besos por sorpresa cuando no los esperaba, caricias inocentes, miradas intensas que prometían cumplir con el anhelo que mostraban… ni una palabra al respecto. Un acercamiento silencioso que los acompañó hasta la noche. Aquellas horas de espera habían conseguido ponerla tan nerviosa como caliente.

Mary llamó a sus padres para saber cómo les iba con Harry. Ambos le dijeron que no se preocupara, que su bebé estaba perfectamente. Era el momento de centrarse en su compañero de piso.

Luke pidió la cena por teléfono, una muestra de exquisiteces muy apetecibles, que regaron con vino hasta llegar a unos postres colmados de chocolate fundido y licor.

—Todo estaba de muerte —Mary se chupó el dedo índice donde había quedado algo de chocolate.

Luke se lo arrebató y fue él quién se lo limpió con la lengua. Un escalofrío recorrió su espalda y su piel se erizó de la cabeza a los pies.

—¿Vienes? —Luke alargó el brazo y le ofreció su mano, mientras se levantaba. Mary hizo lo mismo y Luke la llevó de la mano hasta su habitación.

Estaban en penumbra, la luz exterior colándose en la estancia. Luke recorrió con el pulgar la forma de sus labios, besando las comisuras de su boca y Mary exhaló su aliento casi temblando y sin saber cómo ese hombre conseguía provocarle aquellas reacciones. Intentó ahondar el contacto y Luke se apartó ligeramente. Sus caricias eran suaves, una promesa de lo que vendría y Mary no tenía paciencia. A Luke se le escapó una sonrisa cuando ella se aferró a su cuerpo buscando más. Era lo que esperaba.

Sus bocas se fundieron, sus lenguas bailaron unidas y estalló la pasión como si hubieran escuchado el pistoletazo de salida. Las ropas fueron cayendo a un ritmo acelerado hasta sus pies, piel contra piel, necesitando más. Luke fue subiendo las manos desde sus muslos hasta sus pechos, mientras Mary bajaba las suyas por su estómago en una caricia electrizante.

—Eres preciosa… —susurró Luke, pero ella selló sus labios con los de él, de nuevo. No quería palabras, solo su cuerpo.

Luke bajó hasta sus pechos y atrapó un pezón con los dientes. El gemido de Mary le reverberó en todo el cuerpo y aceleró su deseo. Mary se arqueó y enterró sus dedos entre sus cabellos. Su cuerpo entero vibraba y el ansia le nubló la razón. Ya no podía pensar, solo sentir. Las manos de Luke recorrieron su piel y las piernas empezaron a fallarle. Se dejaron caer sobre la cama y fue entonces cuando aquel encuentro empezó a parecerse a una lucha. Una batalla por dar más, por obtener más, por llevar al límite la necesidad, por acelerar los latidos de unos corazones que bombeaban a toda velocidad. Luke la penetró y aquel vaivén se convirtió en una lenta agonía que se aceleró cuando ella lo rodeó con piernas y brazos. Mary entreabrió los ojos y pudo ver los de Luke, su color miel casi dorado oscurecido, mostrando un anhelo que ella no esperaba. Si intentaba mirar en su interior vería más de lo que ella podía entender. Cerró los ojos y se dejó arrastrar por lo que sentía, por ese cúmulo de ansiedad y necesidad.

Hasta que todo estalló a su alrededor y la vorágine que habían creado los transportó al final de aquella batalla donde solo hubo vencedores.

Se quedaron en silencio recuperando sus respiraciones. Si hubieran subido una montaña corriendo no les faltaría más el aire. Mary apoyó la mejilla en su pecho, a la vez que Luke la rodeaba con el brazo.

—Ha sido… —empezó a decir Luke, pero Mary lo interrumpió.

—Ha sido mejor que la maratón a la que me apunté el año pasado. Al menos he llegado a la meta —Mary lo miró sonriendo, no quería palabras cariñosas y sabía que Luke sería de esos.

—*Jeg elsker dig*...

—¿Cómo? —Mary lo miró con el ceño fruncido, a veces se le escapaban palabras en danés, suponía.

—Nada...

Luke pasó un dedo sobre la piel de su costado en una leve caricia y, al llegar a la cintura, Mary se encogió riendo.

—¡Oh! ¿Tienes cosquillas? —Luke se incorporó dispuesto a hacerla reír. Si, de momento, la cosa no iba a ir en serio, sería como ella quisiera.

Mary acabó riendo a carcajadas y retorciéndose bajo el cuerpo de Luke, lo que los llevó a un segundo asalto casi sin darse cuenta. Mary

se durmió con una sonrisa en la boca y Luke la observó largo rato, sabiendo que habían empezado un camino sin retorno. Lo más sorprendente era que a él le parecía perfecto, cada vez mejor.

*****

—Estamos muy cerca del hotel que nos interesa —le comentó Luke a Mary, mostrándole el mapa en internet— y lo primero es dejarnos ver por los alrededores. He descubierto que, justo al lado, hay un centro de belleza que creo que deberías visitar. Para hacer algunas amistades, ya sabes. Mujeres con ganas de cotillear, sobre todo.

—A veces odio este trabajo —Mary lo observó con el ceño fruncido —. ¿Qué vas a hacer tú mientras yo cargo con toda la faena?

—Yo también voy a trabajar, cariño. —Luke se acercó y la besó en los labios, entreteniéndose más de la cuenta—. Tenemos un campo de golf muy cerca y creo que voy a hacer unos hoyos esta mañana. Y unos cuantos contactos. Ya sabes que a los ricachones les encanta el golf y que les lleven los palos. ¡Ah! Por cierto… he reservado mesa para esta noche en el restaurante del hotel. Cenaremos y después…

—¿Al casino?

—¡Bingo! Intentaremos conocer a Clint Farnham, deberíamos contactar lo antes posible.

—De acuerdo —Mary se había ataviado con uno de sus nuevos vestidos y Luke recorrió su cuerpo de arriba abajo—. Voy a ganarme el pan.

—Estás guapísima, voy a tener mucho trabajo apartando a los moscones que te van a rondar.

—Oye, Dalgaard —lo señaló con el índice mientras cogía el bolso —. No te vayas a poner posesivo conmigo ¿vale? ¡No lo soporto! A los moscones los espanto yo.

—Solo era una broma, mujer —Luke se acercó a ella riendo—. Anda, dame un beso antes de irte… por si alguien nos está espiando por la ventana.

—¡Eres un cuentista! —Mary se acercó y su risa desapareció ante la intensidad del beso de Luke.

Consiguió zafarse de su abrazo y salir de la casa sin mirar atrás y resopló cuando se encontró en la calle. Aquella historia con Luke le iba a traer quebraderos de cabeza, lo veía venir. Mejor centrarse en el trabajo. Decidida, se dirigió hacia el centro de belleza, abstrayéndose en sus zapatos y en no caerse desde lo alto de sus tacones. Había practicado y era todo un arte, tan difícil como andar sobre una cuerda suspendida en el aire.

*****

A primera hora de la tarde, tanto Mary como Luke, llegaron a la mansión, ahora su supuesta casa, casi a la vez.

Mary olía como el pecado, eso pensó Luke cuando se acercó a ella. La observó y la vio distinta. Emanaba una especie de sosiego que no era propio de ella.

—¿Cómo ha ido tu día? —le preguntó y Mary se dejó caer en el enorme sofá.

—Ahora mismo me siento más floja que un espagueti cocido, me acaban de hacer un masaje que no quieras saber… ¡Increíble! Casi me duermo. Me han dejado como nueva. Hasta ahora no sabía que tenía espalda.

—Bueno, me alegro, veo que ha sido un trabajo agotador —le pasó un dedo por la mejilla—. Ahora cuéntame… me interesa saber con quién has hablado.

—¿Has perdido tus visiones, Dalgaard? —ella rió y palmeó el asiento a su lado para que se sentara con ella—. Verás, he coincidido con un montón de mujeres de esas que se pasan la vida en los centros de belleza. Creo que he descubierto, sin querer, un montón de operaciones de estética y… bueno, no voy a aburrirte con eso. ¡Vaya día! ¡Me han depilado las cejas, Luke! Un jodido martirio. Me han depilado toda entera, de hecho.

—¿Entera? —Luke sonrió y Mary le dio un codazo.

—Casi… —Mary resopló con fuerza—. ¿Te puedes creer que me he dejado hacer la manicura? En las manos y en los pies. ¡Y eso no es todo! Me han hecho un tratamiento facial y me han puesto una crema hecha de flores por todo el cuerpo. ¡Huelo como una puta floristería!

—A mi me parece que hueles genial —Luke acercó sus labios y besó su cuello, inspirando—. Mmm... Sí, de maravilla. Espero que tantas torturas hayan servido de algo.

—Teniendo en cuenta que he sido más falsa que un billete de quince dólares, no me ha ido mal. He hablado con muchas mujeres, pero he localizado a un par que creo que son las más cotillas. Casi me preguntan hasta el número que calzo. He ido soltando información aquí y allá. Sin dar explicaciones detalladas, pero he plantado la semilla. Seguro que correrá la voz. Vamos a ser la nueva pareja de moda en la zona, ya verás.

—¿Qué les has contado?

—Que tengo un marido maravilloso, un hombre de negocios guapísimo, y que soy muy feliz con él. Lástima que no podemos tener hijos, ya sabes. Yo he pasado por una depresión debido a ello y nos hemos trasladado a Rochester para cambiar de aires. He dejado el trabajo, de momento, para relajarme. A una de las cotillas le he explicado el rollo de las pruebas de fertilidad y las largas listas de espera para las adopciones y le he suplicado que no cuente nada, que

no me gusta que la gente conozca mis problemas. Me juego algo a que lo hará en cuanto tenga ocasión. Ya me ha dado el nombre de un ginecólogo, un tal Don Quincy, por lo que parece una eminencia en fertilidad. Se lo pasaré a Craig para que lo investigue. ¿Cómo te ha ido a ti?

—Muy bien —Luke apoyó la cabeza en el respaldo del sofá—. He conocido a unos cuantos peces gordos, la mayoría jubilados. Lo cual no significa que no sigan moviendo los hilos de sus negocios. Esta noche vamos a coincidir con Clint Farnham y tú vas a tener un papel importante.

—¿Yo?

—Tú pide champán y haz lo que yo te diga —le guiñó un ojo—. ¡Ah! Y ponte un vestido sugerente, que te vas a ocupar de tirar la caña.

—Vale, Dalgaard, te sigo.

Si a Mary le hubieran dicho que se iba a sentir así de bien representando ese papel, no lo hubiera creído. Aparte de las torturas en el salón de belleza, que se hubiera ahorrado sin dudar, debía reconocer que no estaba mal hacerse pasar por la pareja de Luke. El hombre estaba pendiente de ella, era cariñoso sin ser empalagoso, le prestaba atención y resultaba encantador. Aquel teatro estaba resultando mejor de lo que esperaba, aparte de los beneficios añadidos de tener una relación sexual que la estaba liberando de muchas tensiones.

Estaban a punto de salir a la calle para ir a cenar al restaurante del hotel. Luke había hecho la reserva por teléfono a nombre del señor y la señora Palmer. Mary estaba espectacular. Lucía un vestido largo de color negro, muy escotado, que a partir de la cintura se embellecía con lentejuelas doradas que caían en cascada hacia sus pies, cada vez más tupidas hasta llegar al suelo. Simulaba una lluvia de estrellas y Luke recordaba la negativa de Mary a comprar aquel vestido tan elegante, pero estaba seguro de que había valido la pena. Todo el mundo iba a fijarse en ella, estaba preciosa.

A pesar de estar cerca, utilizaron el lujoso coche y le dieron la llave al botones que se encargaría de aparcarlo. Se dirigieron al restaurante y los acompañaron hasta su mesa. La cena estuvo acorde a la noche que les esperaba. Un menú degustación con platos muy grandes, para contener pequeñas porciones de comida muy elaborada y exquisita, regada con los mejores vinos.

—Después de esta comida —le comentó Mary— lo que más me apetece es volver a casa y dormir.

—Eso no es verdad. —Luke la miró con una sonrisa torcida y le guiñó un ojo—. Cuando volvamos te lo demostraré. Aunque primero nos toca trabajar un poco, ya sabes. Subiremos el telón, practicaremos con la primera escena, degustaremos una copa de champaña en el casino y jugaremos a algo.

El ambiente en el casino era el típico de un establecimiento que ofrece cientos de juegos de azar. Las dimensiones no estaban mal, era bastante grande y lo primero que hicieron fue pasearse observando las mesas de juego, las máquinas tragaperras, las luces de neón y muchos otros detalles. Y dejándose ver.

—Creo que he localizado la mayoría de las cámaras —le susurró Luke a Mary.

—Sí, las veo. —Mary se agarró al brazo que Luke le ofrecía y le sonrió—. No es Las Vegas o *Atlantic City*, pero he de reconocer que

este casino está bien, hay de todo. Ruleta, *blackjack*, póquer, dados, *baccarat*… Y hay bastante seguridad ¿Has visto a los vigilantes? Parecen camareros, pero solo se están moviendo por las salas y llevan pinganillos en el oído. Demasiado para lo que aparenta ser este lugar ¿no?

—Sí, ya me he dado cuenta —Luke le pasó una mano por la espalda desnuda—. Vamos a la mesa de *blackjack*, está a punto de pasar algo allí, lo presiento.

Ambos llevaban sendas copas de cava en la mano y Mary se dejó conducir por Luke. Empezaba a acostumbrarse a que esas extrañas predicciones se cumplieran y cada vez le sorprendían menos. Eso era muy raro en ella, pero es que nada era normal de un tiempo a esta parte. En algunos momentos se colaba en su mente el pensamiento de que se estaba metiendo demasiado a fondo, de que los hombres no se quedaban con ella y, aunque no quisiera eso de Luke, si no tenía cuidado acabaría por pasarlo mal de nuevo. Respiró hondo y procuró centrarse en lo que la ocupaba en aquel momento.

Se acercaron a la mesa en la que se jugaba a *blackjack*. Una pareja muy joven estaba celebrando sus ganancias de la última tirada. Empezaba una nueva mano. La mesa estaba llena, siete jugadores. Luke y Mary se colocaron cerca como observadores. Se hicieron las apuestas al límite establecido por la banca y el crupier empezó a barajar y repartir las dos cartas tras anunciar el «no va más», quedando cerrado el acceso a otros jugadores. El crupier se quedó una carta. El resto se mostraron, quedando expuesto su valor.

Luke se concentró en las jugadas y empezó a memorizar las cartas a la vista, algo que siempre le había resultado fácil. Sabía contar como nadie. Los jugadores empezaron a pedir cartas para acercarse al 21. Un par se plantaron y otro par se pasaron en la primera tirada. La pareja que había ganado la partida anterior debían estar en racha, hablaron entre ellos en la tercera tirada y decidieron doblar la apuesta inicial a cambio de recibir una sola carta, quedando la mano cerrada si se pasaban de 21. Con las cartas descubiertas sobre la mesa, el crupier sacó un nuevo naipe de la baraja y lo dejó al lado. Sumaban justo 21. La pareja estalló en aplausos y se formó un corro a su alrededor, habían llamado la atención con tantos aspavientos, aplausos y risas. La suma ganada era sustanciosa tras doblar la apuesta, cinco mil dólares, lo que ocasionó la retirada de la pareja que decidieron recoger ese dinero y disfrutarlo.

Luke observó como un hombre muy elegante y alto se acercaba a la mesa, observando a todo el mundo. Se aproximó al oído de Mary.

—Ese que se ha colocado a tu espalda y está hablando con el crupier es Clint Farnham ¿Aún te queda champán?

—Sí, voy a por él —Mary le guiñó un ojo y se metieron en su

papel.

Mary se rió a carcajadas, como si se le hubiera subido la bebida a la cabeza y arrastró a Luke de la mano con ella, andando hacia atrás, esperando chocar con Clint Farnham. Luke asintió levemente cuando se encontraba a solo unos centímetros. Mary dio otro paso hacia atrás, hasta topar con la espalda del hombre, que al notar el encontronazo se dio la vuelta a la vez que lo hacía Mary. El cava que quedaba en la copa cayó sobre la pechera del chaqué del dueño del hotel y Mary hizo la actuación de su vida, pidiendo disculpas y simulando estar muy afectada. Se llevó una mano al pecho y abrió mucho la boca y los ojos.

—¡Oh! Lo siento señor… no era mi intención, no le había visto, que mal me sabe estropear su elegante traje…

—No se preocupe, querida; no pasa nada —Clint observó a la belleza que acababa de derramar su bebida sobre él con ganas de estrangularla…, hasta que se fijó bien en ella. Era una mujer muy hermosa, toda ella parecía brillar y sus ojos no podían apartarse de ese escote que mostraba buena parte de unos pechos muy deseables.

—Disculpe a mi esposa —intervino Luke y le ofreció la mano a Clint, mientras un camarero limpiaba los restos de bebida de su traje — creo que ha bebido un poco más de la cuenta.

—No pasa nada, tranquilos —Clint miró al marido. Mala suerte, esa mujer estaba casada, debería haberlo supuesto—. Espero que estén pasando una noche agradable en nuestro casino.

—Por supuesto —Mary puso una de sus manos en el brazo de Clint — ¡¿Este hotel es suyo?! ¡Oh! Es precioso y el casino está muy bien. Hemos cenado en su restaurante.

—Espero que haya sido de su agrado —Clint se mostró amable, ante unos posibles nuevos clientes que, por su aspecto, parecían tener mucho dinero.

—Seguro que repetiremos— dijo Luke—. Nos acabamos de trasladar a la ciudad y nos encanta haber descubierto este lugar.

—¡Vaya! Nuevos vecinos, entonces —Clint siempre buscaba clientes en todas partes, una de sus fuentes de ingresos—. Déjenme invitarles a otra copa, por favor. Para darles la bienvenida. ¿Puedo preguntarle a que se dedica?

—Por supuesto —Luke mostró su sonrisa más amable—. En realidad mis negocios son variados, aunque el más importante está centrado en la compraventa de inmuebles, no sé si le sonará el nombre *Palmer Real Estate, S.A.*

Luke pensó en Owen. Ya que le había creado una magnifica web sobre esa empresa ficticia, al menos que alguien la visitara. Pasó sus dedos por la nuca de Mary y notó como se erizaba su piel. Notaba que estaba algo tensa, que en su mente existían pensamientos que la

alteraban, pero se frenó de intentar ver más. Se lo había prometido e iba a cumplirlo.

—¿Y usted, señora Palmer? —preguntó Clint— ¿Colabora en los negocios de su marido?

—¡Oh! No, no… eso se lo dejo a él —Mary tomó un sorbo de su copa y pensó en las respuestas que habían ensayado—. En realidad ahora no estoy trabajando, aunque soy diseñadora de interiores. Pero me estoy tomando un tiempo de relax para cuidar de la casa.

—Ya veo, va a dedicarse a la casa y a los niños ¿no? —la pregunta de Clint pareció de lo más casual.

—Lo cierto —intervino Luke— es que nos encantaría tener niños, aunque de momento no hemos tenido suerte y hemos pensado que esta ciudad sería menos estresante que Nueva York. Nos apetecía un cambio de aires y yo puedo trabajar desde cualquier sitio o viajar de vez en cuando a mis oficinas, si es necesario.

—Entonces ¿son de la gran manzana? —Clint miró a Mary y detectó una gran tristeza en su rostro, casi como si estuviera a punto de echarse a llorar. Sería por lo de los niños inexistentes. Miraba a su marido y tragó saliva con esfuerzo.

—Sí… somos de allí —contestó Mary y se encogió de hombros, mostrando un intento de sonrisa— necesitaba cambiar de ambiente. Hemos pasado una época algo… estresante.

—Vaya, lo siento —Clint frunció algo el ceño, intrigado, pero no osó preguntar nada más— espero que su traslado haya valido la pena y se encuentren a gusto entre nosotros.

—Seguro que sí —Mary cambió su expresión por una sonrisa muy ensayada—. Y le pido disculpas de nuevo por lo del champán.

—No se preocupe —Clint les hizo un saludo con la cabeza y se retiró.

Luke se arrimó más a Mary y la besó con sutileza.

—Mírame como si estuvieras muy enamorada de mí —le dijo y le sonrió antes de volverla a besar—. Farnham nos está mirando de reojo mientras se aleja. Creo que no acaba de creer en su suerte. Acaba de encontrar una pareja con problemas para concebir, justo lo que más le gusta.

—Esta actuación es de mis preferidas, puedes besarme todo lo que quieras, Dalgaard.

—Ahora mira con disimulo a tu derecha —le susurró al oído— verás una mujer morena y delgada, con un vestido rojo, justo al lado de la escalera.

—La veo —Mary le sonrió y lo besó para disimular y porque le apetecía hacerlo.

—Es la misma mujer que recogió a Toby cuando lo secuestraron, la tal Sandra Grave. La que lo cuidó hasta que lo entregaron a los padres

adoptivos. Seguro que ese no era su nombre real, desde luego.

—¿Qué? —Mary se puso en tensión y Luke le apretó la cintura, debía recordar no llamar la atención—. ¿No era rubia?

—Se ha teñido el pelo, creo que debe hacerlo con asiduidad para cambiar su aspecto, por si la policía la busca en algún momento. Me parece que es «muy amiga» de Clint Farnham.

—O será que te equivocaste cuando la viste en tu cabeza —Mary lo miró con escepticismo y repasó a la mujer. En ese momento se movió en dirección a los baños—. Se dirige hacia los aseos, voy a coincidir con ella allí. Espérame aquí.

—De acuerdo, ve con cuidado —le besó una mano antes de dejarla ir—. Y antes era rubia, Olsen.

Mary caminó hasta los lavabos y al entrar se encontró a la mujer retocándose los labios ante el enorme espejo. Ella hizo lo mismo, por suerte había guardado un lápiz en su pequeño bolso.

Miró de reojo a la mujer y reconoció que era atractiva y ese color de labios tan rojo era bonito, aunque ella no se lo pondría ni en carnaval.

—Perdona… —ambas mujeres se miraron a través del espejo—. ¿Puedo preguntarte dónde has comprado ese pintalabios? ¡Me encanta ese color!

—Claro —la mujer le sonrió con gesto afable— lo cierto es que en este mismo hotel tenemos un centro de belleza y una pequeña tienda que vende sus productos.

—¿Tenemos? —Mary abrió mucho los ojos con sorpresa— ¿Acaso eres la dueña de este precioso hotel?

—No exactamente —la mujer le guiñó un ojo— digamos que soy muy «amiga» del dueño. Creo que ya lo conoces, te he visto hablar con él hace un momento.

Mary se dio cuenta de que la mujer era muy observadora y estaba en todo, iría con pies de plomo para cazar a aquella arpía. Luke tenía razón, tenía una relación con Clint Farnham.

—¡Oh, sí! Vaya torpeza la mía. Le he tirado el contenido de mi copa sin querer, creo que he tomado alguna de más esta noche y no lo he visto, estaba a mi espalda —Mary alargó la mano hacia ella—. Por cierto, soy Vera Palmer, encantada de conocerte. Clint me ha caído genial.

—Yo soy Rachel Adkins, encantada —la sonrisa de la mujer le pareció totalmente impostada—. Si quieres puedo indicarte como llegar al centro de belleza y a la tienda.

—Claro, me encantaría —Mary empezaba a cansarse de ese papel tan poco sustancioso, pero siguió en ello, tenía que acercarse a esa alimaña—. Por cierto, Rachel. ¿Tienen también peluquería? Me refiero a que sea de confianza, me encanta el color de tu pelo y necesito que

me corten las puntas.

—Está en el centro de belleza mismo —Rachel miró hacia el techo haciendo memoria— creo que tengo hora pasado mañana. Si quieres puedes venir conmigo y te presento a las chicas, son un encanto y te dejarán preciosa. Me cansé del pelo rubio y este color me favorece.

—Me harías un gran favor, acabamos de instalarnos y casi no conozco la ciudad, pero vivimos muy cerca del hotel. —Mary recordó el comentario de Luke, "antes era rubia". Él volvía a tener razón.

—Deduzco que el hombre que te acompaña es tu pareja ¿no? —otra sonrisa de anuncio acompañó la pregunta de Rachel.

—Sí, es mi marido, Ted Palmer —Mary suspiró y cerró un segundo los ojos— el mejor hombre que conozco.

—Me alegro por ti —Rachel y Mary salieron juntas del baño—. Recuerda, pasado mañana a las diez de la mañana en la entrada ¿Te parece bien?

—Perfecto, muchas gracias Rachel, eres un amor —cuando se giró para volver con Luke borró la estúpida sonrisa de su cara. Si esa mujer hubiera imaginado, solo por un momento, las ganas que tenía de verla entre rejas, hubiera salido corriendo.

Mary se acercó a Luke y se colgó de su brazo.

—Tengo una cita con Rachel Adkins pasado mañana para ir juntas a la peluquería —le susurró al oído y aprovechó para besarle el cuello —. Esto no está pagado, Luke, odio pasarme los días en centros de belleza; aunque debo reconocer que lo de los masajes no está nada mal.

—Al menos conseguirás relajarte; no te quejes cariño.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Tú y yo acudiremos mañana a una exposición de arte que he visto anunciada. Es una pequeña galería que promociona el hotel, creo que tiene una vinculación especial. Quizá el dueño esté también involucrado, no hay que descartar a nadie.

—Esto se me va a hacer eterno…

—Roma no se construyó en un día, cariño. Un poco de paciencia, hay que hacer contactos, dejar caer las migajas como señuelo y hacernos interesantes para ellos. Todo se andará.

—¿Nos vamos a casa y lo dejamos por hoy? Mis pies están emitiendo alaridos, aunque tú no los oigas —Luke se echó a reír y estrechó su cintura.

Llegaron a la casa y Mary se descalzó justo al entrar.

—¡Aaah! ¡Es maravilloso andar descalza!

—Ven. —Luke la cogió de la mano y la llevó hasta el enorme sofá —. Siéntate y pon tus pies sobre mis piernas.

Luke se sentó cerca y cogió sus pies descalzos, mientras Mary

recostaba su cabeza en uno de los brazos del sofá. Cerró los ojos y empezó a emitir gemidos de placer al notar los dedos de Luke recorrer el empeine y la planta, masajeando sus tobillos…

—No me digas que también eres masajista… —Luke rió sin contestar, pero sus manos empezaron a subir por sus pantorrillas hasta la corva trasera de sus piernas—. ¡Dios, Luke! Me estás poniendo muy caliente y solo has llegado a las rodillas.

—¿Nos quedamos aquí o vamos a la cama?

—No voy a moverme ahora —Mary se incorporó y agarró a Luke de la camisa para acercarlo a ella, hasta que lo hizo caer sobre su cuerpo—. Ven aquí y bésame con ganas. Con muchas ganas. Y júrame que las cámaras no están en funcionamiento.

—Están apagadas, te lo prometo.

Mary pensó que aquella relación no había que sufrirla, sino disfrutarla y eso iba a hacer. Ya había decidido que era inútil intentar sacarse de la cabeza lo que se le estaba incrustando en el corazón. Luchar contra ella misma era una necedad. Dejarse llevar era una necesidad.

Luke notaba, sin querer, sus inquietudes. Una batalla se libraba en su interior y, en algún momento, llegarían las palabras, pero ahora tenía la ocasión de acercarse a ella, de dejar salir lo que sentía cuando la besaba, de hacerle el amor e intentar que no se alejara. El sexo era más fácil que asimilar lo que sentía, aunque Luke tenía claro que la complicidad y la intimidad te acababan dejando sin defensas, en el fondo era una putada. Intentaría que aquella necesidad que sentían el uno por el otro se convirtiera en una oportunidad.

Se amaron en silencio sin saber que se amaban, se entregaron sin adivinar que se estaban dando. Mary gimió al notar que le quitaba el vestido. Cuando sus senos quedaron al descubierto Luke los cubrió con su boca y Mary se agarró a su pelo. Sus labios descendían con lentitud, dejando un rastro húmedo y caliente sobre su piel encendida. Apagando fuegos y encendiendo nuevas llamas. La intensidad era tal que temieron estallar en mil pedazos con la primera embestida. Se frenaron para centrarse en disfrutar del momento, hasta que el placer se impuso y los arrastró con él.

Cuando Luke la miró, los labios de Mary estaban hinchados de tantos besos, su piel brillante por la pátina de sudor, sus párpados entrecerrados y su respiración entrecortada. Como la suya.

—*Jeg elsker dig* —le salió sin pensar y Mary cerró los ojos.

Otra vez esas palabras que no entendía. No iba a preguntar por su significado, no quería saberlo.

Estaba demasiado impactada como para tener más sorpresas, porque se acababa de dar cuenta de algo que, muy en el fondo, ya sabía. Se había enamorado de Luke Dalgaard y no era capaz de ver más allá de la aceptación de lo que se gestaba en su interior. De momento, era más que suficiente. Esperaba que cumpliera su palabra y no conectara con sus emociones y las viera en colores. Eso sería desastroso.

—Mary —Luke se acercó a ella en la cocina, mientras preparaban el desayuno— creo que iré solo a la galería de arte y tú deberías pasarte por el gimnasio del hotel. Es de acceso a todo el mundo si te matriculas, no hace falta que estés hospedado allí. Eso lo he buscado en internet.

—¿Voy a ir al gimnasio? —Mary se dio la vuelta y Luke aprovechó para besarla—. ¡Eso ya me gusta más! ¿A qué se debe el cambio de planes?

—Rachel va a estar allí, puedes hacerte la encontradiza.

—¿Cómo sabes que Rachel va a estar…? ¡Oh, déjalo! Lo has «visto» ¿no? —Luke asintió, mientras ella pensaba que nunca se acostumbraría a eso—. De acuerdo, voy a preparar una bolsa con mi equipo pijo de marca carísima.

—Nos vemos a mediodía y ponemos en común lo que hayamos averiguado —Luke le sirvió café y le puso un poco de azúcar, como a ella le gustaba.

Luke tenía razón, para variar. Mary llegó al gimnasio del hotel, pagó un bono para un mes (que esperaba no aprovechar por estar de vuelta en Nueva York) y, en cuanto salió del vestuario, detectó a Rachel entrando en la clase de zumba. ¿Zumba? A Mary le encantaban el *crossfit* y las máquinas; la cinta de correr, la elíptica, el remo y las poleas; incluso pegar a un saco de boxeo… pero en su vida había hecho una clase de zumba. Esperaba no hacer el ridículo. Rachel no la había visto y Mary se quedó en la parte de atrás. Eran un total de quince personas, doce mujeres y tres chicos jóvenes. Mary fue siguiendo los ejercicios al ritmo de la música y tuvo que reconocer que aquello cansaba más de lo que parecía y eso que estaba en forma. En uno de los giros, Rachel se fijó en Mary. En cuanto acabó la clase, se acercó a ella.

—Hola, Vera —le sonrió, inclinando la cabeza— no pensaba encontrarte aquí hoy.

—¡Hola, Rachel! Yo tampoco esperaba verte, la verdad —Mary se secó la frente con la toalla que llevaba colgada al cuello—. Ha sido un impulso, siempre me ha gustado hacer ejercicio y lo necesito para rebajar tensiones; al menos, eso dice mi psicólogo. Ayer me fijé en todo lo que ofrece vuestro hotel y me pareció que era una tontería buscar otro gimnasio.

—No es muy grande, pero tenemos de todo —Rachel la miró interesada—. ¿No te has traído a tu marido?

—Lo he intentado, pero estaba más interesado en ver una

exposición de arte que vio anunciada ayer. Creo que está a tan solo un par de calles de aquí. También quería hacer algunas llamadas; aunque se está tomando unos días libres por el traslado, no lo dejan tranquilo. No paran de llamarlo desde las oficinas, siempre tienen algo que preguntarle.

—Ya me comentó Clint que es un importante hombre de negocios, eso debe ocupar mucho tiempo —Mary notó el interés de Rachel y contestó con cuidado. No quería hablar más de la cuenta.

—Demasiado para mi gusto, no sé cómo va a solucionarlo el día que tengamos hijos —Mary cerró los ojos un momento, su expresión de tristeza estaba más que ensayada en el espejo—. No quiero que vean a su padre solo cuando ya sea la hora de ir a dormir. Aunque de momento… no tengo ese problema. ¿Tú tienes hijos?

—¡No, no! Nada de niños, de momento —Rachel soltó una risa poco creíble—. Son preciosos, pero prefiero disfrutar de la compañía de Clint, por ahora. No hace mucho que vivimos juntos.

Rachel se quedó con ganas de preguntar más, pero no le pareció oportuno insistir. Vera le parecía una mujer que tenía todo lo que quería, excepto esos hijos que parecía anhelar. ¿Por qué no los había tenido aún? De momento prefirió no indagar, no quería que notara su interés en el tema, no podía fiarse de nadie. Lo mejor era conocer a los posibles clientes con antelación y no llevarse sorpresas desagradables más tarde.

Mientras tanto, a unas calles de allí, Luke se paseaba por la galería de arte, observando una colección de pinturas abstractas que le decían entre poco y nada. Un cuadro blanco con una raya negra con los bordes desiguales. Una combinación de colores oscuros componiendo una cuadrícula distorsionada. Colores difuminados cruzados por círculos negros entrelazados. Bueno… para gustos, colores. A Luke aquello le parecía un poco una tomadura de pelo, pero había quien pagaba verdaderas fortunas por ellos. Su vista se iba desviando de las pinturas para observar a los visitantes. Tras una hora de deambular por las salas, cuando ya iba a salir, apareció el hombre que estaba esperando, Clint Farnham, acompañado de otro hombre, con el que iba charlando.

—¡Señor Farnham! —exclamó y ambos alzaron la vista hacia él—. ¡Qué casualidad!

—Llámeme Clint, por favor —se acercó a estrechar su mano—. Le presento a Kaleb Millard, el dueño de la galería. Este es el señor Ted Palmer.

—Mucho gusto; espero que le agrade la exposición, señor Palmer —comentó el tal Kaleb, observando a Luke con interés.

—Debo decir que el arte abstracto no es mi preferido, aunque entiendo que permite conectar al ser humano con su interior de una

forma menos forzada que el realismo —Luke soltó una de esas parrafadas en las que no creía, pero que sonaban como si supiera de lo que estaba hablando.

Por supuesto, la respuesta de Millard estuvo en consonancia.

—Eso es cierto —dijo Kaleb—. Este arte intenta promover el espíritu contemplativo y acoger la dimensión estética de la obra como un valor autosuficiente.

Luke pensó que aquel era un tipo pretencioso, elitista y *snob,* que parecía salido de una selección de los millonarios de la jet que posaban para la prensa rosa. Comentaron algunas de las obras y Luke supo que resultaría más creíble si compraba uno de aquellos cuadros. Eligió el que le pareció más agradable a la vista y pidió que se lo enviaran a su casa cuando cambiaran la exposición. Pensó en colgarlo en alguna pared de la casa de su amigo y esperaba que no se lo devolviera.

A mediodía volvió a encontrarse con Mary en casa. Comentaron lo sucedido por la mañana y pusieron en común sus impresiones.

—Esos dos son muy amigos —le dijo Luke— se nota su complicidad, creo que se entienden cuando se miran, ya sabes. Tienen secretos, de eso estoy seguro. Los averiguaré. Voy a ver que esconde ese Kaleb Millard. También le pediré a Owen que lo investigue ¿No es raro que me haya preguntado si tengo hijos? Demasiado interés en el tema.

—¿Qué le has contestado?

—Solo que estamos en ello, no quería alertarlos; si no los han pillado hasta ahora es porque son muy cautelosos.

—Pues yo he coincidido en clase de zumba con Rachel ¿Te lo puedes creer? —le preguntó Mary haciendo un mohín.

—Ya te dije que estaría en el gimnasio. ¿Habéis hablado? —Luke la cogió de la mano, salieron al exterior y se sentaron en la zona del césped de la piscina de la parte trasera de la casa. Se acomodaron en sendas tumbonas.

—Estoy hablando más que en toda mi vida… le he explicado cómo nos conocimos, nos enamoramos y nos casamos, todo muy edulcorado y maravilloso. Después de la clase de zumba me ha invitado a tomar un zumo de frutas y verduras; era el momento ideal para las confidencias, para ofrecerle unas migajas más. Le he dado a entender que estamos intentando tener hijos, pero que nos está costando. No he dado más explicaciones, resultaría raro sin tener confianza.

—¿Has notado su interés en el tema?

—Sabe disimularlo bien, no te creas —Mary sacó su móvil del bolsillo de su pantalón—. He desviado el tema como si se me hubiera escapado, no quiero que desconfíe. Seguro que ahora mismo nos están

investigando.

—No lo dudes.

—Voy a llamar a mi casa, quiero saber cómo está Harry.

—Hazlo desde el móvil de prepago, recuerda que no puedes usar el de Vera Palmer para llamar a tu casa.

Mary le hizo caso y estuvo un rato charlando con sus padres. Le pusieron a Harry al teléfono y escuchó su balbuceo durante un rato mientras le dedicaba palabras cariñosas. Cuando colgó tenía lágrimas en los ojos, a punto de desbordarse.

—¡Eh! Ven aquí —Luke percibió con claridad su congoja, se veía a simple vista, y la abrazó—. Lo echas de menos, ya lo sé. Recuerda que estás aquí por una buena causa ¿vale? Les devolverás sus hijos a algunos padres y eso no tiene precio.

—Lo sé… pero es difícil separarme de él, es como si fuéramos uno. Es muy pequeño todavía.

—Intentaremos ser rápidos en resolver esto ¿de acuerdo? —Luke la besó en los labios y le ofreció el consuelo que necesitaba—. Sabes que es más seguro que Harry esté con sus abuelos y apartado de esta gente.

—Claro —Mary se restregó los ojos sin recordar que iba maquillada y se emborronó la cara con la máscara de pestañas, lo que provocó una sonrisa en Luke—. Mañana he quedado con Rachel en la peluquería. Seguro que cogeremos más confianza, es lo que tienen esos sitios, que no haces más que hablar mientras pierdes el tiempo. Hoy le he dicho a Rachel que me aburría un poco en casa, ya que mi marido se pasa la vida colgado al teléfono por sus negocios.

—Bien —Luke se estaba aguantando la risa, hasta que no pudo aguantar más y se echó a reír.

—¿Qué pasa?

—Busca un espejo y me lo cuentas tú, oso panda.

*****

Mary tenía tantas ganas de ir a la peluquería como de pegarse un tiro, pero intentó mentalizarse: aquella visita formaba parte de su trabajo. Llegó puntual y Rachel ya la esperaba en la puerta. Se saludaron y entraron en el centro de belleza, directas a que se ocuparan de sus cabellos. Mary llevaba una media melena negra como el azabache, que se había recortado ella misma en más de una ocasión por falta de tiempo para ir a la peluquería. En cuanto el estilista observó sus cabellos se llevó las manos a la cabeza.

—Vamos a dejarte como nueva, querida —el chico cogía los mechones y los observaba de cerca—. ¿Este es tu color? ¡Es fantástico! Pero vamos a darle un toque especial con unas mechas en tono caoba.

Desfilaremos las puntas para darle un aire informal y moderno, pero elegante.

—Bien… —Mary no tenía muy claro si eso sería bueno, pero le daba un poco igual—. Intenta no cortar mucho y el resto como te parezca. Tú eres el experto, lo dejo en tus manos.

Rachel y Mary se sentaron, una junto a la otra, mientras los estilistas se ponían manos a la obra. Estuvieron comentando lo que a ella le parecían bobadas, hasta que los peluqueros se alejaron y las dejaron en un rincón bajo unos calentadores para acelerar el proceso del tinte. Tenían una hora por delante para charlar. Empezaron hablando del tiempo, pero pronto Rachel volvió al tema de los hijos. Intentaba ser sutil, pero Mary ya esperaba esas preguntas y era el momento de confiarse.

—Quizá no debería hablar de esto, pero es que estoy muy preocupada —Mary se metió en su papel como si fuera una actriz consumada—. Llevamos demasiado tiempo intentándolo y no hay manera.

—¿Os habéis hecho pruebas de fertilidad? —Rachel le cogió la mano al preguntarlo, como si fuera su mejor amiga.

—La verdad es que ya hace tiempo y todos los resultados fueron buenos —Mary se encogió de hombros—. Quizá sea mi estrés, por eso he dejado de trabajar, para poder relajarme. Aunque estoy casi segura de que no va a funcionar. Ya son casi cuatro años y mi regla sigue llegando puntualmente cada mes.

—¿Habéis pensado en la adopción? —Rachel soltó la pregunta y miró a Mary a los ojos.

—¡Si yo te contara! Estamos apuntados en varias listas de espera, pero te aseguro que es lo más lento que he visto en mi vida. Desesperante, de verdad. —Mary consiguió dejar escapar una lágrima, no sin esfuerzo—. Les llamo cada mes para preguntar, pero no avanzamos. Y eso que no les he puesto pegas, incluso si me dan un niño que no sea un bebé. Pero nada. Cuando nos asignen a uno, aún quedará otro largo proceso de doce meses o más, antes de que la adopción pueda ser finalizada en el tribunal de justicia.

—Supongo que todo esto también te genera estrés, debe ser agotador —los comentarios de Rachel parecían auténticos y a Mary le entraban unas ganas tremendas de ponerle unas esposas, pero debía controlarse y seguir actuando.

—Claro, imagínate… —Mary recordó los pasos que se había estudiado—. Escoger a las agencias, presentar solicitudes, historiales médicos, historial criminal y verificación de antecedentes a través de la policía, entrevistas en nuestra casa para que valoren el entorno y aprueben nuestro hogar, elaborar todo tipo de documentos con nuestros abogados… te aseguro que todo se acaba convirtiendo en un

circo de tres pistas emocional. Todo es un gran lío burocrático, pero nadie piensa en los sentimientos de los futuros padres.

—Lo siento por vosotros, de verdad. Nos conocemos hace muy poco, pero me parecéis una pareja encantadora y me sabe mal que tengáis que pasar por todo esto —Rachel hacía muy bien su papel de amiga compungida, pero Mary era capaz de ver un destello pérfido y ladino en el fondo de su mirada—. ¿Habéis pensado en una adopción privada? Por lo que parece el dinero no sería un problema ¿no?

—Ya tuvimos esa idea, claro —Mary se llevó una mano a la boca, como si estuviera muy afectada—. Ojalá solo fuera cuestión de dinero. Fue horrible.

—¿Qué pasó? —Ahora Rachel estaba verdaderamente interesada.

—Nuestro abogado nos sugirió la adopción privada a través de un caso que conocía. Se trataba de una chica muy joven y sin recursos. Se quedó embarazada, el padre se desentendió y ella no quería al niño. Iba a darlo en adopción y pensamos que era una buena oportunidad. La conocimos, pactamos un precio y acompañamos a la chica en la parte final de su embarazo. Teníamos todo el papeleo preparado y muchas esperanzas. —Mary miró a Rachel y puso su mejor cara de tristeza y amargura—. Estuve en el parto, Rachel. Ese iba a ser mi hijo, pero su madre se lo pensó mejor. Una vez que lo tuvo en sus brazos nos dijo que no era capaz de desprenderse de él. Y yo lo entendí, claro. ¿Cómo no iba a hacerlo? Fue muy duro… mucho.

—Oye… quizá me estoy metiendo donde no debo, pero conozco a un abogado que ha tramitado varias adopciones con éxito. —Rachel puso su mejor cara de no haber roto un plato en su vida y Mary tuvo que concederle el mérito por su actuación—. Es una casualidad, pero nos conocemos desde hace años y es de confianza. Lo cierto es que trata muchos otros temas, pero recuerdo que algo así salió en una conversación. Es muy amigo de Clint, por eso te lo digo. Si te interesa puedo preguntar.

—De acuerdo —Mary lo dijo como si lo hiciera casi por compromiso y decidió que era suficiente. Mejor cambiar de tema—. Por cierto, me dijo Ted que se encontró con Clint en una galería de arte que hay cerca de aquí.

—Sí, lo sé. El dueño es amigo nuestro, Kaleb Millard, hace unas exposiciones fantásticas.

Los peluqueros les apartaron los secadores, les lavaron la cabeza, les cortaron el pelo y, cuando Mary se miró al espejo, casi no se reconoció. Parecía a punto de ser fotografiada para una revista. Estuvo a punto de torcer el gesto, pero pensó que aquellos chicos tan amables no se lo merecían. Cuando creía que ya podían irse, se pusieron a maquillarlas. Mary se juró internamente que, cuando aquello acabara, nunca jamás volvería a entrar en un centro de belleza. Estaba

cubriendo el cupo hasta que cumpliera los noventa y su paciencia se agotaba rápido.

La sorpresa se la llevó cuando, al salir, se encontró a Luke esperándola.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Hola a ti también, mi amor —Luke se fijó en que Rachel no perdía detalle de cómo se mostraban al estar juntos. Le daría material para que no dudara de ellos. Se acercó a Mary y la besó largamente—. He venido a buscarte para invitarte a comer por ahí. No sé bien qué te han hecho, pero estás preciosa.

—Gracias, cielo —Mary se giró hacia Rachel—. Nos vemos pronto Rachel, seguro que volvemos a coincidir en el gimnasio. Y gracias por todo, de verdad. Nos llamamos.

Se despidieron y se alejaron paseando.

—¿Nos llamamos? —repitió Luke—. ¿Ya os habéis dado los teléfonos? Esta amistad avanza rápido.

—No solo eso —Mary estaba pletórica—. Hemos hablado de adopciones privadas, de un abogado que conoce… no sé, Luke. A veces me parece que igual desconfían de nosotros y nos ponen a prueba.

—Creo que todos nos estamos poniendo a prueba y vamos a comprobarlo. Llama a Owen y dile que verifique si nos están investigando. Ya sabes que tiene controlada toda la información que hay en internet sobre Ted y Vera Palmer, él los ha creado. Sabrá exactamente quien se interesa por nosotros y desde dónde lo hace.

Mary hizo la llamada y su amigo les certificó lo que ya suponían. Aquella pareja de delincuentes estaban buscando información sobre ellos en internet. Habían entrado en las webs de sus negocios, habían visto sus estudios, incluso algunas pruebas médicas. Estaban en la fase de adquirir la confianza necesaria para dar un paso más. Y ellos los estarían esperando.

Clint Farnham y Rachel Adkins estaban desnudos en la enorme cama de su suite en el hotel, sudorosos y recuperando la respiración. Clint abrió la botella de *Moet & Chandon Brut* que descansaba en la cubitera con hielo y lo sirvió en las copas de cristal tallado.

—Tenía razón el monje benedictino que inventó esta bebida —le dijo Rachel, sonriendo—. «Estoy bebiéndome las estrellas»

—Eso es una leyenda, querida —rió Clint y brindó chocando sus copas—. Aún no me has explicado cómo te ha ido con la señora Palmer esta mañana.

—Como suponíamos están deseando tener hijos y dice que están apuntados en varias listas de espera. Tenemos que investigar eso y comprobar que sea cierto —Rachel se echó la melena hacia atrás y se incorporó para besar el pecho de Clint—. Creo que tenemos un buen negocio a la vista, mi amor. Y parece que tienen mucha pasta.

—O quieren que lo creamos, no te aceleres —Clint era más desconfiado—. Demasiada buena suerte ¿no crees? aparecen de la nada y quieren adoptar. Es casi un regalo para nosotros.

—Pero ese chico que conoces, el hacker, los está investigando ¿no? —Rachel vació el resto de la copa de un trago—. Y no ha encontrado nada sospechoso. Creo que hemos tenido un golpe de suerte, nada más.

—Después de lo que pasó con Toby, el hijo de los Jacobs, no puedo fiarme de nadie. No llegaron hasta nosotros porque los padres de adopción solo trataron con nuestro abogado y les dio un nombre falso, creo que Paul Robertson o algo así; pero ahí tienen una pista y no dudo de que estén investigando.

—Pues yo creo que Vera Palmer, o es una actriz consumada, o realmente está desesperada por ser madre y lo será gracias a nosotros. Su marido la estaba esperando a la salida y te aseguro que se les ve muy enamorados. Ese hombre tiene algo especial en la mirada que te traspasa, no sé explicarlo.

—¡Eh! ¿Qué haces fijándote en el marido de otra? —Clint le dio una palmada en el trasero y Rachel se echó a reír—. ¿No tienes suficiente conmigo?

—Mientras me sigas llenando la copa de estrellas, soy tuya y lo sabes. Aunque nunca te hayas casado conmigo —Rachel le puso morritos, ese era un hecho que le seguía escociendo a pesar de que el dinero fuera su mayor prioridad.

—Quizá tengas razón —Clint obvió el comentario y volvió a llenar las copas—. Pediré que hagan algunas averiguaciones más y, si todo es correcto, vamos a lanzarnos, pero con precaución. No dejaremos de

estar vigilantes, por si acaso.

—Me parece bien —Rachel dejó la copa en la mesilla y se sentó a horcajadas encima de Clint—. Pensar en la comisión que vamos a llevarnos me pone muy cachonda…

*****

Pasaron tres días más, en los que parecía que el tiempo se había detenido. Desayunaban en la cocina y Mary apuraba su café. Luke le pedía que tuviera paciencia. Le aseguraba que el próximo paso lo darían Clint y Rachel, pero ellos lo propiciarían.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —Mary estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba, no era su mayor virtud—. Llevo casi una semana separada de Harry, no voy a aguantar mucho más. Si esto no se acelera voy a hacer un viaje rápido a Nueva York para ver a mi hijo.

—Te entiendo, cariño, de verdad —Luke la abrazó y Mary hundió la cara en su pecho inspirando esa fragancia que desprendía y que parecía calmarla—. Vamos a dar una fiesta en casa.

—¿Una fiesta? —a Mary eso de dar fiestas esnobs le venía grande —. ¿Y a quién vamos a invitar? No conocemos a casi nadie aquí.

—Esa es la razón de la fiesta. Estoy seguro de que hay alguien más por encima de Clint y Rachel en este negocio de los bebés. Si damos esa fiesta acudirá, estoy seguro de que tiene curiosidad.

—Vale, ya veo tus intenciones —Mary lo observó ladeando la cabeza—. Queremos dar una fiesta, lo comentamos con Clint y Rachel, les decimos que traigan a sus amigos para ir conociendo a nuestros vecinos y el grupo al completo se va a presentar en nuestra casa ¿no?

—Exacto —Luke la besó y la arrinconó contra la puerta de la nevera—. Bésame y olvídate un rato de los problemas.

—¿No has tenido suficiente esta noche? —Mary subió las palmas de sus manos hasta sus hombros y le rodeo el cuello con sus brazos.

Sus lenguas se enredaron en un baile lento y la temperatura de sus cuerpos subió como ocurría cada vez que se acercaban. Mary pensaba que cualquier día iban a desaparecer por combustión espontánea y solo encontrarían sus cenizas. Pero su cabeza no sabía frenar cuando algo estaba allí dentro dando vueltas como una noria. Se apartó y lo miró.

—¡No tengo ni idea de cómo preparar una fiesta para esa gente! Son un atajo de pijos redomados que lo único que van a hacer es criticarnos.

—¡Cómo si eso te importara! —Luke se echó a reír—. Contrataremos el mejor catering de la zona y servirán exquisiteces. La casa ya sabes que está acorde a nuestra supuesta escala social, es una

mansión. Tú te adaptarás al papel de una perfecta anfitriona. Solo nos falta darle algún que otro toque personal al salón. Para eso necesitaremos a Owen.

—¿Qué vas a pedirle?

—Recuerda que ya le pedí que retocara fotografías nuestras y nos preparara algunas antiguas como si estuviéramos juntos y una de nuestra boda. Esa es importante.

—Me acuerdo, pero iba justo de tiempo y no lo hizo.

—Nos las ha enviado al móvil hace unos minutos. Vamos a imprimirlas y a decorar parte del salón con ellas.

—Bueno —Mary miraba en ese momento las fotos en su móvil—. Estábamos bastante guapos en nuestra boda. No hubiera elegido ese vestido en la vida, pero ya me vale.

—Lo mejor será que nuestro perfecto salón va a estar embellecido con cámaras y grabadoras ocultas. No se nos va a escapar nada de lo que aquí ocurra.

*****

—¿Seguro que todo está bien? —Mary no podía parar de dar vueltas por el salón, preguntándose si habían acertado al preparar aquella fiesta o lo que fuera que estaban organizando. En su cabeza era una especie de tela de araña dispuesta para dejar a sus presas enredadas entre los finos hilos de su esperanza: salir victoriosa.

Se suponía que era para darse a conocer en el vecindario y a Clint y Rachel les pareció un acierto. En tan solo un par de días habían convocado a un buen número de amistades, todos ellos gente adinerada, que estaban encantados de conocer a los nuevos dueños de aquella mansión. El propietario anterior se había despedido y se había mudado en tiempo record y lo único que sabían era que sus negocios lo habían llevado a vender su casa y trasladarse a algún país europeo con urgencia. Esperaban a unas treinta personas y Mary hacía esfuerzos por no morderse las uñas. Al fin y al cabo llevaba una perfecta manicura y sería una pena destrozarla.

—¿Quieres calmarte? —Luke se acercó a ella y le rodeó la cintura con un brazo para acercarla a él y besarle el cuello—. Los del catering saben lo que hacen y lo están preparando todo de maravilla. Tú y yo vamos a limitarnos a hacer el papel de nuestra vida, cariño. Relájate y disfruta de la fiesta. Hoy conocerás al cabecilla de la organización.

—No entiendo cómo puedes estar tan seguro y tan tranquilo —Mary se dejó llevar por los labios de Luke y se acercó más para besarlo en la boca.

—Espera y verás —le susurró él en respuesta.

Mary consiguió relajarse un poco. Clint y Rachel llegaron con algo de antelación para presentarles a sus amistades. Varias mesas rectangulares y redondas se exhibían, diseminadas por el salón, mostrando bandejas repletas de apetitosos canapés y *delicatesen.* Gran variedad de quesos, pescados ahumados, caviar, combinaciones exóticas de sabores y otras de dulces y pastelillos. Copas dispuestas para ser colmadas de los mejores vinos y licores. Algunos camareros, contratados para la ocasión, se pasearían entre los invitados para ofrecerles refrigerios y bebidas.

En ese momento, tras algunos comentarios intrascendentes, Rachel se acercó a la foto de boda de Ted y Vera Palmer.

—¡Vera! Me encanta tu vestido de novia, es precioso —Mary agradeció mentalmente a Owen que hubiera buscado un modelito que le favorecía a su cara y que fuera tan bueno con esos montajes fotográficos, a pesar de que a ella ese vestido le parecía un disfraz.

—Sí ¿verdad? —Mary se acercó también, rogando porque no se notara el apaño—. Lo cierto es que lo vi y supe que era para mí.

—Estáis muy guapos los dos —Rachel echó una mirada apreciativa hacia Luke—. ¿Cuánto hace de esa foto?

—Cinco años —contestaron Luke y Mary al unísono. Por suerte no habían olvidado su falsa historia en común. Se miraron y sonrieron, felicitándose en silencio por la sincronización.

—La casa es preciosa, no habéis cambiado nada ¿verdad? —Rachel era quien siempre tenía la siguiente pregunta a punto.

—Nos apetecía tanto mudarnos enseguida que dejamos nuestra casa en Nueva York tal cual está, así seguimos teniendo vivienda en la gran manzana, para cuando se nos antoje pasar unos días allí —Luke fue quien contestó y en ese momento llamaron a la puerta.

Llegaron ocho personas y a partir de ese momento, y en el intervalo de veinte minutos, comparecieron el resto de invitados. Todo fueron presentaciones, saludos y comentarios de compromiso. Bonita casa, que primavera tan agradable, que pareja más adorable, que manjares más apetecibles y otras lindezas…

Una mujer mayor, que les presentaron con el nombre de Natalie Millard, de setenta años y que utilizaba una silla de ruedas, llegó acompañada de su hijo, Kaleb Millard, que no era otro que el dueño de la galería, al que Luke ya conocía.

Natalie se mostró enseguida muy interesada en Vera Palmer y la hizo sentar a su lado para conocerla mejor. A Mary le pareció una señora muy agradable, una abuelita muy bien conservada. Su pelo, blanco como la nieve, lucía un moño bajo. Iba ataviada con sus mejores galas y un valioso collar de perlas y esmeraldas. Se mostraba encantadora y muy interesada por el traslado a Rochester de aquel matrimonio tan cordial.

—Mi hijo ya me comentó que había conocido a Ted, tu marido, en la galería de arte —le sonrió y Mary observó una perfecta y blanca dentadura, seguramente postiza—. Kaleb quedó sorprendido por la compra del más valioso de los cuadros.

—Como puede ver ya le hemos buscado un lugar privilegiado—. Mary señaló hacia la chimenea. Sobre ella el cuadro abstracto no acababa de encajar, pero quisieron colgarlo como si aquella pintura les gustara.

La conversación giró en torno a los intereses de Vera Palmer y el tema de los hijos volvió a aparecer, aunque Mary fue muy discreta al respecto.

Luke le hizo una señal a Mary, un guiño con el que habían pactado encontrarse en la cocina, si tenían alguna información relevante que poner en común.

—Discúlpeme, señora Millard —Mary se levantó—. Me requieren en la cocina, será un momento.

—Tranquila, querida —la mujer le dio una palmadita en la pierna —. Debes atender a tus invitados, no te preocupes por mí.

Mary se dirigió a la cocina con disimulo y encontró a Luke en la puerta que daba al jardín. La cogió de la mano y salieron al exterior, lejos de oídos indiscretos.

—Es Natalie Millard.

—¿Cómo?

—La cabecilla del grupo… —Luke alzó las cejas varias veces—. Es ella: Natalie Millard.

—¿Pretendes que crea que una mujer de setenta años, incapacitada, es el cerebro de un grupo de delincuentes y secuestradores de bebés?

—Tal cual, pero ha conseguido engañarte. Ni tiene setenta años, ni está impedida. Esa mujer puede correr más deprisa que tú. Y su cabeza funciona perfectamente. Me refiero a que es lista, no a que tenga buenas ideas.

—¡Venga, ya, Dalgaard! No puedo creerlo.

—Intenta ser disimulada cuando vuelvas a hablar con ella, que no vaya a notar ahora tu interés.

—No te preocupes por eso, voy a cambiar de trabajo después de este caso y me matricularé en arte dramático. Creo que he equivocado mi profesión.

—Será mejor que volvamos, no sea que nos echen de menos, que somos los anfitriones.

Volvieron al salón por separado y Rachel se acercó a Mary, acompañada de uno de los invitados, que al parecer había llegado con retraso.

—Vera, querida, acaba de llegar el señor Farrell Dale —Mary acercó su mano para estrecharla con la suya—. Es el abogado del que te hablé, seguro que tenéis mucho que comentar.

Rachel se apartó y Farrell Dale se quedó ante Mary, luciendo una sonrisa que a ella le resultó siniestra. Serían imaginaciones suyas, pero la recorrió un escalofrío. Estaba segura de que aquel abogado era el «Paul Robertson» que atendió a los padres adoptivos de Toby, Daniel y Serena. Ahora estaría grabado con las cámaras del salón y podrían comprobarlo con ellos. Ya tenían su cara, aunque quizá no su verdadero nombre. Quién sabía si era Farrell Dale o no.

—Rachel me comentó que estaban interesados en adoptar un bebé ¿No es cierto? —su voz era grave y cavernosa.

—Bueno, sí, lo comentamos —Mary fue cautelosa— aunque deberíamos hablar de ello en otro momento y con mi marido. Es una decisión de los dos, como puede suponer.

—Desde luego —Dale le sonrió de nuevo y a Mary le pareció más falso que una moneda de dos caras—. Solo quería aprovechar esta estupenda fiesta para presentarme y dejarle mi tarjeta. Su marido y usted pueden ponerse en contacto conmigo cuando gusten.

—Muchas gracias, señor Dale —Mary cogió la tarjeta y la dejó sobre la repisa de la chimenea—. Nos pondremos en contacto, se lo aseguro.

—Si me disculpa, me gustaría saludar a la señora Millard, una mujer encantadora, por cierto.

—¡Oh, sí! ¡Encantadora! —repitió Mary y se llevó la copa a los labios para apurar el vino blanco de un trago. Necesitaba algo más fuerte. Aquella puesta en escena se le estaba atragantando por momentos.

Luke decidió que lo mejor era ponerse en contacto con Farrell Dale lo antes posible. Si estaban representando a una pareja desesperada por tener hijos y se les ofrecía una oportunidad, era lógico que tuvieran prisa.

Él mismo llamó a Dale al día siguiente de la fiesta, casi a mediodía. Farrell contestó al teléfono y les dijo que pasaría por su casa esa misma tarde. Luke intentó obtener la dirección de su despacho, pero Dale le dio evasivas y le dijo que esa tarde hablarían, que no era necesario que ellos se desplazaran, ya que él tenía que hacer unas gestiones. Mary volvía a estar alterada, pero era debido a que empezaba a ver la luz de un posible final. Si pactaban un precio con el abogado y les ofrecía un bebé, empezarían a tener pruebas factibles para llevarlos ante la justicia y desmontarles el negocio. Pero antes debían encontrar las relaciones entre los implicados y pillarlos a cada uno en su papel. Si conseguían una orden para poder registrar sus ordenadores y su suite en el hotel, estaba segura de que hallarían más de una prueba. De momento tenían las grabaciones de las cámaras de la fiesta del día anterior y todos los rostros y detalles de los más que posibles implicados. Owen debía estar ocupado con las grabaciones.

Puntualmente, llamaron a la puerta y Luke abrió para encontrarse a un elegante Dale, provisto de un maletín, que le estrechó la mano.

—Adelante, pase…

—Gracias —Dale vio llegar a Mary y le dedicó otra de sus extrañas sonrisas—. Mucho gusto señora Palmer, encantado de volver a verla.

—Pase, por favor —Mary le indicó la dirección— nos sentaremos en el salón y podemos hablar allí.

Luke sirvió unas bebidas y Dale no tardó en entrar en materia.

—Verán, tengo constancia de un bebé de dos meses que necesita ser adoptado. La madre quiere entregarlo, pero no lo ha ofrecido a los centros de adopción, porque quiere que los padres adoptivos tengan un alto poder adquisitivo. Ella es muy pobre, necesita el dinero para poder subsistir hasta conseguir un trabajo decente y se ha decidido por una adopción privada.

—Vaya —Mary parecía compungida y en parte lo estaba— escuchar estas historias me produce mucha tristeza, debe ser horrible tener que desprenderte de tu hijo por no poder mantenerlo. Supongo que querrá conocernos, en el caso de que aceptemos adoptarlo.

—¡Oh, no! Prefiere no tener ningún contacto, desea olvidar que esto ha sucedido, olvidar que ha tenido una hija; es una niña, por cierto. Pero la madre ya no la tiene con ella, sería demasiado duro para ella. De momento está viviendo con una canguro que hemos

contratado hasta que la niña esté con sus padres, que espero sean ustedes. Aunque pueden estar tranquilos, les entregaremos un informe con todos los datos de la madre, su expediente médico y antecedentes de enfermedades familiares o cualquier otra cosa de su interés.

—En realidad usted no nos conoce —dijo Mary y notó la mirada de advertencia de Luke, debería frenarse y no hablar más de la cuenta—. Me refiero a que debe necesitar una serie de garantías para entregarnos a la niña ¿no?

—Claro, claro —Dale les ofreció otra de sus siniestras sonrisas—. Que son ustedes una pareja bien avenida, se observa a simple vista y es algo que ya pude comprobar ayer. Su nivel económico es notable, comprar esta mansión ya es suficiente garantía. En cuanto a sus trabajos, nos hemos permitido la licencia de buscar información por internet y hemos comprobado que tiene usted unos negocios muy fructíferos, señor Palmer. Solo quedaría firmar el contrato, pactar el precio y que ustedes pasen el test que se nos exige para formalizar la adopción.

—Eso no será problema —Luke se mostró solícito— ni el precio tampoco, pagaremos lo que nos pidan. No vamos a regatear con lo que nos cueste conseguir tener un hijo, por fin. Es nuestro sueño y valdrá lo que ustedes decidan.

—¡Ay, Ted! —Mary se acercó más a él y le cogió la mano—. No puedo creerme que esto vaya a ser real, parecía que no iba a llegar nunca.

Se besaron y Dale carraspeó. A Luke casi se le escapó la risa y Mary estuvo a punto de darle un codazo.

Farrell Dale sacó los impresos de su maletín y los futuros padres, con sus falsos nombres y datos inventados, rellenaron formularios, pactaron un precio y quedaron en que les avisarían de los próximos pasos.

Cuando Dale se marchó de su casa, Luke se acercó a las cámaras que habían estado grabando la entrevista, le sacó la lengua a la más cercana y se despidió antes de desconectarla. Igualmente, Mary se despidió de Owen y Ron Tirrell, su compañero y su jefe en el FBI, que habían estado escuchando toda la conversación.

*****

—¡Van a pagarnos un montón de pasta! —Rachel estaba entusiasmada—. Ya podemos avisar a Natalie para que ponga en marcha la maquinaria.

—No bajemos la guardia hasta que todo esté bien atado —Clint no quería mostrar entusiasmo hasta que no quedaran flecos—. He hablado con Natalie esta mañana, ya tienen localizado al bebé, es una

niña de dos meses, ya le dio los datos a Dale hace unos días.

—¿Cómo van a hacerlo? —se interesó Rachel.

—Natalie tiene localizada a su canguro en *Brockport*, a unos treinta kilómetros de aquí. La chica está muy apurada y le ha prometido un buen fajo de billetes si la secuestra y se la entrega —Clint hablaba en voz baja, a pesar de estar en el casino, no quería oídos indiscretos—. A lo sumo, todo estará solucionado en un par de días.

—Esperemos que la canguro no se eche atrás —Rachel pasó una mano por la espalda de Clint y le susurró al oído—. Deberíamos hacer un largo viaje después de esta transacción, nos lo merecemos ¿No crees?

—Siempre quieres más, Rachel —Clint le mordió el labio inferior —. Nunca tienes bastante y… eso me gusta de ti. No te preocupes por la canguro; Kaleb me ha dicho que tiene muchas deudas y está enganchada a la coca y otras sustancias. Eso es un seguro de que no va a fallar.

*****

—Si no dejas de dar vueltas voy a atarte a una silla —Luke se acercó a Mary y la sujetó por los brazos—. ¡Cálmate!

—Esto me está superando, Luke, de verdad —Mary se restregó los ojos, esa noche casi no había dormido—. Solo pensar que van a secuestrar a otro bebé y que vamos a permitirlo por un bien mayor, me saca de quicio. ¿No hay otra manera?

—Deberías saber que lo mejor es cogerlos con las manos en la masa, eso es una prueba incuestionable.

—Lo entiendo, pero no puedo dejar de pensar en el bebé y en sus padres —Mary enderezó los hombros, estaba muy tensa—. Soy capaz de ponerme en su lugar porque yo también tengo un hijo y que te lo roben debe ser algo muy difícil de soportar.

—Pensemos en lo que resultaría más creíble ahora —le dijo Luke —. Ponte en el lugar de la madre adoptiva que no puede tener hijos ¿Cómo te sentirías?

—Eufórica, supongo —Mary se encogió de hombros—. He conseguido lo que quería.

—Bien. Piensa en quién ha propiciado que esto pueda hacerse realidad.

—La primera que me ofreció ayuda fue Rachel, una zorra muy astuta, por cierto.

—¡Chssst! —Luke se llevó el dedo índice a los labios— que no se te escape algo así, recuerda que es tu primera amiga en Rochester y que te ha presentado a un montón de gente, lo mismo que Clint ha hecho conmigo. ¿Qué deberíamos hacer ahora?

—¿Darles las gracias por ser tan amables y buenos amigos? —Mary puso cara de asco—. ¡Puag! De verdad que esto me revuelve las tripas.

—Pero vamos a hacer lo que debemos: llamarlos, contarles las novedades como si no las supieran e invitarlos a una copa para celebrarlo ¿No te parece?

Eso hicieron, pero la invitación corrió a cargo de Clint y Rachel, que los invitaron a celebrarlo en la terraza del restaurante del hotel.

Allí se encontraron aquella misma noche, ocupando una esquina, aislada con unos bonitos biombos y rodeada de plantas. Los focos alumbraban los sofás bajos de mimbre decorados con almohadones de colores suaves y la mesilla central. Los cuatro degustaban exóticos cócteles con alcohol, aderezados con frutas y hielo picado.

—Brindemos por la pronta adopción de ese bebé, que ha tenido la suerte de dar con los que serán unos perfectos y amorosos padres — Rachel levantó su copa y a Mary le entraron ganas de coger la suya y arrojar su bebida en la cara de esa demente, aunque se detuvo a tiempo.

Luke estaba muy cerca e intentaba darle la calma que necesitaba, aparte de controlar que el papel de Vera Palmer no se le fuera de las manos.

A Mary le rondaba algo por la cabeza. No hacía más que darle vueltas a un tema. Esperar a tener una orden para registrar la suite de aquellos dos, podía tardar. La burocracia era lenta, casi tanto como la justicia. Y esa habitación estaba en el ático de ese hotel, tan solo a unos pisos en dirección vertical; la chaqueta y el bolso de Rachel descansaban en una esquina del sofá en el que ella estaba sentada. Había visto como la mujer guardaba las llaves en el bolsillo de su chaqueta cuando se la había quitado y esas llaves la estaban llamando a gritos. Inspiró hondo y se decidió a actuar. Lo sentía por Luke, porque lo que iba a hacer no estaba en el guión, pero ella era agente federal y podía tomar la decisión sin tenerlo en cuenta, él solo estaba colaborando con ella.

Así justificó lo que estaba tramando y calculó como ponerlo en marcha. Observó la colocación de su bolso y el de Rachel; estaban cerca, así como sus chaquetas. Cogió su propio bolso mientras seguían comentando los detalles de la adopción y Mary sacó su móvil, le echó una rápida mirada, como si esperara algún mensaje y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. La conversación era animada y aprovechó el momento en el que todos reían, a causa de una ocurrencia de Luke, para dejar su bolso y, a la vez, colar su mano en la chaqueta de Rachel, coger la llave de la suite y guardarla en el bolsillo de su pantalón, todo ello con premura y sin apartar la mirada de las caras de sus acompañantes, vigilando que no la vieran.

Su corazón se aceleró como si hubiera corrido una maratón y fuera a salir volando por su garganta; bombeaba en sus oídos y el pulso le reverberaba en todo el cuerpo. La adrenalina corría por sus venas con aceleración. Esperaba que en cualquier momento le reclamaran la llave que acababa de «coger prestada», pero eso no ocurrió; nadie se había fijado. Aunque Luke le echaba miraditas como si quisiera preguntarle algo. O advertirle. Había corrido el riesgo de estropear toda la operación, pero no había pasado nada.

—Si me disculpáis, voy al baño —rogó que a Rachel no se le ocurriera acompañarla y tuvo suerte. Miró a Luke con una sonrisa para tranquilizarlo—. Vuelvo enseguida.

En cuanto se supo fuera de su campo de visión, corrió hacia los ascensores, mirando el número de habitación que llevaba colgado la llave: 601, sexta planta, suite 1. Entró ella sola y subió hasta arriba de un tirón, sin que nadie parara el ascensor. Miró a ambos lados del pasillo. A la derecha, una camarera con un carrito con bebidas y un servicio de cena se dirigía en sentido contrario al suyo. Se fijó en los números de las puertas y enseguida encontró la 601, el número grabado en una placa dorada en la puerta. Las manos le temblaban. Cerró un momento los ojos, inspiró con fuerza e intentó calmarse.

Abrió la puerta de la suite y entró. Encendió la luz. Era una habitación lujosa y enorme. Una gran sala con sofás curvos, pesadas cortinas dobles, una mesa ovalada y cuatro sillas, un mueble con un gran televisor y una puerta que daba al dormitorio y al baño. En uno de los rincones, incluso había un piano de cola. Lo registró todo con la mirada a gran velocidad, para constatar que estaba sola. Entró en la habitación, tras apagar la luz del salón y encender la lámpara pequeña de una mesilla. La cama era para cuatro, eso pensó Mary al ver las dimensiones. A los pies descansaba un gran baúl de piel marrón. Estaba cerrado con llave y no podía entretenerse. Varias butacas estaban repartidas por aquel enorme espacio y un inmenso vestidor rebosaba de ropa, zapatos y bolsos, cerrado con puertas de persiana. Al baño solo le echó una ojeada rápida, no creía que allí hubiera nada escondido.

Controlando los minutos en su reloj de pulsera, abrió cajones, uno tras otro, buscando algo que delatara a aquellos dos. No quería desordenar nada, no debía dejar rastro de que alguien había entrado a curiosear. Entonces se fijó en un portátil en un pequeño escritorio antiguo, ubicado cerca de uno de los ventanales, en una especie de mueble de separación. Abrió los cajones y al palpar en la parte superior del interior, encontró un *pendrive* escondido en un hueco. Lo cogió y no pudo evitar conectarlo al portátil. Lo puso en marcha y, por suerte y descuido de sus dueños, no tenía protecciones especiales. Mary había aprendido mucho de Owen y sabía cómo acceder a un

ordenador saltándose la contraseña. Un documento llamado «*BB.xlsx*» contenía una relación de nombres y apellidos, fechas de entrega y recogida, columnas de cifras en dólares, direcciones y números de teléfono y contactos puntuales. Mary supo que tenía en sus manos una valiosa prueba de los delitos de aquel grupo de secuestradores de bebés. En otro documento pudo ver facturas escaneadas e historiales médicos.

Entonces escuchó pasos que se acercaban. Su corazón revivió de nuevo y casi dejó de respirar. Miró su reloj a la vez que extraía el *pen* y lo guardaba en uno de sus bolsillos. Se había entretenido demasiado. Uno no tarda tanto en ir al baño. Antes de poder reaccionar, escuchó claramente como se abría la puerta de la suite. Ella estaba en la habitación y el único lugar donde podía esconderse era bajo la cama o en el armario vestidor. Apagó la luz y se decidió por el armario. Era muy amplio y cerró la puerta de tablillas. Desde la parte interior podía atisbar gran parte del interior de la habitación. Le parecía que los latidos de su corazón debían oírse a kilómetros de distancia.

Sacó su móvil del bolsillo con mucho cuidado, le quitó el sonido y le envió un mensaje a Luke.

«*Estoy habitación Clint - Rachel, creo k me van a descubrir. Tengo pendrive pruebas. SOS*»

*****

Luke empezaba a ponerse nervioso. Mary había desaparecido diciendo que iba al baño hacía casi quince minutos. Algo estaba ocurriendo. Hizo un intento de verla en su mente, pero era difícil concentrarse mientras aquella pareja no dejaban de hablar y preguntar. Luke intentaba disimular, aunque no podía dejar de echar miradas al fondo del salón, esperando ver aparecer a Mary. Hasta que Rachel también la echó de menos.

—¿Estará bien Vera? —le preguntó a Luke— hace mucho rato que ha ido al baño ¿verdad?

—Seguro que se está retocando el maquillaje —Luke quiso quitarle importancia al hecho, mientras adivinaba que Mary estaba siguiendo algún impulso.

—Sí, será eso —Rachel cogió su móvil y se puso la chaqueta, el aire acondicionado estaba demasiado fuerte. Como hacía siempre metió la mano en el bolsillo derecho y echó en falta las llaves de la suite. Se quedó helada con la suposición que le vino a la mente. Envió un mensaje a Clint a través del móvil y éste lo leyó enseguida, mientras seguía charlando con Luke.

«*Creo que Vera me ha robado la llave de la suite y no está en el baño. Sube a ver. A lo mejor nos hemos equivocado*»

—¡Oh! Acabo de recordar que debía comentar un tema urgente con el chef del restaurante y se me ha olvidado —Clint se levantó llevándose las manos a la cabeza—. No os mováis, por favor, vuelvo enseguida.

Clint desapareció y Rachel no tardó mucho en hacer lo mismo, con otra excusa sin sentido. Al quedarse solo, Luke cerró los ojos y se concentró en Mary. Fue entonces cuando vio claramente dónde se encontraba y llamó con urgencia a Samuel Craig, el jefe de policía, para alertarlo de que tenían un problema gordo. Al mirar el móvil vio el mensaje de Mary y se levantó como un resorte.

Se dirigió hacia el interior del hotel, intentando ver el piso y el número de la suite, ya que Mary no lo había puesto en el mensaje.

De pronto, una visión clara se hizo nítida en su cabeza: ¡Estaba encerrada en un armario y corría peligro!

Mary se guardó el móvil de nuevo en el bolsillo y pudo ver a Clint entrar en la habitación, ya que había encendido la luz de la enorme lámpara, de lágrimas de cristal, que colgaba del techo.

El hombre notó enseguida un olor distinto, tenía buen olfato y allí había entrado alguien, más concretamente Vera Palmer, reconocía ese aroma cítrico que siempre la acompañaba. Rachel tenía razón, seguro que le había robado la llave y estaba escondida. Allí no había demasiados rincones ocultos, o sea que la encontraría enseguida. Echó una rápida mirada al baño; estaba vacío. Bajo la cama no había nadie. Entonces se fijó en la tapa levantada de su portátil; él siempre la dejaba cerrada. Ahora no quedaban dudas. Lógicamente, el armario era su siguiente opción. Se acercó y Mary supo que no serviría de nada ocultarse tras las ropas, la iba a localizar en pocos segundos.

Antes de acercarse más, Clint rebuscó en el fondo del último cajón de la cómoda y sacó una pistola. Mary observó entre las tablillas, con el corazón bombeando como un caballo de carreras en la recta final, como Clint cargaba el cartucho en el cargador, lo introducía en la empuñadura y tiraba de la corredera hacia atrás. A punto para disparar. Estaba a tan solo un apretón de su dedo índice, para que la fina línea que separaba la vida de la muerte, dejara de existir. Saber que podría estar muerta en unos segundos la hizo reflexionar. A lo peor, ese absurdo impulso de solucionar las cosas por su cuenta, iba a dejar huérfano a su hijo. Se le pasaron mil pensamientos por la cabeza en esos segundos. Lo que iba a perder, lo que la iba a echar de menos su hijo si moría, lo que podría haber sido con Luke y no sería. Fue consciente de las miles de veces en que debería haber disfrutado más de la vida y la había dejado pasar sin más. Se prometió que, si salía de aquella, iba a comerse la vida a bocados. No quería morir y ni siquiera iba armada para defenderse. Tendría que tirar de imaginación, no creía que Luke llegara a tiempo.

Clint abrió la puerta del vestidor y se encontró a Vera Palmer con los ojos abiertos como platos, y las manos alzadas en señal de rendición.

—¡Lo siento, lo siento, Clint! —hizo todos los esfuerzos posibles por conseguir unas lágrimas y no le resultó muy difícil, estaba muy nerviosa—. Sé que no debería haber entrado en vuestros dominios a fisgonear.

—¿Eres policía? —fue la directa pregunta de Clint.

—¡Por supuesto que no! —Mary estaba dispuesta a conseguir la actuación de su vida, pero Clint era desconfiado por naturaleza—. ¡¿Cómo se te ocurre pensar algo así?!

En ese momento llegó Rachel y los miró espantada.

—¿Qué haces aquí? —Rachel la señaló con el dedo y la miró con furia—. ¡Me has robado la llave! ¿De qué mierda va esto?

—Os ruego que me perdonéis, por favor, solo ha sido un impulso por… desconfianza —Mary consiguió sollozar de verdad, estaba asustada—. Nadie consigue bebés tan rápido y me ha parecido muy sospechoso que tuvierais a ese amigo abogado. Si adopto a un bebé quiero que todo sea legal, que tenga garantías ¿entendéis? Si me dejáis marchar no diré nada de esto, os lo juro. Si me matáis os cogerán; antes o después acabaríais en la cárcel. El mejor trato es mi silencio.

—Avisa a Natalie de que aborte la operación —Clint le ordenó a Rachel, que asintió y se marchó corriendo, mientras él la miraba con el ceño fruncido. Se dirigió a Mary—. No me fio de ti.

Mary sabía que estaba a un segundo de morir si a ese loco le daba por apretar el gatillo. Buscó en su interior toda la tristeza que pudo reunir y se dejó caer al suelo, casi desmayada, en una actuación de diez de un verdadero ataque de histeria. Chillaba y lloraba, suplicaba y se estiraba de los cabellos, diciendo a gritos que la dejara marchar, como una persona perturbada. Clint pensó que iban a oírla y no tardaría en presentarse alguien del servicio. Se acercó a ella para cogerla de un brazo y hacer que se levantara, con la intención de taparle la boca. Era la ocasión que Mary esperaba.

En cuanto lo tuvo cerca y la pistola apuntando hacia el suelo, le dio un fuerte golpe con el brazo, consiguiendo que el arma volara por los aires. Se estiró y abarcó las dos piernas de Clint con las suyas; con una llave y un fuerte impulso consiguió que Farnham cayera al suelo. Mary aprovechó para dar una patada al arma y alejarla más, de forma que acabó bajo la cama. Ambos rodaron por el suelo. Cayó una lámpara de pie y volcaron dos butacas. En cuanto a fuerza bruta Mary llevaba las de perder. Un puñetazo en el ojo le hizo sacar toda la rabia acumulada y sus cuidadas uñas de manicura rasgaron la piel del rostro de Clint, provocando que aullara como un lobo herido.

Mary resollaba y el aire no le llegaba a los pulmones, un puñetazo había estallado en sus costillas. Se estaba mareando, pero sacó fuerzas para colocarse encima de Clint y consiguió sentarse a horcajadas sobre su cuello e incrustarle un puño en la nariz. La reacción de Clint no se hizo esperar y con esfuerzo giró las tornas, quedando encima de Mary. Eran un enredo de brazos y piernas. Su nariz goteaba sangre y Mary notó el líquido caliente en su rostro. Ese fue el instante en el que Luke hizo su entrada. Irrumpió, llamando a voces a Mary y, al verla bajo el cuerpo de Clint, lo arrancó agarrando su camisa por el cuello y casi ahogándolo en el proceso. Cuando lo tuvo boca arriba y Mary empezaba a incorporarse, Luke recibió un puñetazo en el pómulo, que no vio venir, pero Mary decidió que la manera más rápida de dejar a

Clint con pocas ganas de pelear, era encajar su zapato de tacón de aguja entre sus piernas, lo que hizo con una patada que casi lo dejó inconsciente y gritando de dolor.

—¿Estás bien? —le preguntó Luke, masajeando su cara y buscando las heridas de Mary. Ella asintió sin poder emitir ni un sonido, estaba exhausta, aunque Clint parecía estar mucho peor—. Recuérdame que no te haga cabrear, cariño, eres muy peligrosa.

—Lo siento… —Mary sabía que la había cagado al querer acelerar las cosas—. Clint le ha dicho a Rachel que avisara a Natalie para anular la entrega del bebé. Pero he encontrado pruebas, no está todo perdido.

Mary sacó el pendrive de su bolsillo y señaló el portátil.

—Sabes que no era esto lo que habíamos pactado —Luke la miró y su decepción le dolió—. ¡Podrías haber muerto, Mary! ¿No pensaste en lo que eso supondría para Harry? ¡¿O en lo que supondría para mí?! Deberías pararte a pensar antes de ponerte en peligro de esa manera.

El disgusto y la indignación de Luke le afectaron más de lo que quería admitir. Su intención había sido buena. Las lágrimas ahora eran de aflicción y se las apartó con el dorso de las manos.

—¡He dicho que lo siento! —fue lo único que atinó a decir—. No podía dejar que raptaran a otro bebé… no podía.

En ese momento llegó Samuel Craig con varios de sus hombres. Tenían mucho que explicar y tenían a Clint. De Rachel no se sabía nada más, salió huyendo de aquella suite y nadie la había vuelto a ver. La buscarían por cada rincón del hotel y sus alrededores.

Detuvieron a Clint Farnham, incautaron el arma, el portátil y el pendrive. También registraron a fondo la suite y encontraron una carpeta con documentos reveladores y una caja fuerte disimulada tras algunas de las baldosas del baño. Allí se escondían las verdaderas identidades de Clint Farnham y Rachel Adkins, sus pasaportes y sus carnets de conducir verdaderos, un montón de fajos de billetes y otras dos armas sin registrar. Mary prestó declaración de todo lo ocurrido desde que dijo a los demás que iba al baño, paso por paso.

—Agente Olsen —Samuel se dirigió a ella— entiendo que ha actuado por su cuenta, porque ha creído que era lo mejor, pero si hubiera tenido apoyo quizá las cosas no hubieran acabado así y no hubiera corrido riesgos innecesarios. Le recuerdo que estamos a su servicio.

—Lo sé, lo sé —Mary se limpió la sangre de la cara con unos pañuelos de papel que alguien le había ofrecido—. Pediré perdón las veces que sea necesario y si mis superiores creen que deben

sancionarme por mi comportamiento, lo asumiré. Pero no podía pensar más que en ese bebé que iban a secuestrar y no podía más que intentar impedirlo, ¡me estaba poniendo enferma! Lo siento.

Luke y Mary se quedaron mirando sin palabras. Él intentaba entenderla, y en parte lo hacía, pero le costaba perdonarla por haberse puesto en peligro de esa manera. Se preguntaba en cuántas ocasiones lo habría hecho en el pasado y en cuántas más lo haría en el futuro. Y cómo iba a llevar él esa ración de riesgo en su vida. Lo ocurrido le había hecho entender que Mary se había convertido en una parte vital de su propia existencia y que, a pesar de todo, quería y necesitaba que fuera así. Se había enamorado de aquella tía dura, que a la vez tenía un lado enormemente tierno. Lo disimulaba bien, pero era todo corazón. Suspiró sabiendo que había sido vencido.

Mary había entendido su enfado, pero no sabía lo que pasaba por su cabeza, por lo que decidió que lo mejor era darle espacio.

—Será mejor que me vaya ahora, estoy cansada —se encaminó hacia la puerta, pero Luke la siguió.

—Voy contigo, tenemos mucho que investigar y muchos niños que recuperar y devolver a sus padres —la alcanzó y le pasó un brazo sobre los hombros—. Ya te acostumbrarás, Olsen, a mí se me pasan rápido los cabreos.

Le besó en la coronilla y Mary sonrió para sí. Le entraron ganas de llorar, esta vez debido a un sentimiento desconocido, a una emoción parecida a la gratitud, pero mezclada con algo que le despertaba las ganas de acurrucarse junto a Luke y cerrar los ojos. Nunca se había sentido cuidada hasta entonces. No es que lo necesitara, pero de vez en cuando resultaba agradable. Sobre todo si tenías un ojo morado.

*****

Dado que Clint estaba en la cárcel y el juez había decretado prisión provisional sin fianza, debido a la alta probabilidad de fuga, y con Rachel desaparecida por el momento, Luke y Mary decidieron volver a Nueva York. Mary necesitaba encontrarse con su hijo con urgencia. Llevaban separados casi diez días y eso era mucho tiempo.

En los dos días que permanecieron allí, las pruebas obtenidas contra Natalie Millard y su hijo Kaleb, fueron suficientes para arrestarlos y acusarlos de secuestro, extorsión y venta de bebés, algunos en el mercado negro por unos cientos de dólares. Niños arrebatados, a veces a madres sin hogar y otras a familias de clase media, para venderlos a cambio de enormes ganancias. Natalie acabó confesando que, a veces, utilizaba una pequeña clínica de un pueblo cercano y pequeño, para robar los bebés. El trabajo sucio lo hacían delincuentes de poca monta a cambio de unos dólares y un médico del

hospital se hacía rico, certificando la muerte de algunos bebés recién nacidos y se los entregaba a la mujer. Pero esos eran pocos casos. La mayoría los conseguía de las zonas más empobrecidas de las grandes ciudades, donde un bebé más o menos, no llamaba tanto la atención, ni tenía la misma repercusión mediática que cuando se trataba de familias de clase media.

También cayó el abogado, Farrell Dale. Se comprobó la falta de autenticidad de los documentos expedidos por él y su relación con el grupo. Lo mismo ocurrió con el ginecólogo Don Quincy, la eminencia en fertilidad, que salió corriendo en cuanto vio aparecer a la policía en su consulta. Lo pillaron antes de salir de la ciudad y cantó como una soprano a cambio de una mínima reducción de la pena.

La investigación que se había iniciado para localizar y arrestar a Rachel Adkins, se había quedado en punto muerto. A través de las cámaras de la calle, pudieron verla correr a la salida del hotel, meterse en su coche y desaparecer. Intentaron localizar su móvil y lo hicieron. Apareció en su coche abandonado a unos treinta kilómetros de Rochester. La policía y el FBI dieron orden de búsqueda y captura para ella, pero de momento nadie la había visto. No había vuelto a utilizar sus tarjetas de crédito desde la primera hora de su huida, en la que había sacado una gran cantidad de dinero en efectivo de su cuenta. No llevaba su móvil, por lo que conseguir su ubicación resultaría dificultoso.

*****

Rachel había abandonado su coche y su móvil en una pequeña ciudad cercana, sabiendo que serían muy fáciles de localizar. Viajó a mucha velocidad, paró en un cajero a sacar una importante suma de dinero y localizó una parada de autobuses. Antes de hacerse con otro coche, debía alejarse más para que no siguieran sus pasos. Compró un billete a *Binghampton*, en el condado de *Broome* y pagó en efectivo. Cuando llegó allí era de noche y estaba exhausta. Entre el nerviosismo, la rabia que inundaba su ser al pensar en Vera Palmer y su huida dejando atrás a Clint, se encontraba tan alterada que necesitaba parar, para pensar en sus siguientes pasos. No podía dejar que la encontraran. Pagó una noche en un motel de las afueras, que en otro momento no hubiera ni mirado, y se estiró sobre la cama.

Rachel era de esas personas tan observadoras que en unos segundos captaba lo que a otros les costaba horas ver. Al entrar en la suite y encontrarse con Clint encañonando a Vera, su sorpresa fue máxima, pero el horror llegó al ver la tapa levantada del portátil. Allí había

demasiada información confidencial y le había dicho mil veces a Clint que lo guardara en la caja fuerte, cosa que nunca hacía. Se sentía seguro, pero ella no era tonta y si Vera Palmer había entrado a fisgonear era porque les estaba investigando, no tenía ninguna duda.

Todo había resultado muy convincente. Una pareja perfecta, ricos y guapos, deseando adoptar a un bebé. Ahora se daba cuenta de que había sido demasiado perfecto para ellos. Pero no había soportado a Clint durante los últimos años para acabar en la cárcel. Él cargaría con las culpas y ella desaparecería.

Tenía un pequeño televisor sobre un soporte fijado en la pared. Como no podría conciliar el sueño, decidió buscar si en algún canal local se comentaba algo sobre Clint. Tras hacer *zapping* durante un rato, encontró una noticia. Se sentó en la cama y subió el volumen.

«*Una agente especial del FBI de Nueva York, junto a un colaborador ocasional y apoyados por la policía de Rochester, están en proceso de desarticular una banda de secuestradores de bebés. Por lo que hemos podido conocer a través de la policía, se trata de casos en los que no se ha pedido recompensa, sino que son niños robados para ofrecerlos en adopción a padres que buscan tener hijos, sin conseguirlo. Básicamente, compraventa de bebés, un negocio lucrativo donde puede haber muchos implicados y un montón de víctimas inocentes. Le seguiremos informando en cuanto tengamos nuevos datos*…»

La rabia creció y se convirtió en furia. Aquella furcia había destruido todo lo que tanto le había costado conseguir. Horas de aguantar bebés llorones, de contactar con delincuentes peligrosos para los peores trabajos, de sobrellevar las rarezas de Clint y Farrell cuando no los soportaba… todo por lograr el nivel de vida que había conseguido y que ahora pendía de un hilo. Aferrarse al odio era lo que le quedaba en esos momentos. Quería venganza y su objetivo estaba claro.

*****

Por la mañana, Rachel salió temprano del motel y vagueó por las calles menos transitadas hasta encontrar lo que andaba buscando. Un coche de los que pasan desapercibidos. Al menos tendría diez o doce años, era de color gris y tamaño medio. Se veía algo destartalado y no había gente por los alrededores. Se aproximó con su navaja en la mano y un gancho de alambre que había conseguido de una percha del armario del motel. Separó con la navaja la goma de la ventana del conductor, coló el gancho de alambre y lo agitó hasta encontrar el mecanismo de bloqueo para tirar con fuerza. Miró a su alrededor; la

calle seguía desierta y la puerta del auto estaba abierta. Se sentó en el asiento del conductor y se dispuso a recordar viejos tiempos haciendo un puente y arrancando el coche sin llaves, lo que le costó solo unos minutos. Al cabo de un rato se incorporaba a la Interestatal 81 y puso la radio para escuchar las noticias.

*****

Mary y Luke acababan de cargar sus maletas en el coche de alquiler y estaban a punto de empezar el viaje de vuelta. Samuel Craig se había acercado a la casa para despedirse.

—¡Qué tengan buen viaje! —Les estrechó la mano a ambos—. Seguiremos en contacto, hay mucho que hacer todavía.

—Por supuesto —contestó Mary—. Ahora la prioridad es localizar a los bebés y devolverlos a sus padres, aparte de llevar a los responsables ante la justicia. Siento que Rachel se haya escapado por mi culpa.

—No sabemos qué habría ocurrido si no hubiera actuado por su cuenta —Samuel se encogió de hombros y a Luke se le escapó una sonrisa—. Quizá todos estarían desaparecidos y no tendríamos nada.

—Quién sabe… Ahora tenemos a muchos más efectivos trabajando en este caso. Eso será una ayuda para ustedes también. Los coordinadores del programa de crímenes contra menores están recibiendo copia de todo lo que hemos incautado y se van a poner a trabajar con ello.

—Gracias por todo, Samuel —Luke le estrechó de nuevo la mano —. No sé que hubiera sido de mí si no hubieran llegado a tiempo.

—Creo que ya estaba todo controlado cuando aparecimos — Samuel rió al recordar a Clint encogido en el suelo tras la patada en la entrepierna—. ¡Qué tengan buen viaje!

Mary casi no había dormido. Cuando se metieron en la cama la noche anterior, ambos se sintieron reconfortados al estar juntos y durmieron abrazados, pero fue la primera noche en que solo habían dormido. Existía una tensión no resuelta entre ellos, una especie de niebla que intentaba alejarlos. Al menos Luke había dormido. Mary casi no había pegado ojo. Notaba que él seguía algo inquieto, preocupado porque ella hubiera actuado por su cuenta. Le había dicho que se le pasaban los enfados enseguida, pero algo le ocurría. Luke se puso en marcha y encendió la radio, buscando una emisora con música. Mary recostó la cabeza en el asiento y cerró los ojos, dispuesta a relajarse y dormir un rato.

Pasados unos kilómetros, la música se interrumpió para ofrecer un avance de noticias. No tardó mucho en aparecer la primicia de la

desarticulación de la banda de secuestradores de bebés. Era un tipo de suceso de los que causaba conmoción. Que un montón de bebés hubieran sido robados y vendidos generaba mucha indignación, todo el mundo era capaz de ponerse en el lugar de los padres y el revuelo estaba servido.

Los medios informativos se hacían eco, los periodistas buscaban información a través de sus confidentes, en las redes sociales todo el mundo daba su opinión, los políticos se culpaban unos a otros y determinadas voces se hacían virales; a las familias les entraba el miedo y aparecían nuevos datos a cada paso. La posibilidad de alarmismo estaba en la línea de salida.

Tanto Luke como Mary escuchaban con atención las palabras del locutor. Hasta que nombraron a la agente especial Mary Olsen, del FBI de Nueva York.

—¡¿Cómo han conseguido mi nombre?! —Mary abrió los ojos y se enderezó en el asiento—. ¡De verdad que no entiendo de dónde sacan tantos datos los periodistas!

—Ya sabes cómo funciona esto, Mary —Luke intentó calmarla—. Imagina que alguno de los policías de Samuel tiene un amigo periodista en Rochester. Al explotar el caso, la gente comenta, el periodista pregunta hasta la saciedad y alguien deja escapar tu nombre. No es tan raro.

En ese momento, otro nombre les llamó la atención.

«*Según algunas de nuestras fuentes, la agente Mary Olsen ha estado acompañada en esta operación, realizada en Rochester, por un colaborador ocasional de la policía. Se trata del dibujante y diseñador de animación digital Luke Dalgaard. Se preguntarán ¿Qué pinta un dibujante en una investigación criminal? ¡Eso es lo más increíble! Nos han comentado que Dalgaard es un vidente, o un parapsicólogo. ¿De qué va todo esto? ¿Es un hombre con percepciones extrasensoriales? ¿Tiene un sexto sentido? ¿Ahora la clarividencia es la que resuelve los casos de la policía? ¿Se utilizan nuestros impuestos para que la policía y el FBI se gasten el dinero en alguien que les tira las cartas del tarot?...*»

—Bueno, cariño —Luke la miró de reojo haciendo una mueca—. Como puedes ver no te vas a llevar tú sola todos los laureles. Ya me han identificado a mí también. Y puedo asegurarte que se van a olvidar antes de ti. A mi van a perseguirme para que les diga como lo hago. No es la primera vez que me pasa.

—¿Y qué vas a hacer?

—Oídos sordos, ya se les pasará —Luke suspiró cansado de la repetición de aquella historia—. Siempre es lo mismo. Esa es la razón de que, después de cada caso, quiera dejarlo para siempre. Bueno, esa

y ver algunas cosas que preferiría no saber. Por eso suelo acabar haciendo algún viaje a mi país para desconectar.

Mary asintió en silencio, no sabía que decir, pero empezaba a entenderlo. Y aquel comentario parecía un aviso de que iba a desaparecer. No debería extrañarle, ella tenía esa suerte.

Rachel Adkins seguía conduciendo a ninguna parte. Sabía que debía organizarse y decidir su destino final. De momento, lo esencial era apartarse de Rochester, pero nunca se había planteado hacia dónde dirigirse en un caso como aquel.

No tenía familia… bueno, tenía una hermana no sabía dónde, seguramente se había convertido en una «sin techo» y se pasaría los días drogada, tirada en algún callejón. Ni se le ocurriría buscarla, era un caso perdido. Quizá lo mejor fuera salir del país. Le había dado tiempo a recoger un pasaporte falso que tenía escondido y podía volver a teñirse de rubia y modificar su aspecto.

En la radio sonaba una música machacona y repetitiva. Estaba a punto de cambiar la emisora cuando empezó el noticiero y se quedó escuchando. El primer acaecimiento que estaba captando la atención del público volvió a ser el secuestro de bebés. Rachel bufó, harta de escuchar los comentarios sobre el gran trabajo que había llevado a cabo el FBI junto a la policía de Rochester. Se la llevaban los demonios. Hasta que nombraron a la agente especial, que por cierto no se llamaba Vera Palmer, sino Mary Olsen. Rachel paró el coche en el arcén para tomar nota y no olvidar el nombre. ¡Vaya! Y el señor Ted Palmer era Luke Dalgaard… ¿un dibujante parapsicólogo? ¿Eso cómo se comía? Seguramente ni siquiera estaban casados. La habían engañado por completo.

La cólera iba en aumento y Rachel apretó el volante al volver a incorporarse a la autopista. Ya sabía hacia dónde dirigirse. De momento iba a hacer una exhaustiva búsqueda de aquellos dos que le habían jodido la vida. Necesitaba un cibercafé. El hacker que les había ayudado en diversas ocasiones, quizá no hubiera sido detenido; trabajaba a distancia y era muy protector con su medio de vida, por lo que era muy posible que la policía no hubiera dado con él. Incluso era probable que desconocieran su existencia. Lo llamaría desde algún lugar y llegaría lo más pronto posible a su destino.

Cerca de la entrada a la ciudad de Nueva York, preguntó y le indicaron el cibercafé más cercano. Localizó al hacker, un chico friki bastante tímido, que cedió a las presiones de Rachel y le pasó la información que le solicitó.

*****

Mary consiguió dormir durante casi una hora y media y se despertó con el cuello torcido y dolorido. Su ojo aún estaba amoratado, igual que el pómulo de Luke, aunque ambos estaban adquiriendo una

tonalidad amarillenta nada favorecedora. Cualquiera que no los conociera, pensaría que habían tenido una pelea muy gorda, por lo que intentaban pasar desapercibidos. Pero Mary tenía hambre y sed y quería parar a comer algo. La distancia entre Rochester y Nueva York era de algo más de cinco horas de coche y ya llevaban casi tres sin parar. También necesitaba un baño.

—Mira —señaló un cartel— en un kilómetro hay un área de servicio. Paremos a comer algo, por favor.

—Como quieras —Luke la miró de reojo sin apartar la vista de la carretera—. Al menos has conseguido dormir un poco.

—Sí, pero lo que necesito es estar en casa pronto, creo que entonces dormiré doce horas seguidas —rió Mary—. Voy a llamar a mis padres, así les diré más o menos a qué hora llego. Supongo que mañana volverán a Boston.

—Me gustaría conocerlos —Luke lo soltó sin pensar, solo había dicho lo que le había salido de dentro, pero Mary se puso en tensión.

—Voy a llamar mientras aparcas —dijo, obviando sus palabras.

Mary buscó el contacto de su madre y ésta contestó enseguida.

—¿Cómo va todo mamá? —preguntó Mary— ¿Cómo está Harry?

—Hola, cielo. Todo perfecto, aunque estoy segura de que tu hijo se pondrá muy contento cuando te tenga en casa de nuevo. Mira tus fotografías y te llama.

—¡Ay, no me digas eso! estoy deseando achucharlo. Nunca más voy a dejarlo para una misión, sea la que sea. Ha sido muy duro estar lejos de él tantos días —a Mary se le escapó una lágrima y Luke se enterneció al mirarla. Si de algo no había duda es que ese niño lo era todo para ella—. Vamos a comer algo y en un par de horas más estaré en casa.

—Tranquila cariño, ya sabes que Harry está bien cuidado, ahora está durmiendo en su habitación. Tu padre ha salido a hacer la compra y cuando se despierte iremos a dar un paseo. Nora también ha ido viniendo y entre todos lo hemos llevado muy bien.

—Gracias por todo, mamá —Mary se apartó las lágrimas con la mano—. Nos vemos pronto.

Mary salió del coche a la vez que Luke. Al lado del aparcamiento había una cafetería de carretera en la que servían comidas caseras, o eso ponía en el letrero. Aunque olía a fritanga y gasolina, pidieron unos bocadillos y café. Se sentaron en un rincón, pero sus golpes en la cara eran demasiado visibles y no pudieron evitar que los miraran de reojo. Por suerte había poca gente.

No tardaron mucho y salieron para volver a ponerse en marcha. Antes de entrar en el coche, Luke se acercó a Mary y la cogió por la cintura.

—Mary, tenemos que hablar —le levantó la barbilla con una mano

para que lo mirara a los ojos—. No quiero que lo nuestro acabe al llegar a Nueva York. De hecho, sé que no va a acabar.

—¿Qué sabes que no va a acabar? —Mary frunció el ceño y Luke supo que había metido la pata, debería haberse mordido la lengua—. ¿Eso qué significa? ¿Has estado «viendo» mi futuro en tu bola de cristal? Porque te aviso que de mi futuro me encargo yo, no una mierda de visión que te va diciendo lo que tienes que hacer.

—No me has entendido, te estoy pidiendo que sigamos saliendo, sé que sientes algo por mí y me gustaría…

—¿Qué siento algo por ti? ¿Pero tú de qué vas? —Mary se estaba disparando como un cohete—. ¿Ahora resulta que tú sabes lo que siento, cuando ni yo misma lo sé? No me gusta tu manera de encauzar una supuesta relación hacia donde te conviene.

—¡Mary! ¡No haces más que tergiversar mis palabras! Te estoy pidiendo que no dejemos de vernos, nada más ¿Eso es mucho sacrificio para ti?

—No lo sé, Luke —ahora Mary lo miró confundida— no lo sé. Me he equivocado tantas veces, que me resulta muy difícil estar segura de algo.

—Esa es la razón por la que te pido que nos sigamos viendo, seguro que con el tiempo todo se aclara; tus sentimientos, los míos… todo depende de cómo nos vaya sin tener la presión de un caso como el que acabamos de soportar, viviendo nuestras vidas reales; las nuestras, no las de los Palmer.

Mary se lo quedó mirando, anclada en sus ojos, notando sus manos en el cuello, dejando atrás un peso que no sabía que arrastraba. Liviana y serena. Volver a empezar de alguna manera, tener a ese hombre que le daba todo sin pedir nada, un apoyo del que jamás había disfrutado, un cariño que podía crecer y prosperar. Empezó a creer que todo era posible a su lado, pero no debía acelerarse.

—De acuerdo —lo dijo con una sonrisa, pero no se acercó más.

—¿Por qué dejas en mis manos algo que tú quieres hacer? —Luke sabía que deseaba besarlo, Mary lo entendió y se acercó hasta rozar sus labios con una sonrisa.

Una sonrisa que Luke besó para sellar aquella afirmación y convertirla en promesa, para enviarle un mensaje a través de sus labios y decirle lo que las palabras aún no podían nombrar, para que sintiera que el amor no había que sufrirlo sino disfrutarlo. Mary entró en el coche sabiendo que la ilusión había hecho nido en su estómago.

Tras unos cuantos kilómetros más, el móvil de Mary sonó y le extrañó ver el contacto de su madre en la pantalla, ya que habían hablado hacía tan solo una hora.

—¡Hola, mamá! Dime…

—¡Mary! ¡Oh, Mary, cariño! —su madre hizo una dramática pausa y a Mary se le heló la sangre en las venas—. No sabemos cómo ha podido ocurrir, pero hemos ido a mirar como dormía Harry en su habitación y… ¡no está! ¡No entiendo nada, Mary! ¡Harry ha desaparecido! Alguien se lo ha llevado.

—¡Noooo! —el grito desgarrador de Mary y la imagen nítida que apareció al instante en la mente de Luke, hicieron que este volviera a parar el coche en el arcén y mirara desolado a Mary.

Habían secuestrado a Harry.

*****

Mary se encontraba en estado de shock. No podía parar de llorar, con la mirada perdida, y era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el rostro de su pequeño. El dolor y la angustia eran tan desgarradores como si unas uñas afiladas se le estuvieran clavando en el corazón.

Luke había conducido hasta una salida de la autopista y había parado el coche en una explanada desierta cercana a una carretera secundaria.

—¡Mary! ¡Mírame! —la hizo salir del coche y le alzó la cabeza con las manos para que lo mirara a los ojos a través de las lágrimas, que no dejaban de fluir—. Harry está bien, está bien. ¿Me oyes?

Mary no era capaz de responder de ninguna manera y Luke empezó a preocuparse mucho por ella.

—Mary, cariño, vamos a encontrarlo, te lo juro. Pero te necesito conmigo para conseguirlo.

—No puedo… —fueron las únicas palabras que salieron de su boca entre sollozos.

—¡Sí puedes! ¡Tienes que poder! —Luke entendió que necesitaba cabrearla para que reaccionara. Le dolía hacerlo, pero sabía que sería la única manera—. ¿Es que no vas a luchar por tu hijo? ¿Vas a regalárselo a sus secuestradores sin oponer resistencia? ¿Tan rápido van a vencerte?

—¡¿Qué estás diciendo?! —la mirada enfurecida de Mary le hizo saber que estaba volviendo. Empezó a golpearle el pecho con los puños cerrados—. ¡Claro que voy a recuperar a mi hijo! Y tú vas a ayudarme, por cierto.

—Bien… bien —Luke la abrazó y le besó la cabeza—. Te necesito conmigo, cielo. Ahora mismo solo tengo una bruma en mi cabeza que no me deja ver nada, pero tengo la certeza de que está vivo.

—Voy a llamar a Ron.

Mary buscó su contacto en el móvil y lo llamó, pero le dijeron que Ron había salido de viaje por un caso en el que se requería su

presencia como testigo. Dio la información del supuesto secuestro de su hijo y llamó también al Jefe Barlow de la policía de Nueva York, al que conocía personalmente, para contarle lo que sabía por el momento, que era prácticamente nada.

Volvieron a ponerse en marcha y entraron de nuevo en la autopista. No habían pasado ni cinco minutos cuando el móvil de Mary sonó. Era Walter, su antiguo compañero.

—Mary, me acabo de enterar de lo de tu bebé, la persona con la que has hablado sabía que somos amigos y me lo ha contado.

—Hola, Walter —Mary, que había conseguido controlar un poco sus lágrimas, volvió a dejarlas salir como un torrente—. Gracias por llamar.

—Vas a tener todo mi apoyo, justo hemos cerrado un caso con el que estaba muy ocupado y dedicaré todo mi tiempo a ayudarte.

—Gracias, Walter, toda ayuda es poca, cuantos más efectivos podamos dedicar, mucho mejor. Sabes que las primeras horas son las más importantes —Mary tenía los párpados hinchados y se restregaba los ojos con las manos.

—¿Sabes a quién tengo conmigo? —preguntó Walter para animarla un poco—. A Jay Kevins. Ha venido con Amy a pasar unos días en Nueva York y los tengo instalados en mi casa. Aunque esté de vacaciones, estoy seguro de que nos ayudará, no lo dudes. Y Owen ya está con la cabeza metida en su ordenador buscando toda la información sobre el caso de secuestros de niños… porque seguro que han sido ellos ¿no? Esto huele a venganza.

—Estoy segura de eso. Ahora estoy de camino a casa, volviendo de Rochester —Mary empezó a sentirse algo mejor, sabiendo que tendría a los mejores para ayudarla—. En cuanto haya visto a mis padres iré a las oficinas. Luke Dalgaard viene conmigo.

—De acuerdo, nos vemos pronto.

*****

Los últimos kilómetros se hicieron eternos. Luke intentaba concentrarse en Harry y a la vez consolar a Mary, pero no lo conseguía. Algo no funcionaba como debía en su cabeza. Quizá era su implicación a nivel emocional lo que bloqueaba su facilidad para ver. Justo cuando más necesario se hacía, su cerebro no cooperaba. Se estaba exasperando y eso no iba a ayudarle, era importante la serenidad.

Mary era un saco de nervios, estaba pasando de la tristeza y el dolor punzante a la rabia y el odio hacia quien tuviera a su hijo. Habían detenido a muchas personas, pero todos sabían que la que había huido sin dejar rastro era Rachel Adkins. Si su venganza era

secuestrar a su hijo, iba a convertirse en la peor decisión de su vida, porque Mary iba a meterla en la cárcel para que se pudriera allí dentro. Eso si no la mataba antes. Los pensamientos de Mary eran como una amalgama de rostros, recuerdos, conversaciones y emociones, todos mezclados en una coctelera y agitados para volverla loca. Le faltaba el aire, estaba a punto de hiperventilar y en su garganta se había instalado un pedrusco del tamaño de un puño. Su estado físico era de extenuación, le dolía el ojo amoratado, pero aún más el alma; Un pinchazo continuo en medio del pecho le entorpecía la respiración, como si llevara un cristal clavado directamente en el corazón. La mente estaba agotando al cuerpo y le costaba hasta caminar. Necesitaba energías para enfrentarse a las próximas horas, pero parecía desinflarse como un globo.

Encontrarse con sus padres fue un momento muy duro. Por suerte estaban acompañados de Abigail y Oliver, que habían dejado a Toby con Nora en su piso, ya que ésta se había prestado para que pudieran acudir a consolarlos. En cuanto abrió la puerta de su casa se le echaron a los brazos. Se sentían culpables porque el secuestro hubiera tenido lugar mientras ellos estaban al cuidado de Harry, pero Mary sabía que no era culpa suya.

La policía ya había estado allí. El intruso había forzado la cerradura sin hacer ruido. Encontraron algunas huellas, pero lo más probable es que fueran de los habitantes de la casa. En el momento en que ocurrió, el padre de Mary estaba en el super haciendo la compra y su madre tenía la radio encendida en la cocina y, debido a su ligera pérdida de oído, no escuchó nada fuera de lo común. Desde la habitación de Mary se accedía a la escalera de incendios, que era supuestamente el camino de huida de la persona que había secuestrado a Harry. La ventana estaba abierta de par en par.

Owen había llamado a Mary para decirle que Rachel Adkins era en realidad Lorna Gordon y que tenía antecedentes por varios robos importantes, muchos de ellos ocurridos en su adolescencia, la mayoría por desvalijar pisos y sustraer coches.

—Mamá, lo siento mucho pero tengo que irme al trabajo, no puedo quedarme de brazos cruzados aunque sepa que la policía y el FBI ya están en ello. Es posible que no venga a dormir. —Mary los abrazó y Abigail y Oliver le aseguraron que cuidarían de sus padres.

Luke había permanecido en un segundo plano, pero antes de que se fueran, Abigail se acercó a él.

—Sé que puedes ayudarla, igual que hiciste con mi Toby —Abigail le cogió la mano y le sonrió—. Si alguien puede devolverle a su hijo, ese eres tú. Seguro que ella lo sabe.

—Lo intentaré, Abigail, gracias —Luke la abrazó y se alejó hacia la puerta con Mary cogida de su mano.

Cuando Luke y Mary entraron en las oficinas, se encaminaron a la enorme sala de reuniones en la que Ron Tirrell los había convocado. En cuanto pusieron un pie dentro, tanto Walter como Jay y Owen, se acercaron a abrazar a Mary. Ron también había avisado a varios efectivos más del área de secuestros. El hecho de que la víctima fuera Mary Olsen, una agente especial, consiguió que muchos compañeros se apuntaran para colaborar en la búsqueda. Mary presentó a Luke a los que aún no lo conocían y se sorprendió al ver allí a Cindy, la periodista que era la pareja de Walter desde hacía algo más de dos años.

—Cindy… —Mary la reconoció enseguida— ¿Cómo es que has venido?

—Espero que no te importe y, sobre todo, que no pienses que estoy aquí solo como periodista —Cindy parecía algo preocupada por cómo Mary se tomaría su presencia allí—. Ron me ha pedido colaboración a través del periódico.

—¿Es necesario? —preguntó Mary a Ron—. No me hace especial ilusión salir en una portada, ni explicar mi desgracia a nadie. No estoy ahora mismo para estas historias.

—Se hará lo que tú digas —respondió Ron— pero te ruego que lo pienses antes de negarte. La cuestión es que, muy posiblemente, la persona que se ha llevado a tu hijo sea Rachel Adkins; bueno, Lorna Gordon según las últimas averiguaciones de Owen. Deberíamos difundir todo lo que sepamos de esa mujer y publicar su foto, tanto de rubia como de morena, ya que parece que cambia mucho de imagen. No hace falta que te hagan a ti una entrevista, ni nada parecido. Solo necesitamos que tanto Luke como tú le facilitéis a Cindy todo lo que hayáis averiguado de Rachel. Si lo divulgamos correrá como la pólvora.

—También colgaríamos la foto de esa mujer en las redes, con comentarios sobre lo que supuestamente ha hecho, y solicitando información a la población; sería una buena manera de acotar su radio de acción. —Cindy se acercó a Mary y la miró a los ojos—. Se podría difundir la foto de Harry… si me dices que no quieres publicar nada y llevar la investigación en secreto, no lo haré. Tú decides.

—De acuerdo —Mary pensó en Abigail en aquel momento y la entendió como nunca. Haría lo que fuera por recuperar a Harry; lo que fuera.

—Deberíamos poner en común todo lo que sabemos —Jay tenía ganas de acción, no le iba lo de solucionar las cosas en salas de reuniones— y empezar a acorralar a esa mujer.

—De momento se ha dado aviso a aeropuertos, terminales de tren y autobús, helipuertos y se han puesto controles de carretera en las autopistas de mayor tráfico, así como en muchas secundarias, a través de la policía de la zona de Nueva york y alrededores —Walter iba mirando en su móvil y recitando las medidas que se estaban llevando a cabo—. De momento, no tenemos noticias, pero aún es pronto.

Luke se había quedado en un segundo plano. Al tener a Mary junto a sus compañeros y poder apartarse un poco y concentrarse, cerró los ojos y se aisló del entorno. En realidad le iría bien una habitación oscura y muda. Hubo un momento de silencio y tanto Walter como Jay se miraron y observaron a Luke. Se entendieron sin palabras, aquel tipo parecía un poco raro, pero ambos sabían que era efectivo. Entonces Luke abrió los ojos y miró a su alrededor, casi como si acabara de despertar de un sueño. Alguien iba a tomar la palabra, pero Ron levantó la mano para hacerlo callar. Fue Luke quien lo hizo.

—La mujer, Lorna Gordon, conduce un coche robado de color gris, bastante antiguo —comentó y Mary capto unos de esos destellos que parecían dorados en sus ojos—. Es un Ford de 2011 con matrícula BGY… treinta y ocho, noventa… ¡no, no! Noventa y uno. Harry está con ella, duerme en el asiento trasero. No puedo ver dónde están exactamente… lo siento, pero no están muy lejos, eso seguro.

—¡Joder, tío! —exclamó Jay—. Me habían dicho que hacías estas cosas, pero no acababa de creerlo. Espero que tengas razón.

—¡Owen! —bramó Ron— pasa esa información a la intranet del FBI con alerta de urgencia máxima y yo llamaré a Barlow para que dé el aviso a sus hombres. Ahora solo nos queda localizar ese coche y tendremos a esa zorra.

*****

Rachel veía coches de policía por todos lados. Llevar con ella a un crío llorón no le facilitaba las cosas. Un niño pequeño, que lloraba sin cesar, llamaba la atención y no era lo que le convenía. Empezaba a pensar que su idea de vengarse de Mary no había sido tan buena. Si viajara sola lo haría más rápido y sería más fácil escapar de las redes de la policía. Pero pensar en lo que debía estar sufriendo esa tía del FBI, le daba mucha satisfacción. No acababa de entender como había caído en esa trampa, la mosquita muerta se había ganado su confianza y ella no solía fiarse de nadie, pero había resultado ser una buena actriz.

Después de llevarse al crío de su casa, lo que le resulto fácil en extremo, decidió huir lejos de la ciudad, pero después lo pensó mejor. Seguro que la policía había puesto controles en carreteras y aeropuertos. Había escuchado la radio y sabía que la buscaban. Quizá

lo mejor sería quedarse en Nueva York. Una ciudad tan grande como aquella, tenía incontables escondites y sería más adecuada para jugar al gato y al ratón.

Podía imaginarse las calles como un laberinto y a Mary Olsen buscando la salida sin encontrarla. Ni se le pasó por la cabeza lo que sería de ella misma; la venganza dirigía sus pasos como un profesor de baile. Había pasado de residir en un hotel casino de lujo a correr desesperada con un coche robado que, por cierto, pronto debería cambiar por otro si no quería que la encontraran. Pero eso no iba a amilanarla. Siempre había conseguido salir adelante. Si tenía que volver a robar coches y casas, eso haría. No sería la primera vez. Clint ya había pringado, pero ella escaparía y se buscaría una nueva identidad.

Estaba oscureciendo y necesitaba un sitio para dormir. Se adentró en una callejuela de *Brooklyn*, cerca del puente y aparcó delante de un hostal pequeño y muy sencillo. Aquello bastaría. Por suerte el niño se había dormido, cansado de llorar. Mostró su carnet de conducir falso para registrarse por una noche, no sabía lo que haría al día siguiente. Ya lo pensaría, su cabeza necesitaba un descanso. Estaba demasiado alterada y dormir era lo primero.

Mientras tanto, la búsqueda del Ford matrícula BGY-3891 no cesaba. A través de las cámaras de seguridad, ubicadas en las calles de la ciudad, se estaba haciendo una batida exhaustiva. Por suerte, los métodos de última tecnología eran mucho más rápidos que hacía unos años. Se pusieron en marcha algunos drones y algunos coches patrulla, capaces de hacer reconocimiento facial y de matrículas.

Rachel ya dormía en el momento en que saltaba la alarma en las oficinas del FBI y la policía: habían localizado un coche aparcado que coincidía con los datos que Luke les había proporcionado, en una callejuela de *Brooklyn* cercana al puente.

*****

Mucho antes de que eso ocurriera, Luke convenció a Mary de que no podrían hacer nada más hasta que la policía encontrara el coche. Necesitaban descansar y, aunque Mary aseguraba que no podría pegar ojo, Luke la convenció de que se dirigieran a su casa y reposaran un rato. Lo consiguió argumentando que necesitaba serenidad para poder concentrarse y ver algo más, lo cual era cierto. Aunque intentaba que Mary descansara un poco, estaba hecha un manojo de nervios.

Entraron en el loft de Luke y Mary se quedó parada en medio de aquel enorme espacio, sin saber qué hacer. Se sentía desubicada, descentrada… desesperada.

—Ven aquí —Luke la acercó a su cuerpo y la abrazó con fuerza,

intentando traspasarle algo de confianza—. Lo encontraremos, te lo prometo.

—¿Por qué, justo ahora, no puedes ver dónde está Harry? —Mary hundió el rostro en el pecho de Luke y sollozó de nuevo, las piernas le fallaban, estaba deshecha.

—Lo intento, de verdad —Luke se acercó con ella al enorme sofá y se estiraron uno al lado del otro—. Pero algo me impide ver más y te aseguro que lo intento, la cabeza me va a estallar.

—Lo siento, no quiero que te sientas responsable, estoy segura de que haces todo lo que puedes —Mary se abrazó a la cintura de Luke y sus piernas se entrelazaron. La mano de Luke se paseaba por su espalda arriba y abajo.

—He conseguido ver el coche, pero creo que me siento demasiado unido a ti y eso me nubla la mente de alguna manera y merma mis facultades.

—Nos llamarán pronto para decirnos que la han localizado ¿verdad? —Mary se sacudió de nuevo entre sollozos, su fuente de lágrimas parecía inagotable, ya casi no podía ni respirar debido a la congestión—. Si le pasa algo a Harry, yo…

—Cielo, no consigo ver el lugar exacto dónde está, pero te aseguro que está bien —Luke cerró los ojos con fuerza— está durmiendo. Harry está durmiendo ahora. Tranquila, Mary. Respira hondo… respira…

Se quedaron adormecidos, en un duermevela inquieto plagado de imágenes incongruentes, sonidos inconexos y recuerdos reales aderezados de espejismos. Abrazados en una lazada de consuelo y alivio; de esperanza e incertidumbre.

Entonces Luke despertó sobresaltado, con el corazón bombeando a toda máquina y una alarma rebajada con un bálsamo reparador. Una imagen nítida se había hecho hueco en su mente. Era un lugar que conocía muy bien: El puente de *Brooklyn*.

Se incorporó y su movimiento despertó a Mary, cuyo sueño era muy ligero.

—¿Qué ocurre? —preguntó mirando el rostro de Luke.

—¡El puente de *Brooklyn*! —besó a Mary con fuerza en la boca— ¡Vamos!

Justo en ese momento sonaron sus móviles, casi al unísono.

*****

Rachel dormía profundamente. Por suerte, el niño estaba como un tronco y ella, tras mirar un rato la tele y zapear, se hartó y se quedó dormida pensando en sus próximos pasos.

No mucho más tarde, uno de los drones de la policía localizó el

coche aparcado de matrícula BGY-3891 y saltó la alarma. Walter y Jay, junto al grupo preparado para ello se pusieron en marcha. Armados y preparados para el asalto, se trasladaron en una furgoneta en dirección al puente de Brooklyn. El coche estaba estacionado en una cercana callejuela, estrecha y poco transitada. La furgoneta paró delante del hotel y sus ocupantes se dividieron en grupos de dos, para llamar a las puertas más cercanas. Había varios edificios de pisos, una tienda abierta las veinticuatro horas, persianas cerradas de comercios, un hotel de poca monta y un bar con luces de neón. Los pocos clientes del bar, que fumaban en la calle, desaparecieron al ver un furgón de la policía.

—Si tiene al bebé con ella —le comentó Jay a Walter— lo más probable es que esté en el hotel.

—Preguntamos en la recepción si hay alguna mujer con un bebé —contestó Walter mirando hacia arriba— no debe tener muchas habitaciones, solo son dos pisos.

Entraron y en el mostrador había un chaval joven al que le cambió la cara al verlos aparecer. Walter y Jay se presentaron enseñando sus placas.

—FBI —Walter le mostró al chico la foto de Lorna Gordon y la de Harry— ¿Están en este hotel esta mujer y el niño?

—Yo hago el turno de noche —al chico le temblaba algo la voz y olía a marihuana— no he visto llegar a nadie hoy.

—¿Estás lo bastante despierto como para mirar el registro o vamos entrando en las habitaciones a base de patadas? —a Jay se le acababa pronto la paciencia.

—Voy a buscarlo, un momento, enseguida vuelvo… —el chico desapareció tras una cortina de bolitas de madera que tenía a su espalda y se llevó la mano a los bolsillos, donde guardaba el hachís y el talego de hierba. Aquel par no podían pillarlo con la *mierda* encima, por lo que se escapó por una puerta trasera a toda velocidad.

Walter y Jay se miraron levantando las cejas al ver que el chico no volvía.

—El drogata se ha pirado ¿no? —señaló Jay— creo que nos toca llamar puerta por puerta.

—¡Vamos! No perdamos tiempo —Walter se encaminó hacia las escaleras.

*****

Rachel se despertó sobresaltada al escuchar voces. Se levantó de la cama de un salto, miró al bebé que seguía durmiendo como un bendito, y se acercó a la puerta para poner la oreja e intentar entender lo que decían. Llamaron a una habitación que debía estar a su

izquierda y escuchó la palabra «policía». No le hizo falta oír más. La habían encontrado.

Pensó que debería haber abandonado el coche lejos de allí, pero cometió un fallo que le iba a costar caro. No entendía en qué estaba pensando para quedarse cerca del coche que había robado, más aún sabiendo que la búsqueda del bebé sería mucho más intensa que si se tratara del simple robo de un vehículo. Necesitaba una vía de escape y no era la puerta de su habitación. Se dirigió al pequeño balcón y miró hacia abajo. En la calle, algo apartada, vio la furgoneta de la policía. A su derecha se encontraba la escalera de incendios, a la que se accedía desde el mismo balcón. Eso era suerte, ni siquiera lo había mirado al alquilar la habitación. Estaba perdiendo facultades. Se puso las zapatillas deportivas y envolvió al bebé en una manta, sobre todo para amortiguar el sonido si le daba por llorar de nuevo. Lo cogió con cuidado y se lo echó al hombro. No podía coger el equipaje, no tenía tiempo que perder, solo se colocó su bolso en bandolera. Justo cuando empezó a bajar por las escaleras, escuchó los golpes en la puerta de su habitación. Debía darse prisa.

Llegó abajo sin contratiempos, no era mucha distancia. Por suerte la furgoneta de la policía estaba vacía y no había nadie cerca. Rachel se apresuró, entre las sombras, para salir de aquel callejón y lo consiguió, pero no se sintió triunfante, sino todo lo contrario. Empezó a ser consciente de que su vida pendía de un hilo, de que la cárcel podía estar muy cerca. No la habían pillado, pero lo harían. La ciudad empezó a parecerle una prisión, como si las calles se estrecharan, las luces la iluminaran y los transeúntes la señalaran. Quizá se estaba volviendo paranoica, pero una angustia creciente la estaba alterando sobremanera. Le entraron ganas de dejar al niño abandonado en la calle, pero tampoco se veía capaz, eso sería como darse por vencida. ¿Para qué habría servido entonces? ¿En qué le estaba ayudando, en realidad?

Había conseguido una vida que creía que le gustaba, pero ahora que miraba hacia atrás, mientras corría por las calles, empezó a considerar si todo era una especie de broma pesada. Su vida nunca había tenido nada realmente valioso, excepto el dinero. ¿A eso se reducía todo? ¿Qué iba a hacer si conseguía escapar? ¿Volver a robar y huir de la policía como antes?

Mientras corría hacia ninguna parte, empezó a lloviznar, a la vez que Sandra… Rachel… Lorna… empezaba a llorar. Ni siquiera sabía ya quien era, tantas veces había cambiado de identidad. Una derrota, que nunca la había alcanzado hasta ahora, le estaba oprimiendo el cuello y la ahogaba sin compasión. Perdía las fuerzas y su desánimo le hundía los pies en el barro. Harry se despertó y empezó a llorar a todo pulmón. Rachel decidió parar un rato y esconderse en algún portal

que ahogara el ruido.

*****

Luke notó la desesperación de Rachel, pero no se lo dijo a Mary. Algo no le gustaba de lo que estaba captando. Era una persona en caída libre, como si se hubiera dado por vencida y todo le diera igual. Eso era peligroso. Tras su visión, conducía a toda velocidad hacia el puente de Brooklyn. Las llamadas de Walter y Jay les confirmaron lo que acababa de ver, ya que Rachel se les había escapado. Les avisaron de que se pondrían en contacto en cuanto la hubieran detenido, pero de momento no lo habían hecho. Mary llevaba su móvil en la mano y no dejaba de mirarlo, como si eso fuera a provocar que sonara antes. Tenían que llegar lo más rápido posible.

Llegaron al puente desde Manhattan, y antes de entrar por la rampa de acceso, justo en frente del Ayuntamiento, Luke frenó y se desvió. A pesar de ser un lugar muy concurrido, a esas horas el tráfico era fluido, pero dedujo que lo más probable era que Rachel hubiera ido hasta allí caminando. Seguro que estaba en el nivel superior, el que se usaba para el tránsito de peatones y bicicletas.

—Mary, por favor, avisa a Walter de que Rachel está en el puente de peatones —le dijo Luke a la vez que subía el coche encima de la acera, no tenía tiempo para más—. Deberías quedarte aquí, yo subo…

—¡Ni hablar! —Mary no lo dejó terminar—. Ni lo intentes, Luke, se trata de mi hijo.

—Sabía que dirías eso —bajaron del coche y corrieron hacia las escaleras que los llevarían a la parte superior—. ¡Vamos! Pero déjame hablar con ella cuando la encontremos.

El puente medía casi dos kilómetros y no podían adivinar a qué altura debía estar Rachel. Jay les llamó y les comunicó que ya tenían vigilancia a ambos lados, por lo que no escaparía de allí, si estaba en el puente. Luke le aseguró que sí lo estaba, la visión que había tenido se repetía en su mente y cada vez tenía más detalles y era más nítida. Aunque no los había compartido con Mary. Rachel estaba, más o menos, a mitad del puente; se había parado y estaba asomada a la baranda, mirando al río iluminado por las farolas. Y sus intenciones eran oscuras, el agua del *East River* la estaba seduciendo para que se dejara llevar hasta sus profundidades. Lo peor era que Harry seguía en sus brazos. Luke corrió como no lo había hecho nunca, tirando de la mano de Mary que le seguía a toda velocidad. Ambos estaban en forma, pero la combinación de la explosión de adrenalina y el estado de agitación y nervios les hacían abrir la boca en busca de un aire que no llegaba. Resollaban como caballos en una carrera, cuando les pareció detectar a Rachel y aminoraron la marcha.

La vieron a la vez que escucharon el llanto de Harry, al que no se distinguía, envuelto en una manta. Algunos transeúntes nocturnos la miraban de reojo, pero pasaban de largo. Mary quiso acercarse corriendo, pero Luke la frenó. Las lágrimas que bailaban en sus ojos junto a las luces del puente, lanzaban destellos en todas direcciones y todo le parecía irreal. Como una pesadilla.

—¡Espera, Mary! —le susurró al oído, a la vez que la mantenía a su lado—. Si apareces gritando y se asusta es posible que se tire al río, está muy inestable. Respira hondo, cariño.

En ese momento vieron aparecer a Walter y a Jay por su izquierda y a otro par de agentes por la derecha, todos armados. Luke los frenó

con un gesto de las manos y se acercó a Rachel, llamándola, sin gritar. Ella seguía mirando hacia el río, demasiado inclinada sobre la baranda de acero, balanceándose. Y Harry seguía llorando, lo que sugería que Mary no aguantaría mucho sin lanzarse sobre ella.

—¡Rachel, escúchame! —Luke se colocó más cerca, lo suficiente para que ella le oyera—. Piensa bien lo que estás haciendo; tienes a un bebé inocente en los brazos. Dámelo, Rachel y después podemos hablar, te lo prometo. Hacer daño a los demás no hará que te sientas mejor, será al contrario.

—¡Cállate! ¿Qué sabrás tú? —Rachel había reconocido su voz, pero no era capaz de entender el significado de sus palabras, estaba ofuscada y la cabeza le daba vueltas.

—Dime lo que sientes, en qué estás pensando —inquirió Luke—. Hablar puede ayudarte.

—¡Déjate de tonterías! Lo que quiero es acabar con todo, mi vida ya no sirve para nada.

—Eso es absurdo, siempre se puede cambiar —Luke se iba acercando poco a poco y ya estaba a un par de pasos—. El bebé que llevas en los brazos no tiene la culpa de nada, no te conviertas en una asesina; tú nunca has matado a nadie, no empieces ahora.

—¡Vete de aquí! —Rachel se inclinó más hacia el exterior del puente y tanto Luke como Mary dieron otro paso hacia ella, sin atreverse a más por miedo a provocar que se lanzara al agua.

—Tu vida puede mejorar si lo deseas de verdad —Luke tenía una voz profunda que transmitía calma y la mujer aflojó el abrazo con el que tenía constreñido al niño, que dejó de llorar—. Dame al bebé y te aseguro que nadie te hará daño.

Entonces Rachel apartó la vista del río, que la tenía hipnotizada, y al mirar a su izquierda vio a los dos policías. Agarró más fuerte al niño de nuevo y, al mirar al otro lado, otros dos policías la observaban y apuntaban a su cabeza. Si no habían disparado era porque llevaba a Harry en sus brazos; era su seguro.

Pero a Mary se le había acabado la paciencia. No podía aguantar más, había llegado al límite de su aguante. Se acercó a ella y se tiró sobre su cuerpo sin darle tiempo a reaccionar, como una leona lo haría defendiendo a sus cachorros. Le arrancó a Harry de los brazos de un fuerte tirón y se dio media vuelta, notando como Rachel estiraba sus cabellos en un intento desesperado.

Al instante siguiente, Rachel se vio rodeada. Subió de un salto a la baranda y se lanzó de cabeza al río. Jay pudo agarrar su pantalón, pero con el peso del cuerpo se le escapó de entre las manos. El sonoro chapoteo del cuerpo al caer, rompiendo el rumor sordo de la corriente del agua, los dejó a todos desconcertados durante un segundo.

Ninguno de ellos, excepto Luke, creía que iba a lanzarse al agua.

Mary se sentó en el suelo, arrullando a su bebé, besándolo por todas partes y comprobando que no estuviera herido. El niño había cesado su llanto en cuanto reconoció a su madre. Se había acurrucado en su pecho y se chupaba el pulgar, calmando su anterior angustia. Mary no iba a separarse de él durante muchos días.

Un par de horas más tarde les informaron de que Rachel fue rescatada con vida, a pesar de tener algunas lesiones y un par de huesos rotos. La habían trasladado en una ambulancia al hospital y en cuanto se hubiera recuperado un poco, prestaría declaración y ya tendrían a punto la orden judicial para ingresarla en prisión a la espera de juicio. Un policía vigilaría la puerta de su habitación en todo momento.

*****

Habían pasado tres días desde aquel angustioso episodio y Mary estaba despidiendo a sus padres, que volvían a Boston. Todos estaban mimando al pequeño Harry, para compensar el miedo y los lloros que el niño había sufrido. Mary había hablado con Ron y había solicitado un par de semanas de vacaciones. Las necesitaba para reponerse del mal trago que había soportado y su jefe no puso objeciones.

No había sabido nada de Luke en esos tres días. Ella le dijo que necesitaba descansar y, por lo visto, Luke se lo había tomado al pie de la letra. Reconocía, para sí misma, que aquello le estaba molestando un poco. O un mucho. Los días que habían compartido representando a los Palmer, fueron intensos. En realidad, los había disfrutado. Luke era… tranquilo y seductor a la vez, cariñoso y paciente, sexi y adorable. Y muy intenso. Le había dado mucho en tan poco tiempo. ¿Fue solo una actuación y allí se terminaba? Luke le había pedido que se siguieran viendo una vez que todo acabara. Bien, pues ya había terminado y no daba señales de vida. A lo mejor sus intenciones no eran más que palabrería.

Harry dormía y Mary estaba estirada en el sofá, boca arriba, mirando al techo. Cavilando. ¿Por qué le pedía que siguieran juntos si no era capaz de enviarle ni un mensaje? ¡Oh, claro! Entonces recordó una frase que le dijo cuando ella estaba deseando besarlo, sin acabar de dar el paso. «¿Por qué dejas en mis manos algo que tú quieres hacer?»

Luke estaba esperando que ella diera el primer paso, eso era. Porque todos los había dado él antes. Necesitaba que ella le demostrara lo que quería, que diera señales de lo que estaba dispuesta a hacer para seguir adelante. Mary, por su parte, se preguntaba si lo estaba. Seguro que Luke ya tenía la respuesta y eso no dejaba de

fastidiarle un poco. Ese hombre siempre iba un paso por delante. O dos. Y ella era muy de llevar la iniciativa en casi todo.

Volvió a rumiar, a darle vueltas y vueltas a mil cosas. A su pasado, a lo vivido hasta entonces, con sus momentos buenos y sus decepciones, con su dolor y sus malos tragos. Recordó a Mike e imaginó que al final se habría enamorado de Harry, si hubiera seguido vivo. Era pasado. Pero ella debía pensar en lo que quería. Lo sabía, en el fondo siempre lo había sabido. Antes de presentarse en su casa, necesitaba buscar algo en un traductor. Se sentó de un salto, con energías renovadas, cogió su móvil y se puso a buscar. También llamó a Nora para pedirle que se quedara con Harry aquella tarde.

*****

Luke parecía un león enjaulado. Dibujaba a todas horas, encerrado en su loft, y tenía las manos manchadas de pintura. Su hermana, Lana, lo había visitado y había intentado sonsacarle qué lo tenía tan alterado, pero no había conseguido nada. Al final se marchó con sus perros y le prometió que volvería cuando estuviera más comunicativo.

Le había dado por las acuarelas en esos días. Le resultaba más relajante, aunque su inquietud iba en aumento. Mary se paseaba por su mente como si se hubiera alojado allí para torturarlo. La estaba esperando, pero el timbre de su puerta no había sonado. Sabía que era cabezota, pero le tocaba a ella dar el siguiente paso. No quería mirar, no quería ver, y no lo haría. Había interpuesto un muro entre ellos y debería ser ella la que lo echara abajo. Si no lo hacía, se daría por aludido y pasaría una larga temporada en Dinamarca. A lo mejor el castillo de la familia le servía para decidir qué hacer con su vida, si la perdía a ella. Si no la hubiera conocido, si no la hubiera tocado… sería distinto. Había sido como fuego entre sus brazos, inquieta, ardiente… En algún momento, su mente se había vaciado y se había llenado solo de ella. Se había interpuesto en su camino y ahora no podía hacer otra cosa que pensarla, que desearla, que añorarla.

Miró la acuarela. Era ella de nuevo. Se ponía a pintar pensando en un paisaje y antes de dibujar las montañas aparecía su pelo oscuro entre los pinceles y ese color entre verde y avellana de sus ojos, entre las nubes y el sol. Inevitable, así era Mary. Estaba bien pillado.

Limpió los pinceles y ordenó la mesa, mientras Mary lo miraba desde el papel. Parecía sonreírle con algo de ironía, como si le tomara un poco el pelo. Cerró los botes de pintura y se lavó las manos, pensando en comer algo.

Suspiró y el timbre sonó. Supo que era ella al instante, pero no la había intuido antes de que llegara y eso era gracias al autocontrol de su mente. Sonrió ampliamente, pero antes de abrir dudó de si ella le

robaría esa sonrisa. En realidad no sabía si esa visita era la que esperaba; si sería un «sí, seguimos juntos» o un «lo siento, pero no». Pero él era optimista por naturaleza. Cerró los ojos, inspiró con fuerza, cruzó los dedos y caminó con lentitud hasta la puerta. La abrió y allí estaba ella. Preciosa, con su ceño algo fruncido y un interrogante en la mirada. Indecisa, titubeante y generando fuerza en su interior. Plantando cara, como siempre hacía. Levantó la barbilla y el sol incidió en su mejilla y sus ojos. Un rebelde mechón de cabellos se paseó por su boca, balanceado por la brisa.

—Hola, Dalgaard —una sonrisa empezó a dibujarse en las comisuras de su boca—. Me estabas esperando.

No era una pregunta y Luke solo asintió en respuesta, ya habría tiempo para las palabras. Le ofreció su mano izquierda, con la palma abierta y ella le entregó la suya. Luke casi la arrastró al interior de su casa, con el ansia de un sediento y la necesidad de un náufrago perdido en una isla desierta.

No hicieron falta palabras para entender lo que ambos querían, lo que gritaban sus pieles, lo que ansiaban sus manos. Luke se apoderó de su boca con un beso salvaje. Ella reaccionó de igual manera, la pasión desatada los arrastraba más allá de la cordura. Aquel arrebato fue como adentrarse en un túnel oscuro, donde reinaban el deseo y la pasión. Luke parecía querer devorarla y Mary nunca se había sentido más deseada. El sofá resultó ser el primer mueble con el que toparon y se dejaron caer sobre él. Luke presionaba su cuerpo sobre el de ella, sintiendo cada curva, anhelando su piel, buscando su contacto. El corazón de Mary latía con violencia, como una máquina acelerada hasta su límite. El deseo se convirtió en codicia. Las prendas de ropa fueron cayendo al suelo a base de tirones, entre risas y besos húmedos. Cuando las pieles hablaron su propio idioma, Luke sintió que su razón iba a hacerse añicos, sus manos pidiendo más, su boca sobre los senos de la mujer que le hacía vacilar, saboreando su propia esencia. Bajando por su cuerpo y venerando cada centímetro de su piel, besando cada rincón mientras Mary gemía y se arqueaba. Luke volvió a sus ojos y quiso transmitirle todo lo que sentía, que ella lo viera por completo. A la vez que besaba el pulso de su cuello, se deslizó en ella, se hundió en su interior con adoración, Mary rodeándolo y arrastrándolo, pidiendo más. Recorrieron juntos aquel camino ascendente y acelerado, llegando a la meta con los dedos entrelazados, susurrando palabras inconexas, buscando aire para no ahogarse. Luke enterró el rostro en el cuello de Mary y ella acarició su espalda. Recuperaron la respiración, aturdidos por tanta intensidad. Luke se dio la vuelta y colocó a Mary sobre su cuerpo. Enterró los dedos de sus manos en su cabello, bajó su boca hasta la suya y la besó

largamente, dándole todo lo que tenía.

Al separarse, Mary fue la primera en hablar.

— *Jeg elsker dig* —lo miró con las cejas levantadas y una sonrisa en la boca—. ¿Lo he pronunciado bien?

—Más o menos —Luke soltó una carcajada y después se puso serio y unió su frente a la de ella—. Yo también te quiero.

*****

—Sé que no quieres separarte de Harry y lo entiendo —habían pasado un par de horas, que aprovecharon muy bien, y Mary estaba pensando en volver a casa, mientras vagueaban en la cama— pero nos debemos una cita en condiciones ¿no te parece? Una cena.

—Es que me cuesta mucho dejarlo… creo que estoy algo traumatizada —Mary lo pensó y se dispuso a hacer una excepción—. De acuerdo, llamaré a Nora y le pediré que se quede unas horas más.

—Gracias —Luke perfiló los labios de Mary con la lengua—. Aunque creo que no me importaría quedarme en esta cama eternamente. Nunca me había parecido tan cómoda.

—¡Ni hablar! Me has prometido una cena en condiciones, Dalgaard. Y tengo hambre.

*****

Habían llegado a los postres y Mary ya no tenía ninguna duda sobre lo que sentía. Luke le ofreció otra porción de su pastel de chocolate y se lo acercó a la boca. Mary lo saboreó cerrando los ojos y repasando sus labios con la lengua.

—¡Oh! —de pronto, recordó algo y abrió su bolso para buscarlo—. Tengo que devolverte esto, lo había olvidado.

Le tendió el anillo de su abuela, aquel anillo con el que se había hecho pasar por Vera Palmer. No iba a quedarse con aquella joya antigua de tanto valor. Luke lo cogió entre sus dedos, le dio algunas vueltas y miró a Mary sonriendo.

—Sabes que este anillo me lo dio mi abuela y me hizo prometer que se lo regalaría a la mujer de mi vida ¿verdad? —Mary asintió adivinando sus intenciones, su corazón danzando en su pecho—. No tienes porqué devolvérmelo, Mary. Tú eres esa mujer. Si es cierto lo que me has dicho antes, dame tu mano.

Mary alargó la mano sin titubear y Luke le puso el anillo en el dedo anular, donde ella lo había llevado siendo Vera Palmer. Ahora lo luciría Mary Olsen, hasta que ella quisiera; ojalá fuera toda la vida.

—¿Estás segura de esto, Mary? —Luke necesitaba asegurarse, aún le resultaba difícil creer en su suerte.

—Luke… —Mary hizo una pausa y Luke aguantó la respiración— una vez me dijiste que no ibas a mirar en mi interior por una cuestión de respeto y educación. Me parece bien, no quiero pensar que te pasas la vida sabiendo lo que siento o lo que hago a todas horas; todos tenemos derecho a nuestra intimidad. Pero ahora te lo pido yo. Mírame a los ojos e intenta ver lo que te digo sin palabras, lo que tengo aquí en medio del pecho, lo que te necesito. Entonces sabrás cual es mi respuesta, sin que te la diga con palabras. Y conocerás mi verdad.

Luke asintió y la miró a los ojos, ambos con las manos aferradas entre ellos sobre la mesa. Mary vio aparecer ese destello dorado, esa luz inexplicable que le convertía en alguien muy especial. Fue su momento más íntimo. Una conexión única, aún más intensa que la de sus cuerpos.

—Temía que no pudieras aceptarme como soy —Luke le confesó su mayor miedo.

—Te quiero tal y como eres, no cambiaría absolutamente nada de ti.

*****

Pasaron algunas semanas y la información sobre el caso del robo de bebés, les iba llegando poco a poco. Mary había vuelto a trabajar y Luke estaba muy ocupado con sus dibujos e ilustraciones, inmerso en un corto de animación en el que estaba participando para *Dream Works Animation*. Estaba despejando su loft para que Mary y Harry se trasladaran a su casa. Había espacio de sobra y lo estaban adaptando a sus necesidades.

Walter, Jay y Owen se reunían muchos días con Mary y Luke para avanzarles las últimas novedades. Les contaron que todos los implicados en el caso de la compraventa de bebés estaban hablando a cambio de reducción de las penas y dando detalles de las transacciones efectuadas. Lo más importante era que se estaba localizando a los niños robados. La que llevaba un control más exhaustivo de ellos, era Natalie Millard; en su casa hallaron registros de todos los niños, los padres adoptivos, las madres biológicas y las fechas de recogida y entrega. Rachel se había recuperado bastante y estaba siendo tratada por un psiquiatra, pero pronto ingresaría en prisión.

Cierto era que algunos bebés no iban a volver con sus madres, ya que los habían vendido para subsistir, o para comprar drogas, desastres acumulados sin buen final. La mayoría de robos se habían cometido en suburbios y zonas muy pobres, donde tenían mucha

menos repercusión, o se habían pactado con madres drogadictas que entregaban a sus hijos sin cargos de conciencia. Aunque también encontraron casos muy similares al de Abigail y Oliver y pudieron retornar los bebés a sus padres, repartidos por varios estados.

La colaboración de Walter y Jay durante esas largas semanas fue de gran ayuda y se estuvieron viendo todos con regularidad. La incipiente amistad con Luke se fue afianzando en aquellos días. A Luke le cayeron muy bien y ellos le correspondieron, aunque les tuvo que explicar varias veces como creía que funcionaba su mente y eso no era fácil. Eran muy curiosos y Jay lo miraba como si fuera extraterrestre, pero después le palmeaba la espalda y lo invitaba a una cerveza, negando con la cabeza.

Luke sabía que en algún momento volverían a solicitar su colaboración en la policía o el FBI pero, de momento, estaba disfrutando de un paréntesis necesario y merecido. Se había enamorado por partida doble, ya que Harry se había convertido en su hijo a todos los efectos y lo trataba como tal.

Jay había vuelto a Portland y Luke había tenido una feliz idea para el verano que se avecinaba. Consiguió que todos pidieran parte de sus vacaciones a primeros de agosto y les ofreció el castillo de su familia en la isla de Fiona para reunirse y pasar unos días disfrutando del entorno. Mary estaba exultante y feliz, era un magnífico regalo para ella y una forma de recuperar a sus mejores amigos.

EPÍLOGO

ISLA DE FIONA – DINAMARCA

Consiguieron ponerse de acuerdo y viajar todos juntos: Jay y Amy con su hija Jaci, Walter y Cindy, Owen, y Luke y Mary con el pequeño Harry. Estaban encantados por la invitación y a Luke le hacía especial ilusión poder enseñarles su lugar de origen, sobre todo a Mary. Su familia estaba de vacaciones, viajando por Indonesia, pero regresarían antes de que ellos volvieran a Estados Unidos, entre ellos su hermana Lana.

A Mary le parecía estar metida en otra realidad que no era la suya, con Luke siempre tenía la sensación de estar soñando despierta. Pero eso no fue nada comparado con la impresión cuando vio el castillo, propiedad de la familia Dalgaard. Nada era equiparable a verlo en directo, las fotografías no le hacían justicia.

A la isla de Fiona se la conoce como «el jardín de Dinamarca» y a todos les pareció que el apelativo le casaba a la perfección. En el centro de la isla se encontraba un lago y el castillo que se había construido en medio de sus aguas. Luke les contó su historia, que se remontaba al siglo XV. Debido a los problemas de la guerra civil, que tuvo lugar en aquella lejana época, los nobles daneses de aquel tiempo construyeron sus residencias planificándolas como fortalezas. De ahí el castillo de los Dalgaard, levantado en el interior del lago, sobre columnas de roble. Según una leyenda, hizo falta talar un bosque entero de robles para construir los cimientos del castillo. En el momento de su edificación, el único acceso era a través de un puente levadizo. Ahora otro puente, de piedra y hierro, mucho más seguro, enlazaba con el resto de la isla. El castillo estaba rodeado de enormes zonas ajardinadas, muy bien cuidadas. Mary no podía dejar de mirarlo y pensar que aquella bellísima edificación renacentista le recordaba historias de caballeros y princesas.

—¡Uau! —exclamó Jay dando voz a lo que todos estaban pensando —. Creo que he viajado en el tiempo, me entran ganas de ponerme una armadura y montar un caballo con una lanza en la mano.

—¡Oh, por favor! —Amy lo miró con los ojos abiertos y puso voz de pito, llevándose una mano al pecho—. ¿Harías eso por mí? No puedo esperar a verte con una armadura.

Estalló en carcajadas, riéndose de él.

—Hay más de una en el castillo —contestó Luke— ya veis lo enorme que es, o sea que no te quedes con las ganas, pero te aviso que pesan un montón.

—Entonces creo que lo aguantará mejor Walter, es el más corpulento.

—¡Ni hablar! —contestó el aludido acercando a Cindy contra él— yo solo quiero desconectar de todo y pasar unos fantásticos días de vacaciones.

—A todos nos hacía falta olvidarnos del trabajo —intervino Owen.

—Dime que no te has traído tu ordenador y te creeré —contestó Mary, pero Owen se tapó los ojos con las manos.

—Culpable… no puedo vivir sin él, pero es mi portátil personal, nada de trabajo —alegó en su defensa—. Por cierto, ¿Ya le pagaste tu deuda a Ron?

—¿La apuesta? ¿Cómo te enteraste de eso? —fue Luke quien contestó por ella.

—En realidad Ron nos lo contó a todos —confesó Jay— lo hizo para jactarse de que él era el responsable de que tú y Mary estéis juntos. Dice que la convenció de que no eras un feriante. Con la edad se está convirtiendo en un casamentero.

—En realidad no he pagado yo la apuesta —Mary cogió la mano de Luke—. Aquí el ricachón se enteró de que Ron me reclamaba la invitación en el *Eleven Madison Park* y se apuntó. Y pagó él, claro.

—Me apetecía volver —Luke se encogió de hombros— cocinan muy bien.

Entraron en el castillo y Luke les hizo una visita guiada por el interior, que no desmerecía en nada al exterior. Enormes salones y habitaciones, ventanas con forma de arco, paredes dobles con escaleras secretas, dos torres gigantes, grandes portones y ladrillos de gran tamaño en las paredes, sin olvidar un enorme sótano convertido en una moderna bodega, todo en perfecto estado.

Pasaron un buen rato paseando por sus rincones, hasta llegar a una de las puertas dobles. Se pararon ante ellas y Luke miró a Mary y la cogió de las manos.

—Esta habitación es muy especial para mí —dijo Luke y miró a sus acompañantes. Todos conocían el contenido, excepto Mary; aunque no habían visto la sorpresa, sabían lo que encontrarían allí dentro—. Espero que te guste, es mi estudio de dibujo.

Abrió las puertas y entró seguido de ella. El resto se quedaron algo rezagados, todos querían ver la expresión de su rostro. La enorme habitación era un estudio muy luminoso y lleno de enseres, dos mesas con pinturas y material de dibujo, caballetes, botes plagados de pinceles y lápices, pinturas de todo tipo… y una pared llena de dibujos y acuarelas… con Mary como protagonista. Su rostro, su cuerpo, sus sonrisas, sus miradas inquisitivas o intensas, sus ojos brillantes, su cabello rebelde. Concentrada, pensativa, alegre o triste, enfadada y combativa. La representación de su personalidad al

completo, tal como él la veía, con todas sus caras. Cientos de Marys, las que él era capaz de captar, su esencia y sus emociones.

—¡Oh, Luke! —se llevó las manos a la cara, completamente conmovida—. Son preciosos, pero no sé si me das un poco de miedo ¡¿Cuándo has pintado todo esto?!

—Muchos de ellos en los días que me tuviste esperando una respuesta, no era capaz de concentrarme en otra cosa. Los envié hace unas semanas y le pedí a mi familia que los colocaran aquí. Tuve sueños recurrentes de esta habitación y estos dibujos antes de conocerte. Tenían que estar aquí, éste es su sitio. Pero siempre me has inspirado, desde el primer día en que te conocí empecé a dibujarte. Y aún antes, cuando poblabas mis sueños.

—¿A pesar de mis desplantes de entonces?

—A pesar de eso. Ya intuía que serías importante para mí.

—Te quiero Dalgaard, para siempre —se escucharon algunos suspiros desde la puerta.

—*Jeg elsker dig* —contestó Luke y estallaron los aplausos de sus amigos y algunos silbidos.

—Tío, no sé qué has dicho —comentó Owen— pero tienes que enseñarme alguna palabreja de esas, a ver si me como un rosco.

Todos acabaron haciendo bromas y pasaron unas vacaciones inolvidables. Después volverían a sus hogares. Walter, Cindy, Luke y Mary a Nueva York. Jay y Amy a Portland. Owen estaba pensando en cambiar de destino, pero aún no se había decidido… necesitaba algo y aún no sabía qué era. Una inquietud se estaba gestando en su interior, un afán de cambiar algo. Meditaría sobre ello…

FIN

NOTA DE LA AUTORA

El castillo de la familia de Luke está inspirado en el castillo de Egeskov, ubicado en la isla de Fiona, en Dinamarca. A la isla de Fiona se la conoce como «el jardín de Dinamarca» y en su capital, Odense, nació Hans Christian Andersen.

Me pareció muy bonito cuando lo vi en internet y decidí que sería propiedad de la familia de Luke Dalgaard.

AGRADECIMIENTOS

Las GRACIAS que pueda dar desde este apartado siempre se me quedan cortas. Porque son muchas personas y todas son importantes. Todavía me pasa que, cuando veo todas mis publicaciones, no acabo de creérmelo. Lo que empezó como un tanteo, se convirtió en un hobby y ha acabado siendo una adicción. Ya no sé pasar un día sin escribir unas líneas.

Un enorme GRACIAS por vuestra fidelidad con mis novelas. Nunca hubiera imaginado que existirían personas que me preguntaran por mi próxima publicación. Eso ya es un éxito para mí.

Mención especial, como siempre, a mis Lectoras Cero por su paciencia y su dedicación, por ofrecerse a leer todo lo que escribo y por ser siempre tan proactivas y darme los mejores consejos. Ellas son:

—**Anna de la Cruz**, mi querida hermana, cuyo apoyo incondicional me anima siempre a seguir adelante. ¡Eres la mejor!

—**María L. Pardos**, una escritora que admiro, sus novelas son completamente adictivas. Tengo la suerte de contar con su apoyo cada vez que publico y eso me da mucha seguridad.

—**María José Moreno**, mil gracias por estar siempre ahí para leerme y por tu confianza al ofrecerme tus preciosas novelas. Esperando la siguiente.

—**Nina Vera**, muchas gracias por tu apoyo y tu constancia en la lectura de mis novelas. Siempre encuentras lo que los demás no ven.

—**Marga Benavides**, siempre dispuesta a ayudar, a leer, a comentar y a dar apoyo. Es una lectora crítica que da ideas fantásticas para mejorar.

—**Sonia Muñoz Rubio**, ha sido lectora cero por primera vez en esta novela. Se lo agradezco infinito, me ha sido de mucha ayuda con esos detalles que siempre se escapan y que ella ha pillado al vuelo.

¡Muchas gracias a todas, sois las mejores! Y, cómo no, a toda mi familia y amigos.

Gracias también a los grupos de Instagram:

@descubriendoautores y @_descubriendohistorias y sobre todo a Laura Díaz, que es una gran organizadora, generosa y ocurrente, siempre pensando en promocionar y ayudar a los autores.

@autoresconectados un grupo donde las personas que escribimos, nos sentimos acompañadas y arropadas.

Y unas enormes y sinceras GRACIAS a los lectores anónimos que le han dado una oportunidad a esta historia.

Os agradecería muchísimo, dedicarais unos minutos para dejar

vuestros comentarios a este nuevo libro, que podéis reseñar en **Amazon**, en **Goodreads** y en **Instagram**, no imagináis lo importantes que son las reseñas para dar visibilidad a nuestro trabajo.

O si lo preferís podéis escribirme, prometo contestar:

—email: elenacruzm62@gmail.com
—Instagram—> @elenacruzmar

¡Animaos a comentar y valorar mis escritos! ¡Millones de gracias! Es de gran ayuda para los escritores independientes.

Estos son mis 19 libros, autopublicados en Amazon:

Bilogía EN PAPEL
—1. EN UN TROZO DE PAPEL
—2. UNA CARTA EN MI BUZÓN

Trilogía GALWAY—SNOWSHILL
—1. LA MAGIA DE LOS PEQUEÑOS MOMENTOS
—2. LA MAGIA DE TU MÚSICA
—3. LA MAGIA DE TU RISA

Trilogía Nuestras Vidas
—1. MI MEJOR ACTUACIÓN
—2. MI MEJOR BAILE
—3. MI MEJOR ELECCIÓN

Serie Intrépidos

—LA TRAMPA
—LA BÚSQUEDA
—LA VISIÓN

Libros Independientes
—OTOÑO 2016
—SUEÑOS CUMPLIDOS
—LAS CENIZAS DE LA MENTIRA
—UN JUEGO PELIGROSO
—A SEIS GRADOS DE SEPARACIÓN
—UN DÍA DE ESTOS…
—PERDIDA EN EL OLVIDO
—TRES MÁS TRES